

DAD AUT
CIÓN GENE



.....

LA FAMILIA
DE
LEON ROHC

.....



.....

DA

PQ6555

F3

1881

V.3

C.1

RALD

.....



1080097474



PQ6555

F3

1881

V. 2



LA FAMILIA DE LEON ROCH

UANE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA FAMILIA

DE

LEON ROCH

POR

B. PEREZ GALDÓS

TERCERA PARTE

Es propiedad. Serán furtivos todos los
ejemplares de esta obra que no lleven
el sello del periódico *La Guirnalda*.

TERCERA EDICIÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

1882

Imprenta y litografía de LA GUIRNALDA
Calle de las Pozas, núm. 12.

OBRAS DE B. PEREZ GALDÓS

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

- I.—Doña Perfecta (3.^a edición). 2 pesetas.
- II.—Gloria (dos tomos) (2.^a edición). 2 pesetas.
- III.—Marianela (3.^a edición). 2 pesetas.
- IV.—La familia de Leon Roch (tres tomos) (3.^a edición). 6 pesetas.
- V.—La Desheredada (un tomo en 4.^a). 8 pesetas.

EPISODIOS NACIONALES

PRIMERA SÉRIE.

- I.—Trafalgar (4.^a edición).
- II.—La corte de Carlos IV (3.^a edición).
- III.—El 19 de Marzo y el 2 de Mayo (2.^a edición).
- IV.—Baileán (2.^a edición).
- V.—Napoleón en Chamartín (2.^a edición).
- VI.—Zaragoza (2.^a edición).
- VII.—Gerona (2.^a edición).
- VIII.—Cádiz (2.^a edición).
- IX.—Juan Martín el Empeinado (2.^a edición).
- X.—La batalla de los Arapiles (2.^a edición).

SEGUNDA SÉRIE.

- I.—El equipaje del Rey Justo.
- II.—Memorias de un Cortesano de 1816.
- III.—La segunda casaca.
- IV.—El Grande Oriente.
- V.—1 de Julio.
- VI.—Los cien mil hijos de San Luis.
- VII.—El Terror de 1824.
- VIII.—Un voluntario realista.
- IX.—Los Apostólicos.
- X.—Un faccioso más y algunos frailes menos.

PRECIO DE CADA TOMO

DOS PESETAS EN TODA ESPAÑA

LA
FONTANA DE ORO

(1820-1823)

Un vol. en 8.^o de 400 págs.

2 pesetas en Madrid y 2,50 en provincias.

Los pedidos de ejemplares se dirigirán a la Administración de La Guirnalda y Episodios Nacionales, calle del Barco, núm. 2 duplicado, Madrid.

EL AUDAZ
HISTORIA DE UN RADICAL DE ANTAÑO

(1804)

Un vol. en 4.^o de 336 págs.

LA FAMILIA DE LEON ROCH

TERCERA PARTE



I

Vuelve en sí

Solo y sin calma estaba Leon Roch junto al lecho en que habia sido convenientemente acostada su mujer. Fijos los ojos en María, observaba cuanto en la mudable fisonomía de ésta pudiera ser síntoma del mal, anuncio de mejoría ó señal de recrudescencia. A ratos desviaba de la enferma su atención para traerla sobre sí mismo, mirando la situación penosísima en que le habian puesto sucesos y personas. ¿Cómo no pudo evitarla? ¿Cómo no tuvo prevision para impedir llegase por tan diabólicos caminos aquella conjunción de los dos círculos de su vida, cada cual sirviendo

3.^a PARTE.

1

OBRAS DE B. PEREZ GALDÓS

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

- I.—Doña Perfecta (3.^a edición). 2 pesetas.
- II.—Gloria (dos tomos) (2.^a edición). 2 pesetas.
- III.—Marianela (3.^a edición). 2 pesetas.
- IV.—La familia de Leon Roch (tres tomos) (3.^a edición). 6 pesetas.
- V.—La Desheredada (un tomo en 4.^o). 8 pesetas.

EPISODIOS NACIONALES

PRIMERA SERIE.

- I.—Trasalgar (4.^a edición).
- II.—La corte de Carlos IV (3.^a edición).
- III.—El 19 de Marzo y el 2 de Mayo (2.^a edición).
- IV.—Baileán (2.^a edición).
- V.—Napoleón en Chamartín (2.^a edición).
- VI.—Zaragoza (2.^a edición).
- VII.—Gerona (2.^a edición).
- VIII.—Cádiz (2.^a edición).
- IX.—Juan Martín el Empeinado (2.^a edición).
- X.—La batalla de los Arapiles (2.^a edición).

SEGUNDA SERIE.

- I.—El equipaje del Rey Justo.
- II.—Memorias de un Cortesano de 1816.
- III.—La segunda casaca.
- IV.—El Grande Oriente.
- V.—1 de Julio.
- VI.—Los cien mil hijos de San Luis.
- VII.—El Terror de 1824.
- VIII.—Un voluntario realista.
- IX.—Los Apostólicos.
- X.—Un faccioso más y algunos frailes menos.

PRECIO DE CADA TOMO

DOS PESETAS EN TODA ESPAÑA

LA
FONTANA DE ORO

(1820-1823)

Un vol. en 8.^o de 400 págs.

2 pesetas en Madrid y 2,50 en provincias.

EL AUDAZ

HISTORIA DE UN RADICAL DE ANTAÑO

(1804)

Un vol. en 4.^o de 336 págs.

Los pedidos de ejemplares se dirigirán a la Administración de La Guirnalda y Episodios Nacionales, calle del Barco, núm. 2 duplicado, Madrid.

LA FAMILIA DE LEON ROCH

TERCERA PARTE



I

Vuelve en sí

Solo y sin calma estaba Leon Roch junto al lecho en que habia sido convenientemente acostada su mujer. Fijos los ojos en María, observaba cuanto en la mudable fisonomía de ésta pudiera ser síntoma del mal, anuncio de mejoría ó señal de recrudescencia. A ratos desviaba de la enferma su atención para traerla sobre sí mismo, mirando la situación penosísima en que le habian puesto sucesos y personas. ¿Cómo no pudo evitarla? ¿Cómo no tuvo prevision para impedir llegase por tan diabólicos caminos aquella conjunción de los dos círculos de su vida, cada cual sirviendo

3.^a PARTE.

1

de órbita, digámoslo así, al giro de contrapuestos sentimientos? Al formular estas preguntas parecióle que un reír burlesco estallaba en el fondo de su alma, repitiendo en caricatura aquellos propósitos suyos, contemporáneos de su noviazgo y casamiento. Los que hayan conocido al hijo del señor Pepe Roch en los días correspondientes al principio de esta verídica historia, recordarán que tenía planes magníficos, entre ellos el de dar al propio pensamiento la misión de informar la vida, haciéndose dueño absoluto de ésta y sometiendo á la tiranía de la idea. Pero los hombres que sueñan con esta victoria grandiosa no cuentan con la fuerza de lo que podríamos llamar el *hado social*, un poder enorme y avasallador, compuesto de las creencias propias y ajenas, de las durísimas terquedades colectivas ó personales, de los errores, de la virtud misma, de mil cosas que al propio tiempo exigen vituperio y respeto, y finalmente, de las leyes y costumbres, con cuya arrogante estabilidad no es lícito ni posible las más de las veces emprender una lucha á brazo partido. Leon se compadecía y á ratos se reía de sí mismo, diciendo: "Es verdaderamente absurdo que la piedra se empeñe en dar movimiento á la hojda."

Pensando estas y otras cosas no cesaba de

atender á la enfermedad de su mujer con solicitud. María Egipciaca habia vuelto de su estado comático varias veces durante el día; pero su mente estaba perturbada; no conocia á persona alguna ni acertaba á formular una frase con sentido. Quejándose de un dolor inmenso sin poder determinar en qué sitio ó entraña de su cuerpo estaba, queria lanzarse del lecho. Fué preciso emplear bastante fuerza para impedirlo. Por la noche su inquietud cesó, aunque no la fiebre. El médico pudo observar cierta tendencia á la regularidad en las pulsaciones. En su sueño decia no pocas palabras claras y precisas, indicando cierta coherencia en las visiones, y por último oprimió las manos contra su pecho y dijo en un grito:—"¡No, á ese no, á ese no: es mió!"

Después abrió los ojos, y revolviéndolos, miró á las paredes, al techo, á la cama, á los muebles, cual si á todas aquellas partes pidiese noticias del lugar donde se encontraba. Su hermosa mirada sin extravío revelaba ya un pensamiento sereno, vuelto, no sin fatiga, al carril de la cordura. Vió á un hombre que estaba junto al lecho, solo con ella, atento, vigilante, y al conocerle, los ojos de la enferma expresaron un sentimiento dulce.

—¿Tú?—dijo sonriendo.

Leon se acercó, inclinándose hacia ella.

Cuando metia su mano entre las sábanas para buscar la de ella y tomarle el pulso, María se apoderó del brazo de su marido, y estrujándolo sobre su seno, dijo con gemido:

—¡Ay! ¡qué gusto saber que era sueño lo que ví! Te habian pinchado en unos... así como grandes tenedores y te iban á meter en un horno lleno de fuego. Yo me moria de pena... sentí una opresion... grité...

El espíritu de la infeliz esposa, despues de agitarse en horrendos desvarios sin determinacion y de ser arrastrado en torbellino de visiones, que por tener todos los colores y las formas todas, casi no tenian ni forma ni color, habia caído en unas profundidades pavorosas, donde no habia nada, á no ser la idea pura de lo cóncavo, de lo oscuro, y el asombro de tanta hondura y oscuridad. Pero al sentirse en el término de aquel bajar rápido y creciente como el de la piedra lanzada al abismo, vió con claridad pasmosa. Aquello era el Infierno. Bien se comprenderá que la mística dama no podia ver aquel lugar temido y sus horribles habitantes sino tales y como los habia imaginado en la vida real, guiándose por descripciones escritas y por ingeniosas estampas. Pero como quiera que nuestras apreciaciones de lo sobrenatural se apoyan siempre en ideas corrientes y revis-

ten forma semejante á las que vemos aqui con nuestros propios ojos carnales, de tal modo que, segun las edades, varia la concepcion de lo eterno, á María Egipcíaca se le representaban las zahurdas infernales como inmensos túneles de ferro-carril, ó bien como el recinto de una fábrica de gas, llena de humo y pestilencia, ó tambien cual negro taller de fundicion y forja, donde mil máquinas gruñian entre resoplido de fuelles, machaqueria de martillos y polvareda de ascuas y carbon. Los demonios, sin perder su histórica traza de hombrezuelos con pezuña y rabillo de innobles bestias, tenian no poca semejanza con maquinistas de ferro-carril ó poceiros de alcantarilla, con los manipulantes de la compañía del gas ó los infelices jornaleros de minas carboníferas, con los ciclopes de Birmingham y Scheffield, y aun con otros industriales de menor importancia, aunque no de mayor limpieza. Todos estaban empapados en pringoso sudor, semejante á la infecta grasa de las máquinas.

Era una gran cavidad formada del cruzamiento de infinitos túneles, galerías, chatas crujías de hierro, y por todo ello corria un hálito sofocante de hulla, azufre, gas de alumbrado y tufo de petróleo, que eran los olores más aborrecidos de nuestra simpática heroi-

na. En aquel centro había un barullo, un estrépito, un vértigo del cual la dama no habría podido dar adecuada definición sino diciendo que era como si mil trenes de gran velocidad convergieran en un punto y en él chocaran, haciéndose pedazos y desparramándose después los coches y máquinas en todas direcciones para volver á reunirse. Las locomotoras eran en la mente de la delirante lo más principal de la maquinaria del infierno. Las veía pasar y correr volando con patas y alas de hierro untado de aceite hediondo, dando gruñidos y resoplidos, revolviendo sus rojas pupilas y expeliendo humo negro y aliento de vapor y chispas. Siendo del mismo tamaño de las que se ven en el mundo, allí parecían como un enjambre infinito de inmensas moscas que zumbaban en un recinto infinitamente grande y pavoroso.

En los primeros meses de su matrimonio María había hecho con Leon un viaje por Alemania. Entre otras cosas notables visitaron la célebre fábrica metalúrgica de Krupp en Essen. Esta visita, que impresionó mucho á la dama, no se borró jamás de su memoria, y en aquella hora de alucinación la imágen del colosal establecimiento tenía gran parte en la construcción fantástica del horrible presidio eterno á donde es llevado el hombre por sus

culpas. Otros talleres que había visto en Barcelona y en Francia prestaban algún elemento para rematar el terrible cuadro. Ella veía que algunos peritos eran puestos en el torno mecánico y torneados como cañones, ó bien pasados por laminadores, de donde salían como tiras de papel. Llevados luego á los hornos de luz blanca, tornaban á su forma primera. Los propagadores de ciertas ideas muy bellacas eran sujetos entre cadenas, y puesta la cabeza sobre un yunque, el martillo pilon de cincuenta toneladas les machacaba los sesos. Era de ver cómo los diablillos menores, ó sea la granujería del infierno, se entretenían en abrir agujeros con un berbiquí en el cráneo de algunos infelices, para introducirles con embudillo y cuchara un metal derretido, producto de un gran guisote de libros que se estaba haciendo al fuego en barrigudo perol negro, lleno de ideas heréticas. A otros que habían hablado mal de cosas sagradas, les estiraban la lengua unas diablas muy feas, y juntándolas todas, es decir, centenares ó millares de lenguas, las ponían al torno para torcerlas y hacer una soga, que luego colgaban de la bóveda, de tal suerte que los discursistas parecían manojos de chorizos puestos á ahumar. En otros se ejercía un peregrino tormento, que casi parece incomprensible en

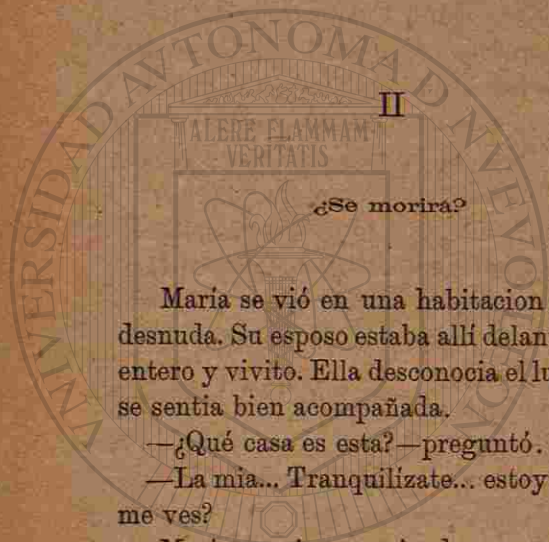
nuestro mundo terrenal, á pesar de que está lleno de telares, y es que tejian unos con otros á los condenados, enlazando piernas con brazos y brazos con cabezas, para formar una cuerda ó ristra, la cual se entretrejia con otra hasta formar una gran tela de dolor y lamentos. Esta tela se sometia á una especie de torno, donde se la estiraba hasta que su tamaño crecia desde kilómetros á leguas, y crugian los huesos, como si por sobre un infinito monton de nueces corriesen infinitos caballos, y se desgarraban las carnes entre alaridos. Arrojado despues todo al fuego, volvian los individuos á su forma primera y de su forma pristina á la repeticion del mismo entretenido tormento.

Todo esto lo vió María con indecible espanto; ella estaba allí y no estaba; no podia gritar, ni tampoco respiraba. Pero llegó un momento en que el dolor se sobrepuso al pánico. Entre los muchos condenados por imperdonables picardías vió á uno que parecia tener grandes merecimientos pecaminosos, segun lo mucho que le atendian los incansables y feísimos diablos y áun las asquerosas diablasas. Era Leon. María vió cómo se apoderaban de él, cómo le estrujaban las horribles manos pinçosas, cómo le revolvian en cazuelas hirvientes, sacándole con espuma-

dera y metiéndole con cuchara. Por último, le pincharon con un tridente y le acercaron á la boca de un horno cuyo fuego era tal, que el fuego de nuestro mundo pareceria hielo al lado suyo. Entonces María sacó de su pecho un grito, alargó el brazo, la mano... brazo y mano que tenian una legua... sus dedos se quemaban cercanos al horno...

—¡No, no; á ese no... es mio!

Aquí tuvo fin la vision. Desapareció como los renglones del libro que se cierra de un golpe. Pero la idea quedaba.



María se vió en una habitación grande y desnuda. Su esposo estaba allí delante de ella, entero y vivo. Ella desconocía el lugar, pero se sentía bien acompañada.

—¿Qué casa es esta?—preguntó.

—La mía... Tranquilízate... estoy aquí; ¿no me ves?

María seguía recorriendo con sus ojos las paredes y el elevado techo.

—¡Qué cuarto tan triste!—murmuró dando un suspiro.—Y yo... ¿he venido aquí?

Se calló, reconcentrada en sí, escudriñando en sus turbios recuerdos.

Aquella mañana, después del suceso que bien puede llamarse catástrofe, Leon había tratado con el marqués de Fúcar y con Moreno Rubio de mejor modo de llevarse á su mujer á Madrid. D. Pedro encontró peligrosa

la idea, y el médico se opuso resueltamente á ella, diciendo que en el estado de la enferma, la traslación, áun hecha con todas las precauciones posibles, podría ser causa de un desenlace tan rápido como funesto. Muy contrariado estaba Leon con esto, y casi se hubiera atrevido á poner en ejecución su pensamiento si Moreno Rubio no le amenazara con retirarse, declinando toda responsabilidad. No pudiendo sacar del palacio de Suertebella á quien por ningún motivo debía estar en él, juzgó que convenía desfigurar el aposento, y con permiso del generoso dueño, quitó todos los cuadros, objetos de arte, porcelanas y baratijas que en él había. De este modo la habitación, que era de las ménos lujosas y no tenía tapicerías sino papel del más comun, parecía modesta.

—Sí, viniste aquí,—le dijo el marido tocándole la frente.—Te has puesto un poco mala; pero eso pasará: no es nada.

—¡Ah!—dijo María herida de súbito por un recuerdo doloroso.—Me trajeron mis celos, tu infidelidad... ¿Pero es ésta aquella casa...?

—Es mi alcoba.

—Estas paredes, este techo tan alto... ¿Por qué no me has llevado al instante á nuestra casa?

—Iremos cuando te repongas un poco.

—¿Qué me ha pasado?

—Una desazon que no traerá consecuencias.

—¡Ah! sí; ya recuerdo... te has portado infamamente conmigo... ¿Qué te dije yo? ¿Te dije que te perdonaba? Si no te lo dije, ¿es que lo he soñado yo?

—Sí, me perdonaste,—le dijo Leon por tranquilizarla.

—Tú me prometiste no querer á otra, me juraste quererme, y para que lo creyera me diste pruebas de ello. ¿Esto es verdad ó lo he soñado yo?

—Es verdad.

—Y tambien me dijiste que estás resuelto á abjurar de tus errores y á creer lo que creo yo. ¿Es tambien sueño esto?

—No, es realidad. Haz por serenarte.

—Y luego nos reconciliamos... ¿no ha pasado así?

—En efecto.

—Y volvimos á querernos como en los primeros dias de casados.

—Tambien.

—Y me probaste que me habian engañado respecto á tus relaciones con...

María se detuvo, mirando con fijeza á su esposo.

—No vuelvas sobre lo pasado,— le dijo éste con bondad.—Es preciso que hagamos un esfuerzo para devolvarte la salud. Tú debes ayudarnos, María.

—¿Ayudaros á qué?

—A salvarte.

—¡Pues qué! ¿no he de salvarme yo?... ¡Dios mio! he pecado...

Y demostró un dolor muy hondo.

—Me refiero á tu vida, á tu salud corporal que está amenazada.

—¡Oh!... No estimo yo la salud del cuerpo, sino la del alma, que veo en peligro... Hace poco, no sé cuándo, creí que me habia muerto. Ahora viva estoy; pero sospecho que he de morir pronto... ¡estoy en pecado mortal!

—Lo has soñado, hija, lo has soñado. Tranquilízate, no temas nada.

—¡Estoy en pecado mortal!—repitió María llevándose las manos á la cabeza.—Dime, ¿es tambien sueño que me dijiste...?

—¿Yo?

—¿Que no me querias?

—¿Pues qué podia ser sino sueño?

María le echó los brazos al cuello, atrayendo suavemente hácia su rostro el de su marido.

—Dímelo otra vez para que se me quite el amargor que me dejó aquel mal sueño.

Los dos esposos hablaron un instante en voz baja.

— Dame una prueba de tu cariño, — le dijo María. — Pues estamos lejos de Madrid; pues no debo salir de tu casa en algunos días, hazme el favor de avisar al Padre Paoletti. Quiero hablar con él.

— Yo mismo le traeré.

— ¿Tú mismo?

— ¿Por qué no? Nada que te agrade puede serme molesto.

A la sazón entró el médico. Leon había creído prudente confiarle algunos de sus secretos, pues siendo la dolencia de María motivada por causas morales, convenia suministrar á la ciencia datos de aquel orden delicado. Moreno Rubio y Leon Roch estaban unidos por una amistad sincera, fundada en la bondad del carácter de ambos, y principalmente en la concordancia de sus opiniones científicas. Aquella mañana, cuando Leon hizo á su amigo las revelaciones que eran indispensables para un acertado diagnóstico, sostuvieron un interesante diálogo, del cual mencionaremos lo más esencial.

— De modo que usted no quiere á su mujer ni poco ni mucho, — dijo Moreno Rubio, que tenia el don de expresar los temas con grandísima claridad.

— La mentira me ha sido siempre muy odiosa, — replicó Leon. — Por tanto, declaro que María no me inspira ninguna clase de cariño. Dos sentimientos guarda aún mi alma hácia ella, y son: una lástima profunda y un poco de respeto.

— Perfectamente. Esos dos sentimientos no bastan á hacer un buen marido; pero hay en su alma otros que pueden hacer de usted, y lo harán de seguro, un hombre benéfico... Respuesta al canto: ¿usted desea que viva su mujer?

Leon se agitó como el que recibe un ultraje.

— Me ofende usted preguntándomelo. La misma zozobra en que se halla mi conciencia me impele á desear que María no muera.

— Bien, muy bien. Pues si usted quiere que María no muera, — dijo Moreno poniéndole la mano en el hombro, — es preciso calmar en ella la irritación producida por los celos, harto fundados por desgracia; es preciso que su espíritu, terriblemente desconcertado, vuelva á su normal asiento. Cada vida tiene su ritmo, con el cual marcha ordenada, pacíficamente. Un trastorno brusco y radical de ese ritmo puede ocasionar males muy graves y la pérdida de la misma vida. El ejemplo le tenemos muy cerca. Apresurémonos, pues, á

devolver á ese organismo tan pronto y tan hábilmente como sea posible el compás que ha perdido, y triunfaremos de la espantosa revolucion del sistema nervioso que afecta y destroza la region cerebral. Es urgente que desaparezcan los celos en la medida posible, para que, entrando los sentimientos de la enferma en un período de calma, recobre toda la máquina su saludable marcha. Es preciso que las escenas que originaron su mal se borren poco á poco de su mente. Si vive, tiempo hay de que sepa la verdad. Es necesario que no se reproduzcan ni la cólera ni el despecho, haciéndole creer que no ha pasado nada, y sobre todo, amigo mio, es urgentísimo tratarla como á los niños enfermos, dándole todo lo que pide y satisfaciendo todos sus caprichos, siempre que pertenezcan al orden de los entretenimientos. Su mujer de usted, bien lo conozco, pedirá amor y devoción: en ninguno de estos apetitos hay que ponerle tasa.

Después de este sustancioso discurso, Leon indicó otra vez la necesidad apremiante de sacarla de Suertebella, á lo que se opuso decididamente Moreno por las razones antes indicadas.

Desechado el plan de traslacion por *homicida* (esta era la expresion del médico), ambos determinaron desfigurar la estancia, traer

de Madrid los criados que rodeaban constantemente á Maria, y otras cosas secundarias y menudas pero indispensables para el buen propósito de Leon Roch. Antes de separarse, éste dijo á su amigo:

—Hábleme usted con franqueza. ¿Se morirá mi mujer?

—No puedo decir nada aún. Es muy posible que así suceda. Déjeme usted que determine bien la especie de fiebre con que tenemos que luchar.

Aquella noche, cuando Maria volvió á su natural ser, despues de pasearse con la fantasía por los infiernos, llenos de horribles máquinas y diablos fabricantes, entró Moreno á verla, como hemos expuesto.

—¡Hola, hola!—dijo riendo al observar que marido y mujer se miraban muy de cerca.—¿Estamos como tórtolos? ¿Qué tal, mi querida amiga?... El pulso no va mal; pero debemos procurar un reposo completo del cuerpo y del alma.

María frunció el ceño mirando á su marido.

—No, no ponga usted mala cara á este hombre querido que está enamorado de su mujer como un novio de primavera. Me consta... Dentro de unos dias saldrán ustedes por ahí á coger hilas y á mirar las mariposas... Una

mujer discreta no debe hacer caso de hablillas malignas. Cabeza llena de los dicharachos de la envidia ¿qué hará sino desvariar? Ahora, querida amiga, vamos á entrar en un período razonable, vamos á celebrar unas paces duraderas, vamos á querernos mucho... lo digo por ustedes... en fin... veamos esa lengüecita.

Después preparó por sí mismo algunas medicinas. Leon y Rafaela le ayudaban.

Mientras esto ocurría junto á la enferma, el marqués de Fúcar, dando de la mano por un momento al grandioso asunto del empréstito, ya casi ultimado, se llegaba á su querida hija y muy seriamente le decía:

—Los pronósticos de Moreno son muy tristes. Creo que tendremos en casa una lamentable desgracia. Pero no hay que desesperar. La ciencia puede hacer mucho todavía, y Dios aún más. A nosotros nos corresponde auxiliar á la ciencia en la medida de nuestro escaso poder é implorar el auxilio de la Providencia.

Alzando del suelo sus ojos llenos de turbación, Pepa mostró al marqués su rostro que parecía un rostro de cera. Como quien se aprieta la herida para que arroje más sangre, echó de sí esta pregunta:

—¿Se morirá?

—De eso te hablaba y no me has oído,—dijo D. Pedro, que también tenía en aquel día su sangrienta herida.—Nuestro deber es hacer todo lo posible para demostrar á esos infelices huéspedes la parte que tomamos en su desgracia. Conduzcámonos como corresponde á nuestro nombre y á esta casa. ¿Conviene que demostremos con un acto religioso nuestro sincero anhelo de ver fuera de peligro á María Egipcíaca? Pues hagámoslo con esplendor y magnificencia. Tenemos aquí una capilla que me ha costado al pié de ochenta mil duros, y que hubiera costado ménos cuando los artistas valían más y no tenían tantas pretensiones. Pues bien: es preciso celebrar mañana una misa solemne de rogativa, á que asista toda la servidumbre de Suertebella, presidida por tí. Te autorizo para que me gastes en cera lo que se te antoje. Que venga mañana á decir la misa ese bendito cura de Polvoranca, y si quieres traer más curas, vengan todos los que se puedan haber á mano.

Dijo, y retiróse dando un gran suspiro. El, que tenía también un pesar hondo en su alma, ¿quería implorar del cielo favor y misericordia para sí? No sabemos todavía cuáles eran las cuñitas que tan de improviso habían cambiado la jovial sonrisa del marqués de Fúcar en agrio mohín de displicencia. El em-

préstito, léjos de navegar mal, arribaría en aquel mismo día al puerto de la realización, despues de surcar con buen viento el piélagó turbio de nuestra Hacienda, y era seguro que entre Fúcar, Soligny y otros pájaros gordos de Francfort, Amsterdam y la City se tragarian un puñado de millones por intereses, corretaje y comision. ¿Entonces qué...?

La capilla de Suertebella era un hermoso monumento construido en un ángulo del palacio, alto de cimbra, grueso de paredes, brillante cual si lo hubieran dado charol, con mucho yeso imitando mármoles y pórfidos de diferentes colores, mucho oro de purpurina y panes, que hacía el efecto de una pródiga distribución de botones y entorchados de librea por las impostas, entablamentos y pechinas de aquella arquitectura greco-chino-romana, con muecas góticas y visajes del estilo neoclásico de Munich que nuestros arquitectos emplean en los portales de las casas y en los panteones de los cementerios, en los cuhitriles de servicio municipal y en los comedores de los Fúcares. El imitado jaspe, el oro, los colorines, parecían saltar, circulando en la cóncava atmósfera como los peces en el agua de su redona.

Por el techo corrían ángeles honestos que

antes fueron gentilicas ninfas en el taller del escultor, y en las pinturas de los tímpanos había virtudes teologales que habían sido livianas musas. Todo tenía el deslumbrante lustre que la albañilería moderna da á nuestras alcobas, y que en éstas cuadra á maravilla. Ningun atributo ni alegoría cristiana se les quedó en la paleta ó en molde de escayola á los artistas encargados de decorar aquella gran pieza. Más adelante conoceremos á un chusco que, al decir de la gente, se entretuvo cierto día en hacer una explicación humorística y á todas luces sacrílega, de las figuras que hermoseaban la capilla. Tal matrona de vendados ojos, que tenía un cáliz en la mano, era España, á quien los hacendistas habían puesto de aquella manera para que apurase sin protesta la amargura de su ruina; aquella otra que tenía un ancla y volvía los desconsolados ojos al Cielo, representaba el abatido Comercio, y la que hacía caricias á unos niños era la Beneficencia, símbolo hermoso del interés que á los Fúcares merecen la propiedad y la industria, y de la tierna solicitud con que á ambas conducen por el fácil camino de los hospicios. Los Doctores, en número de cuatro y representados en actitud de escribir gravemente con el *aquilífero pincel*, que reza Fray Gerundio, eran la prensa, siempre dis-

puesta á elogiar á los grandes empresarios, que antes de hacer de las suyas, se amparan de las volubles plumas. Aquel barquichuelo que naufragaba en las aguas de Tiberiades era la nave del Estado, donde los oradores y articulistas hacen tantas travesías; los multiplicados panes eran gráfica copia de la entrega y recepcion de algunos artículos de contrata, y por último, aquellas atónitas sibilas que no hacian nada, como quien está en Bábía, eran la Administracion pública. El sacrilego intérprete de estos símbolos y pinturas bíblicas daba versiones muy atroces á los letreros que corrian por frisos y arquitraves para edificacion de los creyentes, y así leía: *"Yo soy Pedro y sobre esta piedra edificaré mi casa. Dadme á mí lo que es del César y lo que es de Dios."* Por este estilo profano lo explicaba y traducía todo.

La capilla, admitido con indulgencia el gusto moderno en construcciones religiosas, era bonita. Su suelo estaba al nivel de la planta baja y tenía puerta al jardín, por donde entraba el pueblo; su techumbre sobresalía del tejado del palacio, ostentando su poco de torre con campanas. Habíanla dedicado á San Luis Gonzaga, cuya imagen, bien esculpida, ocupaba el altar mayor bajo la gran escena del Calvario.

Hízose la piadosa ceremonia tal y como D. Pedro la habia dispuesto. No bien despuntara el día fueron encendidas sobre el altar grande, así como sobre los pequeños, cantidad de finisimas velas; y mil y mil flores olorosas, aprisionadas en elegantes búcaros, tributaban á la idea religiosa la doble ofrenda de su belleza y de su fragancia. La capilla era, según la expresion vulgar, un ascua de oro. Luces y aromas disponian al fervor, hiriendo los sentidos con fuerte estímulo y llevando el alma á una region de dulce embeleso, donde le era fácil orar y sentir. La servidumbre toda asistía, desde el administrador hasta el último marmiton de las cocinas, desde el jardinero mayor hasta el último groom ó mozo de caballos.

Decía la misa el cura de Polvoranca, humildísimo varon protegido de la casa, viejo, un poco ridículo en apariencia por reunir á la fealdad más acrisolada ciertas excentricidades y manías que, á más de perjudicarle mucho en su carrera eclesiástica, le dieron celebridad en todo aquel país. Gozaba en Suertebella de una mezquina renta que don Pedro le señaló por celebrar el divino oficio todos los domingos para edificacion de las mujeres y de la servidumbre, y por confesar una vez al año á todos los criados, costum-

bre piadosa que el prócer millonario mantenía en su casa, atento á evitar de este modo muchas trapisondas y latrocinios.

En la tribuna que los señores de Suertebella tenían en su capilla al nivel de las suntuosas laberínticas habitaciones del palacio, oyó la misa de rogativa Pepa Fúcar, juntamente con sus doncellas, el aya y Monina, quien no comprendía la razón de tanto recogimiento y mutismo, por lo que tenía ganas vivísimas de alzar la voz y dar un grito en lo más solemne del oficio santo. Sabe Dios las cosas que se habrían oído si el aya no la contuviera, ya tapándole la boca, ya amenazándola con que el Señor le iba á quitar la lengua. Esto hizo efecto y Monina tuvo paciencia hasta el fin.

Pepa Fúcar estaba de rodillas en su reclinador junto al antepecho de la tribuna. ¿Quién podrá saber lo que pensaba durante aquella hora patética, ni lo que á Dios pedía su alma afligida? La misa de rogativa llegó á su fin. Salieron todos, y Pepa se quedó en su puesto observando la actitud recogida que había tomado desde el principio. Apoyada la frente sobre el reclinador, medio oculta la cara entre las cruzadas manos, no se le había sentido voz ni suspiro. Cuando alzó el rostro para levantarse, miró al altar un rato sin ex-

presar sentimiento alguno que pueda definirse. El reclinador estaba como si en él se hubiera derramado un vaso de agua.

La señora dejó la capilla para dirigirse á sus habitaciones. Estaba taciturna y seria, con los ojos enrojecidos, la boca ligeramente entreabierta, como la de quien necesita respirar mucho y fuerte para no ahogarse. En la puerta de su cuarto encontró al marqués de Fúcar.

Advirtamos que el grave D. Pedro, si no había asistido *corpóreamente* á la misa, había dejado ver su cara por cierto ventanillo que se abría en la *Galería de la Risa* y daba á la capilla, en la pared lateral de ésta y en el sitio mismo donde estaba pintado San Lúcas, el *evangélico toro*, según reza el de Campazas. Desde allí observó Fúcar la puntual asistencia de sus criados, sin que faltase ninguno, y admiró la magnificencia de la *cathedrale pour rire* (según el chusco mencionado), y según el dueño, *monísima basílica*, toda llena de carácter, pues no podía negarse esta cualidad artística á las decoraciones cristianas que había pintado el gran escenógrafo de los teatros de Madrid. Pero hay motivos para pensar que el espíritu del buen marqués se elevó de este orden de consideraciones á otro más elevado. Él estaba apenadísimo aquel día, y sin duda

cuando asomó su imponente rostro por el ventanillo, de tal modo que podía haberse confundido con el de un Evangelista ó Doctor, tuvo en su mente ideas de oracion y pidió algo al Autor de todas las cosas. Pero, estas son hipótesis que no tienen valor real y que sólo se exponen aquí para llenar el vacío que deja la falta absoluta de datos.

Lo que sí no tiene duda es que al encontrar á su hija la detuvo diciéndole:

—Ya sé que han asistido todos.

—¿Y cómo está hoy?... ¿se sabe algo?—preguntó Pepa con tan poca voz que parecía haber consumido ella misma, por abrasadora sed de sus pulmones, la atmósfera en que respiraba.

—Hay esperanza, hija mia. Esa desgracia pasó bien la noche y está mejor, según ha dicho Moreno.

—De modo que vivirá...

—Es muy posible,—dijo D. Pedro demostrando con la indiferencia de la frase que pensaba en otro asunto.—Ciertamente, hija, parece que Dios quiere echar sobre nosotros todas las calamidades.

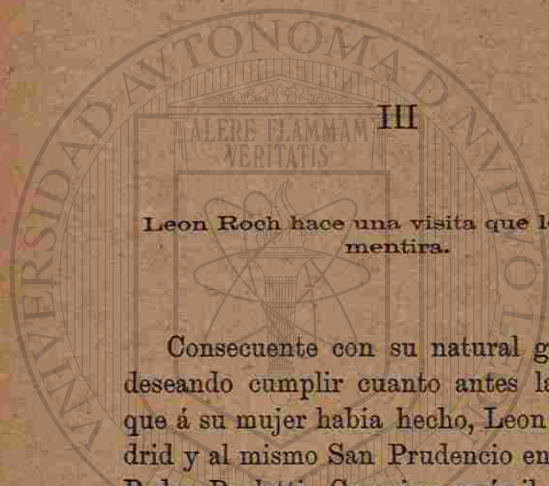
Diciendo esto el pobre señor no pudo dominar su emocion. Abrió los brazos para recibir á su hija, que se arrojaba en ellos, y con voz ahogada, exclamó:

—Hija de mi corazón, perla mia, ¡qué desgraciada eres!

Pepa derramó sobre el pecho de su padre las lágrimas que le sobraron de la misa. Después, D. Pedro, reponiéndose de su emocion, dijo:

—Pero no exageremos... Todavía no hay nada seguro... Mañana...

Pepa entró en su habitacion, y el marqués se fué á la suya, donde examinó por vigésima vez diversas cartas y telegramas que el día anterior habian hecho hondísima impresion en su ánimo, casi siempre sereno y claro como el sol y el ambiente de primavera.



Leon Roch hace una visita que le parece mentira.

Consecuente con su natural generoso y deseando cumplir cuanto antes la promesa que á su mujer habia hecho, Leon fué á Madrid y al mismo San Prudencio en busca del Padre Paoletti. Cosa inverosímil en verdad era que él pusiese su planta en aquellos lugares, y así, cuando el fámulo le rogó que esperase en la desnuda y pobre sala destinada á locutorio, tuvo tiempo de echar sobre ésta y sobre sí mismo incrédula mirada, sacando en consecuencia que una de las dos cosas, ó él ó la sala eran pura ilusion de la fantasía.

Muy necio ó muy soberbió es el hombre que se hace juramento de no traspasar jamás el umbral de esta ó la otra puerta, sin prever que el rápido giro de la vida trae las puertas á nosotros, las abre y nos mete por ellas, sin

que nos ocupemos de evitarlo. Leon no pudo entregarse por mucho tiempo á estas reflexiones, porque apareció ante él un clérigo pequeño, pequeñísimo, de mediana edad, blanco y un si es no es pueril de rostro, de ojos grandes, vivos y tan investigadores, que no parecia sino que su cara toda era ojos. Con lo exiguo de su cuerpo contrastaba la gravedad de su paso, que era cadencioso y largo, con cierto golpear duro sobre el suelo, como lo produciría el constante uso de zapatos de plomo. Saludó Paoletti á su visitante con exquisita urbanidad, y Leon, que no estaba para fórmulas, expuso en breves palabras el objeto de su presencia en aquella casa. Paoletti sentado con cierta tiesura de creyente humilde frente al fatigado ateo, le oia con benevolencia confesional, bajos los ojos, enlazados los dedos de ambas manos y volteando los pulgares uno sobre otro. Debe advertirse que las manos del Padre eran finisimas y pulcras como las de una señorita.

—Vamos allá,—dijo alzando los ojos y parando el molinete de los dedos pulgares.—Yo tenia noticia de su viaje á Carabanchel, de su desazon, pero no sabia ni que estuviere grave ni que la hubieran llevado á Suertebella... ¿al mismo palacio de Suertebella?

—Al mismo,—dijo Leon somoriamente.

—Supongo,—indicó Paoletti refinadamente,—que la hija del señor marqués de Fúcar se habrá trasladado á Madrid con su preciosa niña.

—Lo hará hoy.

—¿Y usted?

—No pienso separarme de María mientras continúe enferma.

—Me parece muy bien, caballero,—dijo el italiano agraciando á Leon con un golpecito dado en la mano de éste.—Sin embargo, la situación de usted, con respecto á esa bendita mártir, es muy singular y poco agradable para entrambos.

—Esa situación es tal,—dijo Leon,—que he creído necesario venir yo mismo, con objeto de hacer á usted algunas revelaciones que sólo á mí corresponden, y rogarle que me ayude...

—¿Yo?

—Sí... que usted me ayude á conllevar la situación y aún á salir de ella lo mejor posible.

Paoletti frunció el ceño. Se había levantado para partir; mas volvió á sentarse, tornando á girar los pulgares uno sobre otro.

—Ante todo,—dijo en tono de quien acostumbra simplificar las cosas,—revéleme usted los pensamientos que le han traído aquí. Es

singularísimo que venga usted á confesarse conmigo, ¿no es verdad?

Se sonreía con expresión de triunfo humorístico que hacía más daño á Leon Roch que una burla declarada.

—A confesar con usted... es cierto.

—¡Oh! no, señor mío,—dijo Paoletti con cierta dulzura relamida que á la lengua revelaban la casta italiana.—No confesará usted, ¡ojalá lo hiciera! no me revelará usted su conciencia ni renegará de sus errores... no hará otra cosa que contarme lo que ya sé, lo que sabe todo el mundo... Y todo para que le ayude...

Paoletti repitió las versiones de la tertulia de San Salomé.

—En eso hay algo de verdad y mucho de calumnia,—dijo Leon.—Es falso que Monina sea hija mía; es falso que yo tenga relaciones criminales con Pepa Fúcar; pero es cierto que la amo; es cierto que en mi corazón se ha extinguido todo cariño hacia mi pobre mujer, y en él no queda sino una estimación fría, un respeto ceremonioso á las virtudes que reconozco en ella.

—¡Estimación, respeto!—dijo Paoletti,—¡reconocimiento de virtudes!... Eso es algo, caballero. La grande y purísima alma de María Egipcíaca merece más, mucho más; pero

si pudiéramos contar con que esa estimacion y ese respeto crecian y se purificaban...

Paoletti volvió á acariciar con su mano de frio marfil el puño de Leon, y le dijo:

—¿No podríamos intentar una reconciliacion?

—Es imposible, de todo punto imposible. Hace algun tiempo hubiera sido fácil... ¡cuántos esfuerzos hice para llegar á esa deseada reconciliacion!... usted debe saberlo.

Mirando al suelo el hombre diminuto hizo signos afirmativos con la cabeza.

—Usted lo sabe todo...—añadió Leon con sarcasmo.—El dueño de la conciencia de mi mujer, el gobernador de mi casa, el árbitro de mi matrimonio, el que ha tenido en su mano un vínculo sagrado para atarlo y desatarlo á su antojo; este hombre, á quien hoy veo por primera vez despues de aquellos dias en que iba á visitar al pobre Luis Gonzaga, muerto en mi casa; este hombre, que á pesar de no tener conmigo trato alguno, ha dispuesto secretamente de mi corazon y de mi vida como puede disponer un señor del esclavo comprado, no puede ignorar nada.

—Ese lenguaje mundano y soberbiamente filosofista me es conocido tambien, caballero, —dijo Paoletti tomando un tono de reprehension evangélica.—Si quiere usted que entre

en ese terreno y le dé contestacion cumplida, lo haré.

—No... No he venido aquí á disputar. La tenebrosa batalla en que he sido vencido despues de luchar con honor, con delicadeza, con habilidad y aún con furia, ha concluido ya. Mis juicios están formados hace tiempo y no pueden variar... La ocasion no es propia para cuestionar. Nos hallamos en presencia de un hecho terrible...

—Que María se muere.

Leon refirió á Paoletti la visita de María Egipciaca á su esposo y la escena que precedió al desmayo y enfermedad de la santa mujer.

Despues de una pausa, el Padre dijo severamente:

—Todo me indica que María le ama á usted y que aquí el verdadero traidor al matrimonio, el culpable de hoy es el mismo que lo fué ayer, el culpable de siempre, en una palabra, usted. No apruebo, sin conocerlo bien, el paso dado por mi ilustre penitente; pero ese paso, ese traspie, dado que lo sea, anuncia que aún conserva en su corazon amor y en su voluntad dulcísimos favores para quien ni unos ni otros merece.

—Usted que todo lo sabe, debe saber que mi mujer no me tiene amor, y si los que no

entienden de sentimientos nobles y puros se empeñan en dar aquel nombre á lo que no lo merece, yo me apresuro á constituirme en juez de los afectos de mi pobre mujer y á declarar que no me satisfacen, que los rechazo y los pongo fuera de juego en el problema de nuestra separación ó de nuestras paces.

Paoletti meditaba profundamente.

—Entre los dos,—añadió Leon,—no existe ya ningun lazo moral. María y yo, estas dos personas, ella y yo, se me pintan en la imaginacion como un discordante grupo representando la idea del divorcio.

—Un grupo, una obra de arte,—dijo Paoletti deslizando en medio de la nube negra de su severidad un relampaguillo de malicia.

—Una obra de arte, sí... que, como tal, no se ha creado por sí sola, sino que tiene autores. Mi mujer no me ama; creo que habria podido amarme, como yo deseaba, si las grandes imperfecciones de su carácter, en vez de disminuir sometidas á mi autoridad y á mi cariño, no hubieran aumentado, sometidas á otras corrientes y á otra autoridad. No me ama, ni yo la amo á ella tampoco. Por consiguiente, la reconciliacion es imposible.

—No dirá usted,—manifestó Paoletti con

severidad mezclada de tolerancia,—que no le escucho con paciencia.

—¿Paciencia? Más he tenido yo.

—Aunque uno no quiera, siempre tiene en sí algo de cristiano, caballero. Para concluir, señor de Roch, usted no ama á su mujer, ni ella le ama á usted; usted no quiere reconciliarse con ella, usted la respeta y la estima... ¿Qué significa esto? O mejor dicho, ¿á qué ha venido usted aquí?

—María me ha rogado que le lleve su confesor. Lejos de oponerme á esto, lo hago con placer.

—Pues vamos,—dijo Paoletti levantándose.

—Falta lo principal,—dijo Leon, tocando la sotana del reverendo.—Fácilmente comprenderá usted en su claro talento que para avisarle no era preciso que viniera yo mismo. He venido para decir á usted cosas que sólo yo puede decirle. Considere usted primero que el estado moral es la parte verdaderamente delicada de María.

—Sí.

—Debo declarar que deseo su restablecimiento,—dijo Leon con calmosa voz.—Pongo á Dios por testigo de esta afirmacion: quiero absolutamente y sin ninguna clase de reserva que mi mujer viva.

—Comprendo muy bien su propósito. Usted desea que se salve, es decir, que no muera. Usted desea que se calme su irritación nerviosa, para lo cual es preciso que no la turbe ningún pensamiento de los que motivaron su trastorno. Es preciso que las ideas optimistas y lisonjeras desembrollen esta madeja enredada por el despecho y por la pasión no satisfecha; es preciso que la dirección espiritual proceda con cierto arte mundano, fomentando las ilusiones de la penitente y quitando de sus ojos la triste realidad; es preciso que el confesor sea médico, y médico de amor, que es lo más peregrino, y que aplaque los celos y fomente esperanzas y aprisione de este modo una vida que se escapa, que se escaparía sin remedio si persistieran en ella las causas morales que la han puesto en peligro.

Leon admiraba la sagacidad del ilustre maestro de conciencias

—Pues bien,—dijo Paoletti con energía,—yo haré en este particular todo lo que sea posible. Nada puedo afirmar sin conocer de antemano el estado espiritual de mi querida hija en Dios.

—María está en Suertebella.

—Sí.

—Y es preciso que no comprenda que está allí.

—Bueno... pase,—dijo Paoletti mirando al suelo y soltando las palabras por un ángulo de la boca.—Es un engaño que puede disculparse.

—María persiste en mostrarme el especial cariño tardío que siente ahora por mí.

—Tampoco veo culpa en esto. Puede admitirse, considerando que ese cariño no está bien juzgado por usted.

—María debe arrojar de sí, mientras continúe en ese estado febril, la idea de que ama á otra mujer.

—Alto ahí,—dijo Paoletti extendiendo su blanca mano, como una pantalla de marfil.—Eso no pasa, caballero. He pasado por el ojo de la aguja hilos un poco gordos; pero el camello, querido señor, no cabe, no cabe. Lo que usted pide es una impostura.

—Es caridad.

—La verdad lo prohíbe.

—Lo manda la salud.

—Una exigencia física á la que no podemos dar valor excesivo. Mi ilustre amiga sabrá morir cristianamente, despreciando las menudas pasiones del mundo.

—Nuestro deber es siempre y en todo caso impedir la muerte.

—Siempre que podamos hacerlo sin comedias indignas. ¡Y á esa pobrecita mártir se

la hará creer en la inocencia de su marido, cuando está albergada en la propia vivienda de su rival, de la amada de su esposo!... Doy por cierto, si usted quiere, que no habrá en la casa escenas licenciosas, ni áun siquiera entrevistas, admito que no se dará el caso de que dos enamorados adúlteros se digan ternezas en una sala, mientras la infeliz esposa legítima agoniza en la inmediata. Pero áun concediendo que habrá circunspeccion y decoro, la horrible verdad subsiste. Yo no se la diré si ella no quiere saberla; pero si me pregunta... y preguntará, preguntará...

—¡Sí!—exclamó de súbito Leon, impresionado por aquellas graves palabras.—Tal comedia es indigna de ella y de mí. La verdad me espanta, la ficcion me repugna; pero aquella es la muerte y esta puede ser la vida... No irá usted conmigo á Suertebella. Llevaré un clérigo cualquiera, el cura de la parroquia, el capellan de la casa.

Se marchaba ya y Paoletti le llamó con un *cecé* de conciliacion.

—Al claro talento de usted,—dijo devolviendo un piropo recibido poco antes,—no se ocultará que la asistencia de otro sacerdote no agradará á la pobre mártir tanto como la nuestra. Si usted no insistiera en intervenir en lo que no le importa, yo iria de buen grado

á consolar á esa desgraciada. Hay más,—añadió con un arranque sentimental,—no puedo ocultar á usted que lo ansío ardientemente. ¡Es tan buena, tan santa!... No sólo la admiro, sino que la respeto, la venero como á un sér superior.

—¿Y qué le dirá usted?.

—Lo que deba decirle,—contestó Paoletti clavando en Leon sus dos ojos, que parecian doscientos.—Es por demás extraño que quien declara haber roto moralmente el lazo matrimonial, se ocupe tanto de la conciencia de su esposa.

—No me ocupo de su conciencia, sino de su salud,—dijo Leon sintiéndose muy abatido.

—¿No dice usted que no la ama, ni es amado por ella?

—Sí.

—Entonces su cuerpo y sus mortales gracias podrán pertenecer á un hombre; su purísima conciencia no.

—Es verdad,—dijo Leon apurando el caliz.—Su conciencia, yo la entrego á quien la ha fornado. No quiero apropiarme esa monstruosidad.

—Perdono la expresion,—replicó Paoletti bajando los ojos.—Para concluir, señor mio, ¿voy ó no voy?

—¿La matará usted?

—¡Yo!

Y despues de exhalar un suave suspiro, añadió:

—Le preguntaremos quién es su asesino.

Leon sintió su alma llena de espanto. Meditó un rato. Despues hirió el suelo con el pié. A veces de un pisoton sale una idea, como la chispa brota del pedernal herido. Leon tuvo una idea.

—Vamos, — dijo con resolucion. — A la conciencia de usted dejo este tan delicado asunto.

—Y en prueba de esa confianza, — manifestó el otro, no ocultando su gozo por ir, — prometo á usted conciliar en lo posible la veracidad con la prudencia, y hacer los mayores esfuerzos por no turbar las últimas horas, si el Señor dispone que sean las últimas, de mi amadísima hija espiritual. Seguro estoy de que mi presencia le dará mucho consuelo.

—Vamos.

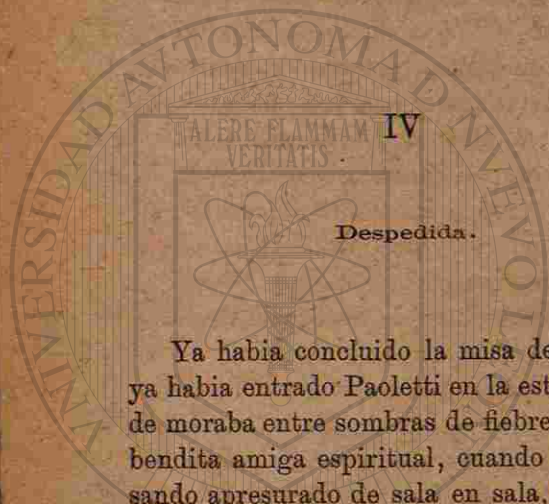
—Soy con usted al instante, — dijo el clérigo pequeñísimo corriendo, con el paso duro de sus piés de plomo, á buscar capa y sombrero; mas deteniéndose en la puerta y poniendo en su cara una sonrisa cortés, añadió:

—Es muy temprano, y es posible que no se

haya usted desayunado. ¿Quiere usted tomar chocolate?

—Gracias, — repuso Leon inclinándose, — gracias.

Una hora despues ambos se apeaban de un coche en el pórtico de Suertebella.



Ya había concluido la misa de rogativa; ya había entrado Paoletti en la estancia donde moraba entre sombras de fiebre y duda su bendita amiga espiritual, cuando Leon; pasando apresurado de sala en sala, buscaba á la hija del marqués de Fúcar. Al fin la halló en la habitación de Ramona. Deseaba decirle una cosa muy importante. Creeríase que Pepa esperaba la enunciación de la importante cosa, porque estaba en pié con la anhelante mirada fija en la puerta, atendiendo á los pasos que se acercaban, y así que le vió entrar retiróse á un ángulo de la pieza, indicando á su amigo con el lenguaje singular de cuatro ó cinco pasos (pues también los pasos hablan) que allí estarían mejor que en ninguna otra parte. Monina corrió al encuentro de Leon y

se abrazó á sus piernas, echando la cabeza hácia atrás. El la tomó en brazos, y al verse arriba la nena, se empeñó en hacerle admirar la perfección artística de un cacharrillo de barro con asa y pico, obsequio reciente del cura de Polvoranca, y luego se entretuvo en la difícil tarea de colgárselo de una oreja.

—Estáte quieta, Mona; no seas pesada,—dijo Pepa.—Ya, ya me figuro á qué has venido y lo que vas á decirme... Hija, estate quieta... Ven aquí.

Arrancó á Monina de los brazos de Leon para tomarla en los suyos.

—No necesitas decirme nada... Lo comprendo, lo adivino,—prosiguió.—Debo marcharme de aquí. Ya estaba decidida á hacerlo, aunque tuviera que irme sin verte.

—Agradezco tu delicadeza,—dijo Leon.—Márchate á tu casa de Madrid, y por ahora... no te acuerdes de que existo.

—Eso no será fácil... Hija, por Dios, no me sofoques,—dijo Pepa, en cuya oreja Monina continuaba su penoso trabajo.—Ponte en el suelo... Me marcharé, sin preguntarte siquiera cuándo nos volveremos á ver. Tengo miedo de hacer la pregunta, y respeto tu vacilación en contestarme.

Leon bajó los ojos sin decir nada. No conocía palabra tierna, ni frase amistosa, ni

concepto de esperanza que al pasar de su mente á sus lábios no llevase en sí un sentido criminal. Callar parecióle más decoroso aún que la misma protesta contra toda intencion de escándalo. Ambos se quedaron mudos por largo rato, sin osar mirarse, temeroso cada cual de la fisonomía del otro, como si fuese claro espejo de su propio pensamiento.

—No me preguntes nada, no me digas nada,—manifestó al cabo Leon;—no pronuncies nombre alguno que pueda interesarme. Llena tu corazón de generosidad y vacíalo de esperanza.

Pepa quiso hablar algo; pero su voz temblaba tanto, que prefirió decir para sí estas palabras:—Todo lo echaré de mí, ménos la idea triste, la idea vieja y lúgubre: que ella, rezando, rezando, se salvará; y yo, esperando esperando, me moriré.

Leon, que parecia leer los pensamientos en el contraído entrecejo de su amiga, le dijo cara á cara:

—En los trances duros se conoce la índole generosa ó egoista de las almas.

Pepa tembló de piés á cabeza. Despues, sosteniendo su frente en un dedo, rígido como clavo de martirio, dijo mirando á sus propias rodillas, donde tocaban el piano los diminutos dedos de Ramona:

—No sé si la mía será generosa ó egoista. Yo sé que he derramado hace poco algunas lagrimillas pidiendo á Dios que no matara á nadie por causa mia. ¡Qué sabor tan amargo sacan á veces nuestras oraciones, y cómo se acongoja nuestro pensamiento luchando para que las flores que quiere echar de sí no se conviertan en culebras!... Yo he rezado hoy más que en ningun dia de mi vida; pero no estoy segura de haber rezado bien y con limpieza de corazón. Horrible batalla habia dentro de mí. Creo que las palabras y las ideas que andaban por mi cerebro variaban de sentido á cada instante, y que decir *Dios* era decir *demonio*, y decir *amor* era decir, *odio*, y decir *salvarse* era decir *morirse*. La idea sentida y la idea pensada se combatian arrebatándose una á otra el vestido de su palabra propia. Yo creo que no he rezado nada, que no soy buena; y sin embargo, quiero serlo. ¡Me siento con tan poco de santa y tanto de mujer!... Y sin embargo, yo no seré tan mala, cuando he tenido alma para pedir claramente que muriéramos las dos, y así todo quedaria bien...

Se levantó, añadiendo:

—En fin, me voy. Ya sabes que obedecerte es el único placer de mi vida.

—Gracias,—murmuró Leon tomando en brazos á la nena.

—Despidete de ese...—dijo Pepa contemplando con amor á su hija y al que la besaba.

Leon estrechó en sus brazos á la chiquilla y le dió mil besos, considerando que las manifestaciones de su cariño no eran escandalosas recayendo en la inocente persona de un ángel tan bonito. Dió con ella en brazos dos ó tres paseos por la estancia, ocultando así con estas idas y venidas la emocion que sentía y que traspasaba los límites del alma para salir al rostro. Sin mirar á la buena mamá, ésta podía vanagloriarse, allá en el ángulo de la pieza, de ser bien contemplada. La pasión tiene su perspicacia nativa y un estro maravilloso para sorprender los pensamientos del sér amado, asimilárselos y alimentar el espíritu propio con aquel rico manjar extraño.

En cuanto al desgraciado hombre, nunca como en aquel instante había sentido el dominio irresistible que sobre él ejercía aquel sér pequeño y lindo, nacido de una mujer que no era la suya y de un hombre que no era él. No creía en la posibilidad de vivir contento si le quitaban de las manos aquel tesoro, ajeno sin duda, pero que se había acostumbrado á mirar como suyo y muy suyo. Con este cariño se mezclaban el cariño y la imágen de la madre como dos luces confundidas en una sola. Familia prestada que en el corazón del

solitario usurpaba el desierto hueco y se apropiaba el calor reservado á la propia. Él no tenía culpa de que en su cansado viaje por el páramo se le presentaran aquellas dos caras, risueña la una, enamorada la otra, ambas alegrando el triste horizonte de su vida y obligándole á marchar adelante cuando ya sin fuerzas caía sobre pedregales y espinas. En Pepa había hallado amor, docilidad, confianza, misteriosas promesas de la paz soñada y del bien con tanto afán perseguido. Era la familia de promisión, con todos los elementos humanos de ella, pero sin la legitimidad; y el no ser un hecho, sino una esperanza, dábale mayores encantos y atractivo más grande. La pasión arrebatada de Pepa y el ardor fanático con que á todo la sobreponía, lejos de infundirle cuidado le seducían más, porque en ello veía la ofrenda absoluta del corazón, sin reserva alguna, la generosidad ilimitada con que un alma se le entregaba toda entera, sin esconder nada, sin ocultar sus mismos defectos ni escatimar un solo pensamiento. Quien había sido mendigo de afectos no podía rechazar los que iban á él con superabundancia y cierto alarde bullicioso. Dábale al mismo tiempo orgullo y piedad el ver cómo aquel admirable corazón, sin dejar de ser religioso, le pertenecía enteramente, por ley que es di-

vina á fuerza de ser humana; y al sentirse tan bien amado, tan señor y rey en el corazón y en los pensamientos de ella, no podía ménos de darse tambien todo completo. Cualquier afecto secundario y remoto que existiera antes de aquel mútuo resplandor en que ambos se veían, debía extinguirse, como palidecen los astros lejanos cuando sale el sol.

Pero quizás no era ocasión de pensar tales cosas. Leon puso la niña en brazos de su madre, y le dijo:

—Ni un momento más. Adios. Si es preciso explicar á tu padre la causa de tu traslación á Madrid, yo me atreveré á decírsela.

—Se la diré yo.

Y con precipitación y desasosiego salieron uno y otro por puertas distintas.

V

A almorzar.

El narrador no cree haber faltado á su deber por haber omifido hasta ahora que los Tellerías corrieron en tropel á Suertebella desde que llegó á su noticia el grave mal y estado de María. Tan natural es esto, que el lector debia darlo por cierto, aunque las fieles páginas del libro no lo dijieran terminantemente. Lo que sí conviene apuntar, por si la posteridad, siempre entrometida y busca, tuviera interés en saberlo, es que en la mañana de aquel célebre martes (el día de la misa de rogativa, de la visita de Paoletti y de la partida de Pepa), la marquesa de Tellería, el marqués y Polito oyeron atónitos de boca de Leon Roch estas enérgicas palabras:

—No se puede ver á María.

—¿Hoy tampoco? ¡Lo oigo y no lo creo!

exclamó Milagros sin poder contener su ira.
—¡Prohibir á una madre que vea á su pobre hija enferma!...

—¡Y á mí, á su padre...!

Polito no decia nada y se azotaba los calzones con el junco que en la mano traía.

—¿Qué razon hay para esto?

—Alguna razon habrá cuando así lo dispongo,—dijo Leon...

—Yo quiero entrar á ver á mi hija. Yo quiero velarla, asistirle.

—Yo la asisto y la velo.

—¿No nos das ninguna razon, ¡por Dios! ninguna explicacion de esa horrible crueldad? —dijo el marqués poniéndose severo, que era lo mismo que si se pusiera cómico.

Leon les habló del delicadísimo estado moral de María y del gran temor que á él le inspiraban las indiscreciones de su familia si ésta entraba en la alcoba de la enferma.

—¿Está sola en este instante?

—Está con su confesor.

Y la marquesa llevó aparte á su yerno, y le dijo:

—Verdaderamente no creí que llegaras á tal extremo. Expíciate, expícame las monstruosidades que han pasado aquí... ¡Ah! Mi pobre y desventurada hija ignora sin duda que se halla en la misma casa de la querida

de su esposo... Temes que yo le abra los ojos, temes que la verdad salga de mis labios, como sale siempre, espontánea, natural... porque no sé fingir, porque no sé hacer comedias.

—¡Oh! No, señora, yo no temo nada,—dijo Leon deseando cortar la disputa.—Pero usted no verá á su hija hasta que ella no se restablezca.

—¿Y qué autoridad tienes tú sobre la mujer que has despreciado?... O es que estás arrepentido de tu conducta y quieres...

La marquesa cambió de tono y de semblante. Aquella trágica arruga de su hermosa frente desapareció como nubecilla disipada por el sol; brillaron sus ojos con animacion juvenil y hasta parecia que el disecado pajarillo de su elegante sombrero aleteaba entre las gasas.

—¿Acaso hay proyectos de reconciliacion? —dijo entre agrias y maduras.—Si los hay, no seré yo quien los estorbe... Como vayan precedidos de arrepentimiento...

—No hay ni puede haber proyectos de reconciliacion,—dijo bruscamente el yerno á punto que entraba en la sala el marqués de Fúcar.

Este, sobreponiéndose á su tristeza para cumplir los deberes que le imponia su condi-

ción de castellano de aquel magnífico castillo, se presentó á saludar á los Tellerías, á compadecerles por la enfermedad de la pobre María, á rogarles que dispusieran de su casa y de cuanto en ella habia. Y como el triste caso que allí les llevaba no era cosa de un momento, el generoso marqués de Fúcar, atento á dar á su hospitalidad un carácter grandioso y caballeresco, conforme á la resonancia europea de su nombre, invitaba á los Tellerías á permanecer allí todo el dia, toda la noche y todos los dias y noches siguientes, y á comer, cenar, tomar un *lunch*, un *pic-nik* ó hispano piscolabis, á descansar, dormir, disponer de todo lo de la casa, pues allí habia mesa, despensa, bodega, servidumbre, camas para la mitad del género humano, caballos para pasear, flores en que recrear la vista, etc., etc.

—¡Oh! gracias, gracias... cuánto agradecemos...

La mano de Fúcar fué estrujada por la de Tellería que en su emoción no pudo decir nada. En los grandes momentos el silencio, una mirada al cielo y un apretón de manos son más elocuentes que cien discursos sobre la generosidad con que algunos seres nos hacen olvidar que vivimos en *un siglo corrompido por las ideas materialistas*. La marquesa

se esforzaba en dar á su cara la expresión que, según ella, cuadraba más á su occidental belleza, ó que mejor realizaba aquellos pálidos restos, bastante valiosos aún para lucir mucho si el arte, la coquetería, la palabra misma, discreto artífice, los combinaba bien y los presentaba en buena y proporcionada luz. Empeñando conversación mundana con Fúcar, supo llevar á éste por las vías sentimentales con tanta gracia y donosura, que el agiotista la oía con encanto.

Al mismo tiempo Tellería llevaba á Leon junto á la ventana para decirle con acento majestuoso:

—Las cosas han llegado á tal extremo, y tu conducta es tan ruin y vituperable en apariencia, que necesitas darme una explicación completa, aunque para ello sea preciso llevarte á un terreno...

—Al terreno del honor,—dijo Leon con sarcasmo.—Vea usted; ese es un terreno al cual no será fácil que vayamos juntos...

—Comprendo que un padre político... No es que yo quiera agravar el escándalo con otro escándalo mayor. Nosotros confiamos mucho en tu caballerosidad, en lo que todavía queda en tí de esa *hidalgúia castellana* que los españoles no podemos desechar aunque queramos... y si Dios te tocase al cora-

zon y te reconciliaras de un modo durable con mi querida hija...

—No me reconciliaré.

—Entonces...

El marqués lanzó á su hijo político una mirada que, dado el carácter promiscuo, entre cómico y serio, del ilustre personaje, podía calificarse en el orden de las miradas terribles.

—Entonces, yo sé lo que debo hacer.

Estaban en el salon japonés, lleno de figuras de pesadilla. Por sus paredes de laca andaban, cual mariposas paseadoras, hombrecillos dorados, cigüeñas meditabundas, tarimas de retorcidos escalones, árboles que parecían manos y cabezas que parecían obleas. Las figuras humanas no asentaban sus redondos piés en el suelo, ni los árboles tenían raíces; las casas parecían volar lo mismo que los pájaros. Allí no habia suelo, sino una suspensión arbitraria de todos los objetos sobre un fondo oscuro y brillante como un cielo de tinta. Los desabridos rostros japoneses parecían hacer con su estupidez castiza el comentario más elocuente de la escena viva, y las mariposas de oro y plata reproducían por arbitrio de la fantasía en aquella especie de estancia soñada, la sonrisa geroglífica de la marquesa de Tellería. Cacharros de color de

chocolate poblaban rincones y mesas: y viendo los ídolos tan graves, tan tristes, tan feos, tan hidrópicos, tan aburridos, se hubiera creído que estaban comentando en teología mística asiática la tristeza indefinible de don Agustin Luciano de Sudre.

Como se pasa de una página á otra en libro de estampas, así se pasaba de la habitación japonesa al gran salon árabe donde estaba el billar y en él Leopoldo. Con su tarugo de aspirar brea puesto en la boca, á guisa de cigarro, se entretenía en hacer carambolas.

Un lacayo se le acercó:

—¿Ha llamado el señorito?—dijo.

—Sí,—repuso el jóven sin mirarle.—Tráeme cerveza.

Ya se marchaba el lacayo y Polito le volvió á llamar para decirle:

—¿Se servirán pronto los almuerzos?

—Dentro de un momento.

Y siguió haciendo carambolas.

El marqués de Fúcar se retiró por un momento del salón japonés.

Un *maitre d'hotel* rubio y grave, reclusado en cualquier cafetin de Paris, y que se habria parecido á un *lord* inglés si no lo impidiera su servilismo melífero y su agitacion de correveidile, se acercó á la marquesa para pedirle órdenes.

—¡Oh! no,—dijo ésta.—Tomaré muy poca cosa... ¿Hay *gateau d'ecrevisses!*... ¿No? bueno, no importa. Las pechugas ahumadas no me gustan. Mi *beefsteack* que esté *poco hecho*.

—No olvide usted,—dijo el marqués á aquel hombre benéfico, cuyo frac negro parecía el emblema de la caridad cristiana á la cual se deben los hospicios.—No olvide usted que yo no bebo sino *Haut Sauternes*.

Fúcar reapareció bastante melancólico, pero apresurado, indicando con esto que las tristezas no son incompatibles con el almorzar. Era un poco tarde y los cuerpos necesitaban reparacion. La marquesa, D. Agustín, Polito, el Sr. de Onésimo, que llegó cuando los demás estaban en la mesa, *hicieron honor*, como se dice en la jerga gastronómica, á la cocina del marqués de Fúcar. O por delicadeza de estómago ó porque la aflicción de su ánimo le cortara el apetito, ello es que Milagros apenas probó algunos platos.

—No se deje usted dominar por la pena,—le decia D. Pedro.—Es preciso hacer un esfuerzo y tomar alimento. Yo tampoco tengo gana; ¿pero de qué sirve la razon? Hago un esfuerzo y como.

Buena prueba de los esfuerzos de D. Pedro era un *beefsteack* que entre manos y boca traia, el cual, pedacito tras pedacito, se asi-

milaba al señor del castillo dejando en el plato la sangre bovina revuelta con manteca y limon. La marquesa, despues de las ostras, no hacia más que picar y catar, tan pronto apeteciendo como desdeñando, y el marqués se encariñaba con las cosas picantes y afrodisiacas, obsequiándolas risueño con una mirada galante y despues con las traidoras caricias de su tenedor. Las trufas, las *saucesses* trufadas, la rica lengua escarlata de Holanda y otras cosillas más aperitivas que sabrosas, se ofrecian á su paladar con provocativos encantos.

—¿Y Pepa?—dijo bruscamente el marqués de Onésimo.

—Está en Madrid,—replicó Fúcar sin alzar los ojos del plato donde el solomillo parecia representar el Tesoro español por lo recortado y empequeñecido.

Siguió á estas palabras un largo silencio, que rompió al fin el mismo D. Pedro, diciendo á la marquesa:

—¡Oh! amiga mia... es preciso sobreponerse al dolor... Además, la situacion no es desesperada... María está bien hoy... ¿Llora usted?... A ver... esta media copa de *Sauternes*.

La marquesa no rehusó el obsequio. Despues de apurar el vino, dijo así:

—Veremos si ese tigre de mi yerno me permite esta tarde ver á mi hija.

Deseando Fúcar hablar de asunto ménos afflictivo, sacó á relucir las voces que corrian acerca de la próxima boda de Polito con una riquísima heredera cubana, cuya familia recién venida á Madrid, metía bastante ruido en la villa con la ostentacion de una colosal fortuna. Desmintió la marquesa el rumor y Leopoldo lo confirmó indirectamente con frases en que aparecía la modestia enmascarando á la vanidad. Los rumores eran ciertos como lo eran el noviazgo y las pretensiones del jóven y su segnimiento cotidiano de la chica, á caballo y á pié; mas á pesar de esta cacería ecuestre y pedestre, lo de la boda era un puro mito, sin otra realidad que la que tenía en el deseo ardentísimo de Milagros de ver á su hijo poseedor de un caudal limpio y gordo. La familia de Villa-Bojio, á pesar de tener amistad con la de Sudre, se oponía á las pretensiones de Leopoldo, aunque á la verdad no se oponía mucho tampoco, y Milagros trabajaba en silencio con diplomacia y finura, para que aquel sueño de oro fuera un hermoso despertar de plata.

Agotado el tema, retiróse Milagros del comedor. Un leñayo presentaba al marqués y á Polito los mejores cigarros del mundo. Era

aquel artículo, digámoslo en términos de comercio, el más superfino de cuanto abastecía la casa del millonario. Sus corresponsales de la Habana le mandaban para su uso lo mejor de lo mejor, en recompensa de aquella gracia y arte mágico con que se las componía con la Administracion para hacer fumar al país lo peor de lo peor.

Estallaron fósforos y chuparon labios.

—Polito,—dijo el marqués,—si quieres dar un paseo, dñe á Salvador que ensille á Selika.

El benemérito ginete de caballos agenos no se hizo de rogar y bajó al punto al picadero. D. Pedro dió un suspiro, hizo una seña al marqués de Fúcar y al marqués de Onésimo, dos marqueses subalternos, el uno de raza y el otro de administracion, que observando la fisonomía del marqués del dinero, parecían tributarle culto idolátrico, acatándole con sus miradas é incensándole con sus aromáticos puros. Acercáronse entrambos, D. Pedro bajó la voz y con entristecida cara les comunicó un pensamiento, una noticia, un hecho. Así, trasegando la pena de su afligido corazon al corazon de dos amigos, el digno prócer se sentía aliviado, respiraba con más desahogo, hasta podía soltar un chascarrillo y reir con aquella carcajada congestiva que oímos por primera vez en la casa de baños.

—¡Qué vida esta!... ¡Qué alternativas, qué inesperadas peripecias!... Luego esta pícara tendencia del corazón humano á exagerar las penas pintándose las como irremediables...

Onésimo se quedó como estupefacto al oír el hecho referido por su insigne amigo. Creeríase que su cabeza, totalmente absorbida por las altas especulaciones bancarias y por la metafísica de hacer empréstitos, no comprendía aquel hecho vulgar. El de Tellería se llenó de alborozo oyendo las palabras tristes que salían de los labios de Fúcar, y tuvo una idea propia, una idea felicísima. El la acariciaba en su mente, contemplando con los ojos del cuerpo las pinturas decorativas del comedor de familia, en cuyas paredes se veía representado un verdadero diluvio de animales muertos, perdices, conejos, ciervos, cangrejos, y otro diluvio de frutas, berzas, pepinos y mariposas. El roble tallado también ofrecía medallones de cacerías, bocas infladas tocando trompetas venatorias, perros corriendo, manojos de perdices y mil representaciones diversas del reino alimenticio de tal modo, que aquello parecía el palacio de la indigestión.

VI

El clérigo miente y el gallo canta

Cuando María Egipciaca vió que entraba en su cuarto el Padre Paoletti, lanzó un grito de alegría. Le miró con cariño, posó después los dulces ojos en Leon, expresándole su gratitud por aquella fineza matrimonial, que rayaba en lo sublime, y alargó una mano á cada uno. Aquel movimiento tan natural en ella, y que no fué acompañado de ninguna observación, era la cifra de su vida, y aún podría ser la síntesis de este libro en lo que á ella se refiere. Los dos le preguntaron á un tiempo que qué tal se encontraba, y con una sola respuesta satisfizo á entrambos.

—Me parece que estoy mucho mejor. Me siento con ánimo.

Leon le dió una palmada en el hombro, diciéndole:

—¡Qué vida esta!... ¡Qué alternativas, qué inesperadas peripecias!... Luego esta pícaro tendencia del corazón humano á exagerar las penas pintándose las como irremediables...

Onésimo se quedó como estupefacto al oír el hecho referido por su insigne amigo. Creeríase que su cabeza, totalmente absorbida por las altas especulaciones bancarias y por la metafísica de hacer empréstitos, no comprendía aquel hecho vulgar. El de Tellería se llenó de alborozo oyendo las palabras tristes que salían de los labios de Fúcar, y tuvo una idea propia, una idea felicísima. El la acariciaba en su mente, contemplando con los ojos del cuerpo las pinturas decorativas del comedor de familia, en cuyas paredes se veía representado un verdadero diluvio de animales muertos, perdices, conejos, ciervos, cangrejos, y otro diluvio de frutas, berzas, pepinos y mariposas. El roble tallado también ofrecía medallones de cacerías, bocas infladas tocando trompetas venatorias, perros corriendo, manojos de perdices y mil representaciones diversas del reino alimenticio de tal modo, que aquello parecía el palacio de la indigestión.

VI

El clérigo miente y el gallo canta

Cuando María Egipciaca vió que entraba en su cuarto el Padre Paoletti, lanzó un grito de alegría. Le miró con cariño, posó después los dulces ojos en Leon, expresándole su gratitud por aquella fineza matrimonial, que rayaba en lo sublime, y alargó una mano á cada uno. Aquel movimiento tan natural en ella, y que no fué acompañado de ninguna observación, era la cifra de su vida, y aún podría ser la síntesis de este libro en lo que á ella se refiere. Los dos le preguntaron á un tiempo que qué tal se encontraba, y con una sola respuesta satisfizo á entrambos.

—Me parece que estoy mucho mejor. Me siento con ánimo.

Leon le dió una palmada en el hombro, diciéndole:

—Ahora... yo me retiro.

—No, no, no,—dijo con gran presteza el Padre Paoletti, que se había sentado á la izquierda de la cama.—Doña María y yo no vamos á hablar de cosas de conciencia... El médico nos ha dicho que su estado no es ni bastante grave para acudir con premura á la salvación del alma, ni bastante lisonjero para poder platicar extensamente sobre temas espirituales, que por lo mismo que son dulcísimos y preciosísimos, fatigan la atención. Departiremos un poco los tres... sí señor, los tres... y á su debido tiempo, cuando esa cabeza esté más serena, mi ilustre hija espiritual y yo nos secretearemos un poco.

La sonrisa con que concluyó el discurso comunicóse á María, que la reprodujo como reproduce la mar el color del cielo.

Era Paoletti, como se ve, un hombre afable, meloso, de palabra sencilla y llena de atractivos, de apariencia modesta y seductora en una pieza, por la reunión feliz de una figura simpática y de la voz más clara, más argentina, más conmovedora que se ha oído jamás. Era su acento firme y dulce á un tiempo mismo, formado del misterioso himeneo de dos notas que parecen antitéticas, la precisión y la vaguedad. Los resabios del decir italiano, atenuados por el largo uso de nues-

tra lengua, daban á ésta en su boca como un son quejumbroso que hacía resaltar más los matices vivos y el enérgico juego de consonantes del idioma español. Conocedor de su destreza para instrumento tan primoroso, se esmeraba en manejarlo, corrigiendo los pequeños defectos y concordando la idea con la palabra y la palabra con la voz de un modo perfecto. El uso de superlativos melifluos hacía un poco empalagoso su estilo.

Mientras hablaba, ponía también en ejercicio la luz singular, la expresión activa de sus ojos, cuyas múltiples maneras de mirar, que podrían llamarse fases, añadían y como redondeaban el lenguaje oral. De sus ojos podía decirse que eran la prolongación de la palabra, pues llegaban á donde no podía llegar la voz. Eran á ésta lo que la música es á la poesía. Indudablemente había algo de estudio en el extraordinario realce de estas cualidades; pero la principal causa de ellas eran un dón ingénito y la dilatada práctica de buzear en conciencias, y de leer en rostros, y de hacer esfuerzos de agudeza y de persuasión, y el usar artificio de ojeadas y reclamos de inflexiones dulces para descubrir secretos.

—Según el parecer de ese sábio médico,—dijo,—nuestra dulcísima amiga se restablecerá pronto. Ha sido esto una crisis nerviosa

que va pasando, y pronto volverá la calma primera. Estamos sujetos al traidor influjo de las bruceas impresiones morales que desatan tempestades en nuestra alma, sin que nuestra razon flaquísima lo pueda evitar. El demonio, siempre vigilante, la nefanda carne, rara vez sometida por entero, se amotinan y nos acometen, cogiéndonos de sorpresa. Aquí es el desvario de los sentidos, que no sólo abultan sino que desfiguran las cosas; aquí el encenderse de la fantasía, que va á donde nunca debe ir y todo lo ve de aquel color de sangre y fuego de que ella está vestida. El espíritu sucumbe aterrado por una apariencia vana, por una apariencia vana, mi querida amiga. Despues viene el reposo, casi siempre despues de un gran desórden físico, y se ven las cosas claras, se ve que no habia motivo para tanto, que se hizo demasiado caso de la maledicencia, quizas de la calumnia; que se vieron muchos fantasmas, sí, muchos fantasmas... ¡Oh ya hablaremos de esto, mi querida amiga... Ahora procure usted reponerse pronto y llevar su alma á un estado suavísimo... Y me parece que está usted muy bien alojada en esta casita. Tuvo buena eleccion su señor esposo al tomar esta tranquila vivienda. A mí me gusta mucho Carabanchel .. Doña María, cuando usted pueda levantarse, y su esposo la saque

á usted á paseo, porque le sacará á paseo ¿no es verdad? verá usted qué trigos tan hermosos hay por estos campos... Luego esto es una bendicion para las gallinas: no da uno un paso sin tropezar con una bandada de estos animales humildísimos. Y basta de sermon por hoy, señora mia. Empecé por el alma y acabo por las gallinas, ¿qué tal?

En este momento oyóse cantar un gallo.

—Es el gallo de San Pedro,—dijo Paoletti aparte á Leon.

Y volviendo rápidamente los ojos á su ilustre amiga, añadió:

—Empecé hablando del alma y concluí haciéndome cargo de las aves que hay en este pueblo. En otra ocasion empezaremos por el corral y acabaremos por el cielo... Con Dios.

—¿Pero se va usted?—dijo María con verdadera afliccion.

—Me pasearé por estos contornos, iré á comer y volveré luego.

—¡Oh! no, de ninguna manera,—manifestó Leon.—Comerá usted aquí.

—Gracias, gracias. Señora doña María,—dijo Paoletti inclinándose hácia la señora doña María con mundana cortesía y riendo con familiaridad,—su marido de usted es muy amable... No le habia visto desde aquellos tristes dias en que subió al cielo nuestro ama-

disimo Luis. He tenido mucho gusto en verle hoy.

Maria miraba á su marido vacilando entre la benignidad y el enojo.

—Sabe usted, mi buena amiga,—añadió el clérigo,—que hoy he descubierto una cosa por las vias más extraordinarias y más inesperadas.

—¿Qué?—preguntó la dama con gran curiosidad.

—Ya hablaremos de eso... no quiero incomodar.

—Digamelo usted,—insistió Maria con el tono mimoso que emplean los niños cuando piden una cosa que no les quieren dar.

—Pues he descubierto,—prosiguió el italiano bajando más la voz y fingiendo que no quería ser oído de Leon Roch,—pues he descubierto que su marido de usted es mejor de lo que parece; que todo cuanto le dijeron á usted... ya sé que fueron allá con mil cuentos la de San Salomé y doña Milagros... es un puro error, equivocacion... Me consta ¿lo oye usted? me consta que no hay tales infidelidades...

En los ojos de Maria brillaban con viva luz la ansiedad y el orgullo. Aquellas palabras, que en tal boca sonaban para ella como el mismo Evangelio, eran en su turbado espíritu cual bálsamo dulce aplicado por las pro-

pias manos de los ángeles. Se sentía saliendo de un negro abismo á la clara luz y al grato ambiente de un hermoso día. Aunque más tarde debia venir la reflexion á aquilatar el valor de aquellas afirmaciones, por de pronto las palabras del clérigo hicieron rápido efecto en su credulidad de penitente. Si Paoletti le dijera que en aquel momento era de noche, ántes creyera en el error de sus ojos que en la verdad de la luz del día. Sin saber qué decir, ni cómo expresar su gozo, miraba al Padre y al esposo y á ambos les estrechaba las manos.

—Sí, mi querida amiga,—añadió Paoletti,—no hay motivo para pensar en tales infidelidades, y este hombre...

Volvióse á oír el canto del gallo y el clérigo suspendió su frase cual si le faltara la voz. Recobróla al variar de asunto y dijo:

—Con que amiguita, á ponerse buena pronto... ¡Ah! Qué funcion tan linda se perdió usted ayer... Cuando vuelva usted por allá le enseñaremos las estampas que hemos recibido ayer... Tenemos agua de Lourdes fresquecita... ¡Cuánto hemos echado de ménos á nuestra doña Maria! ¡Ah! se me olvidaba, ya nos comimos el chocolate... Se le dan gracias cordialísimas á nuestra protectora en nombre de todos los de la casa.

—Si no vale nada... ¡Por Dios!...

—Doña Perfecta se ha enojado con nosotros porque no quisimos admitir su donativo... Angelical señora es doña Perfecta: ¡qué alma tan pura! ¿Pues y la pobre doña Juana? Anoche nos mareó de lo lindo y hasta nos llamó déspotas, porque hemos prohibido á la mujer del portero que le haga el café á ella y á las demás devotas madrugadoras que van á comulgar muy de mañana y quieren desayunarse en seguida. Francamente la portería parece algunos domingos un *restaurant*.

A esta sazón entró el médico, diciendo:

—Mucha, mucha conversacion hay aquí... Si tendré yo que venir como un maestro de escuela con una caña en la mano á mandar callar.

—Yo... punto en boca. Creo que he hablado más de la cuenta,—indicó el confesor,—y me voy á dar una vuelta por ahí.

Llevando á Leon al hueco de la ventana, le dijo:

—¿Qué tal?

—Bien,—replicó Leon que sinceramente habia admirado la habilidad histriónica del Padre.

Oyóse otra vez el canto del gallo.

—He negado á mi Dios, he faltado á la verdad,—dijo Paolotti con sonrisa que parecia reprension.—Si ese gallo sigue avisándome

con su voz que parece venir del cielo, no tendré fuerzas para hacer traicion á mi Maestro.

—Es caridad,—le dijo Leon.—Los gallos no entienden de esto.

—Ella y Dios me lo perdonarán. Como no le he negado nada, como no la he engañado nunca, como de mis labios no ha oido jamás palabras que no fueran la misma verdad, me cree como al Evangelio.

Leon meditó un momento sobre esta última frase, que despertaba en él, como porrazo que se da en una herida, dolores añejos. El médico hizo en voz alta lisonjeros vaticinios sobre la enfermedad.

—¿Oye usted lo que afirma el facultativo?

—dijo el confesor hablando aparte con el marido.—Albricias, querido caballero, ya se puede asegurar que *nos* vive doña Maria.

Aquel dichoso plural, dicho y repetido naturalmente y sin malicia, era el más cruel sarcasmo que Leon escuchara de labios humanos en toda su vida. Habia visto con gusto el milagroso efecto terapéutico de los consuelos del Padre en la desgraciada Maria; pero aquella familiaridad del clérigo con su esposa, aunque encerrada dentro de la pudibunda esfera de las relaciones espirituales, le repugnaba en extremo. Fue aquel un momento de los más tristes para su espíritu porque vió cara

á cara la abrumadora importancia, el dominio absoluto, omnímodo, con que había querido luchar durante los batalladores años de su matrimonio. Se entristecía y se avergonzaba. ¡Ay! Aquel divorcio moral de que repetidas veces habló y que, según él, estaba ya consumado, no fué completo y radical hasta aquel momento. Hasta entonces quedaba la estimación, quedaba el respeto; pero ya aquellos ténues hilos parecían, si no rotos, tan tirantes que pronto, muy pronto, debían romperse también.

Ocultando lo que en sí pasaba, se acercó á su mujer y le dijo:

—El señor Paoletti y yo vamos á tomar alguna cosa... Rafaela te acompañará mientras volvemos.

—¡Oh! Si... almorzad, almorzad... —replicó María alegremente y dulcificando su mirada.

—Pero no tardes, quiero verte... quiero hablarte... No olvides que tu deber es acompañarme, no separarte de mí ni un solo momento... Ahora que te cogemos á propósito, verás qué reprimendas, qué sobas te vamos á dar el Padre Paoletti y yo. Te veo ya acobardado y humillado... ¡pobre hombre!... ¡desgraciado ateo! Pero no tardes, quiero verte... Mira... esta noche ponese ese sofá aquí, junto á mi cama, para que duermas á mi lado... Así mi

reposo será más tranquilo, y si sueño algun disparate, alargaré la mano, te tocaré y me dormiré tranquila.

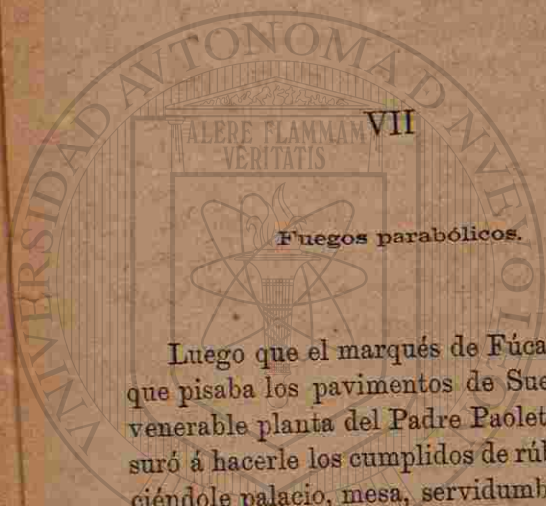
—Bien; haré todo lo que desees,—dijo el esposo con la vacilación en la mente y el hielo en el corazón.

—¡Ah! —prosiguió María, reteniéndole por la manga;— dispon que me traigan hoy mismo mi rosario, el crucifijo y todos mis libros de rezó que están sobre la mesa de mi cuarto; todos, todos los libros y el agua de Lourdes, y mis reliquias, mis adoradas reliquias.

—Rafaela irá esta tarde á Madrid y te traerá todo.

—¡Cómo se conoce que estoy en el cuarto de un ateo! —dijo la enferma, tomando de súbito el tono impertinente, que no había desaparecido en ella sino ante la atroz quemadura de los celos —No hay aquí ni un solo cuadro religioso, ni una imágen, nada que nos indique que somos cristianos... Pero vé á almorzar, vé á almorzar. El buen Padre estará en ayunas... ¡pobrecito! Dále lo mejor que haya ¿entiendes? lo mejor. Reconoce tu gran inferioridad; humíllate, hombre. Háblale de mí, háblale de mí, y aprenderás á apreciarme mejor.

Cuando Leon salía disimulando una sonrisa amarga, volvió á cantar el gallo.



Luego que el marqués de Fúcar entendió que pisaba los pavimentos de Suertebella la venerable planta del Padre Paoletti, se apresuró á hacerle los cumplidos de rúbrica, ofreciéndole palacio, mesa, servidumbre, coches, capilla, obras de arte. Creeríase que D. Pedro era poseedor de toda la creacion, segun la facundia y generosidad con que todo lo brindaba para goce y dicha de la humanidad menesterosa. Y arqueándose cuanto lo consentia su crasa majestad, manifestaba con reverencias y cortesías cuán inferiores son las riquezas y esplendores del mundo á la humildad de un simple religioso, que no tiene otra gala que su sotana, ni más palacio que su celda.

Paoletti, que era entendidísimo en artes

bellas y aún en las suntuarias, elogió mucho las riquezas de Suertebella, dando así propiamente coyuntura al marqués para que gustara su satisfaccion predilecta, que era enseñar el palacio, sala tras sala, sirviendo él de *cicerone*... Largo rato duró la excursion, que bastaria á marear la más sólida cabeza, por la heterogónea reunion de cosas bonitas que contenian aquellos pintorreados muros. Paoletti lo admiraba todo con comedimiento, demostrando ser hombre muy conoecedor de museos y colecciones. El marqués de Fúcar, que parecia la gacetilla de un periódico, segun prodigaba sus elogios á las obras medianas ó malas, solia apuntar el precio de algunos objetos, bien cuadritos tomados á Goupil ó bien porcelanas adquiridas en el martillo de la calle *Drouot*, y que eran hábiles imitaciones.

—Y aquí me tiene usted aburrido, completamente aburrido entre tantas obras de mérito,—decia encarándose con Paoletti y cruzando las manos en actitud ascética.—Soy esclavo del bienestar, mi querido Padre. Parece que no, y esta es la esclavitud más odiosa. ¡Cuánto envidia á los que viven tranquilos, con esa libertad, con esa independencia que da la pobreza, sin los afanes del trabajo, sin conocer otro banquete que el que cabe

dentro de una escudilla, ni más palacio que cualquier celda, choza ó agujero!...

—¡Oh! querido señor mio,—dijo el italiano riendo y llevándose la mano á la boca para ocultar urbanamente un bostezo,—pues no hay nada más fácil que realizar ese deseo... ¡Ser pobre! Cuando oigo á los mendigos manifestar deseos de ser millonarios, me rio y suspiro; pero cuando oigo á los ricos hablar de la cabañita y de un palmo de tierra en que descansar los huesos, les digo lo que me permito decir á usted en este momento: ¿por qué no se va el señor marqués á las ermitas de Córdoba? ¿por qué no cambia á Suerte-bella por cualquier celda?...

Y concluyó la observacion como la habia empezado, con francas risas. Otra vez bostezó, haciendo pantalla de su blanca mano para cubrir la boca.

—Eso... dicho así,—repuso Fúcar riendo tambien,—parece fácil; pero... ¿y las cadenas sociales... y el yugo de la patria, que no quiere desprenderse de sus hijos más útiles?... Ahora caigo... ¡qué descuido el mio! Es muy tarde y usted no ha almorzado.

—¡Oh! no importa... deje usted.

—¿Cómo que no importa? Puede ser que aún esté ese bendito cuerpo...

—Con el triste chocolate nada más. Pero

es un cuerpo de misionero y sabe resistir.

—Leon, Leon,—dijo D. Pedro llamando á su amigo, que en aquel momento pasaba por la pieza inmediata.—Voy á mandar que os sirvan el almuerzo en la sala del Himeneo. No querrás alejarte mucho de tu mujer... Y usted, señor Paoletti, no gustará del bullicio del comedor. Ahora están almorzando todos los que han venido últimamente... ¡Bautista, Philidor!

Dando voces á los criados españoles y al maestra sala francés, el marqués hacia correr á sus fieles servidores de un aposento á otro. La multiplicidad y premura de los servicios eran causa de que se sintieran crujir los finos pisos de madera y de que se oyera por todas partes el tin-tilin de botellas y copas transportadas en enormes bandejas, y el claqueteo de los platos, rumor tan caro al hambre del cortesano. Olores de guisotes y frituras recorrian los largos pasillos y las grandiosas salas como corre el incienso por los templos de capilla en capilla.

La sala del Himeneo, llamada así porque en el centro de ella habia un grupo representando la idea del matrimonio en un abrazo de mármol y en dos antorchas que juntaban y confundian sus llamas tambien de mármol, estaba próxima á la habitacion que llamare-

mos de María Egipcíaca; pero no junto á ella. Una mesa fué traída al punto. Leon y el Padre Paoletti almorzaban.

—*Consommé*,—dijo Leon mostrando á su comensal la ventruda sopera llena de un rico caldo.—Esto es bueno para usted.

Y le sirvió una buena porción.

—Estoy pensando, querido señor,—dijo Paoletti despues que con las primeras cucharadas puso remedio á la gran debilidad que desde una hora antes padecía,—que en toda mi vida, que no es corta ni carece de lances extraños, he visto un cuadro como el que en este momento estamos presenciando los dos.

—¿Cuál es el cuadro?

—Nosotros... usted y yo comiendo juntos. Ningun suceso es obra del acaso. Sabe Dios á qué plan divino obedecerá esta peregrinísima reunion nuestra. ¿Qué grandes mudanzas en los órdenes más altos no trae á veces el encuentro, al parecer fortuito, de dos personas? Reflexione usted, querido señor: á veces una meditacion breve, una observacion pasajera dan al alma claridad vivísima, y entonces... No, no, gracias, no me dé usted cosas picantes ni nada de estas fruslerías de la cocina moderna... ¿Ha meditado usted?

—¿Quiere usted vino?—dijo Leon, poco in-

clinado á acompañar al Padre por el antipático campo de sus observaciones.

—No lo pruebo jamás. Déme usted agua pura, y Dios le pague su amabilidad... Cualquiera tonto que juntos nos viera, me criticaría á mí ó le criticaría á usted... “Miren el Padrazo haciéndose mieles con el liberal,” dirían, ó “Miren al incrédulo partiendo un confite con el clerizonte...,” sin comprender que aunque coman juntos un poco de pan y carne, la verdad no transige nunca con el error, ni el error perdona jamás á su enemiga la verdad... ¿Fresa? jamás la pruebo... porque la vergüenza del error es la verdad, por lo cual huye de ella, se esconde y se ciega con imaginaciones suyas, ó bien se tapa los oídos con el bulliciosísimo estruendo del mundo... ¿Pero no come usted?

—No tengo apetito.

Paoletti almorzaba poco. Leon casi nada.

Clavando en éste sus ojos llenos de expresion, el italiano le dijo con patético acento:

—Sr. D. Leon, la persona que conozco en todo el mundo más digna de lástima es usted... Nuestra pobre doña María no es digna de lástima, no, sino de admiracion. Muerta, entrará en la region de los bienaventurados ornada de diversas coronas, entre ellas la del martirio; viva, será ejemplo de mujeres supe-

riores. Es un delicado lirio que en sí reúne la hermosura, la pureza y el aroma.

—Era, sí, un delicado lirio,—dijo Leon pálido y con nervioso temblor en su lengua, en sus ojos, en sus facciones todas;—un lirio que convidaba con su pureza y su aroma al amor cristiano, á los honestos goces de la vida...

—Pero juntóse al cardo...

—No... vino el hipopótamo y lo tronchó con su horrible planta.

Los ojos del Padre se multiplicaron.

—Es un tesoro de las más altas prendas.

—Era un tesoro de las más altas prendas,—dijo Leon haciendo un nudo en la servilleta y apretándolo fuertemente,—mezcladas con pasiones toscas, una naturaleza al mismo tiempo contemplativa y sensual.

—Vino la mano depuradora á apartar la escoria...

—Vino la helada mano á arrojar fuera los diamantes, y no dejó más que la pedrería falsa.

—¿Por qué se descuidó el joyero?

—Cuando los ladrones no entran por la puerta, sino por mina subterránea, el joyero no tiene noticia de ellos hasta que no le falta la joya. Me quitaron el amor, la generosidad, la confianza; no me dejaron más que el deber frío, la corrección moral en lo externo. Era

una fuente cristalina; secaron el manantial, se estancó el agua y cuando fui á beber no hallé más que el sedimento impuro. Corriendo, corriendo siempre, aquella agua que amargaba un poco se habría dulcificado; pero le prohibieron correr y la encerraron en un charco...

—Dulce y por extremo rica era y es aquella agua, querido señor,—dijo Paoletti con expresión seráfica;—agua mística, agua suavísima, regaladísima, que es la esencia del alma misma, el amor divino. Cuando esta agua corre en el mundo, justo es que Dios se la beba y arroje el vaso.

—Es lo que me han dejado, el vaso...

—El vaso de oro, que es lo que apetece la concupiscencia del joyero sin fé. El desgraciado esclavo de la materia para nada necesita del agua riquísima. Su sed no se aplaca con amores del alma, su sed no es más que una forma de avaricia y se sacia con la posesión del oro del vaso, con la hermosura corporal.

—Para el que no conoce el amor sino por el pecado, para el que no siente el amor, sino que solamente lo oye, recibiendo aquí (y señaló la oreja) los secretos de los que aman, mucha parte de lo que corresponde al corazón es un misterio incomprensible. El no ve más

que deberes cumplidos ó faltas cometidas. Esto es mucho; pero no es todo. El que no ha bebido jamás sólo concibe el gusto insípido del misticismo ó el amargor del pecado.

—El que no ha bebido jamás, y sin embargo no está sediento, puede por la preciosa facultad de asimilación, que es uno de los más hermosos dones de nuestra alma, penetrarse bien de todas las suertes del verdadero amor, desde el más noble al más impuro. El que todo lo sabe, todo lo siente... ¡Oh! usted que nos vitupera tanto, habría podido tener amigos en los que cree enemigos y leales pacificadores de su matrimonio en los que cree perturbadores de él.

—Rechazo, detesto esa colaboración.

—¿Con qué derecho acusa el que por sí ha roto todos los lazos? Sólo la circunstancia de considerarse fuera de la Iglesia quita á ciertos hombres el derecho á quejarse de los inconvenientes de un lazo que es por sí religioso. “Yo no quiero religión, dicen, yo la abominó, yo la echo de mí; pero no quiero que la religión se defienda de mis ataques, ni que reclame lo suyo.”

—Lo que no quiero que reclame es lo mío.

—Que Dios tome para sí lo divino...

—Y que yo quiera reservar para mí lo humano...

Ninguno de los dos acabó la frase.

—Lo humano es una cómoda puertecilla,— dijo Paoletti con malicia,— para que mi hombre se escape á la infidelidad, al adulterio, dejando á la pobre mártir sola y sin amparo.

—Lo divino pone á la pobre mártir bajo el amparo de los bebedores de agua espiritual.

—¡Qué sería de ella si así no fuera!... ¡Pobre alma destinada á pudrirse al contacto de un alma corrompida!

—No de corromperla, sino de salvarla traté yo, con la persuasión, con el cariño casi siempre, á veces con la autoridad, hasta con la tiranía...

—¡Lo confiesa!... ¡confiesa su despotismo!

—Este no llegó á donde podría haber llegado en manos comunes. Algunos apalean, yo solamente prohibí... Mis prohibiciones eran á cada instante violadas... Era imposible persistir en ellas sin llegar á un extremo horrible.

—Y la paloma se escapaba de las garras del cernícalo,— dijo prontamente y con cierta ironía meliflua Paoletti.

—Sí, para caer en las del vampiro que me chupaba la sávia de mi vida... Yo enseñaba á mi tesoro á creer en mí y fuera le enseñaban á aborrecerme... Nunca combatí sus creencias ni me opuse á que tuviera un confesor dis-

creto; pero sus amistades espirituales me repugnaban. Mi enemigo no era un hombre, sino un ejército que llamándose celestial se hacia formidable teniendo por colaboradores á los santos y á los tísicos que se creían santos. Yo traté de luchar en las tinieblas, pero en las tinieblas me despedazaban. Un acto hipócrita como el que á muchos débiles ha salvado me habria salvado tal vez á mí. Ella, la pobre ilusa vendida al misticismo por la promesa de goces celestiales, me traía condiciones de paz. ¡Cosa fácil, según ella! "Humilla tu incredulidad loca; ven á nuestro campo," me decía. ¡Eso quisieran! No compraré la paz de mi casa con la impostura, ni encadenaré con fé mentirosa un corazón que se me escapa. No añadiré con mi persona una figura al escuadrón de hipócritas que forma la parte más visible de la sociedad contemporánea... Pasa el tiempo, sigue la lucha. Mi entereza exaspera á los maestros espirituales de mi mujer, ministros de la intrusión y del abuso religioso. Pero ¿qué me importa? prefiero ser infame á sus ojos á serlo á los míos.

—El que teme miradas que no son las de Dios, no debe hablar de estas cosas.

—Si no se le permite hablar, ¿qué se le permite? Es un desgraciado á quien se le viene encima una montaña. ¿Ni siquiera

se le consiente gemir, cuando es aplastado?

—Alce las manos si puede y contenga el peñasco.

—No puede, no puede, pesa como los siglos y está formado de los huesos de mil generaciones pasadas.

—¡Pobre insecto!...—dijo Paoletti con ironía.—Le juro á usted que nada me inspira tanta lástima como un filósofo... Por mi parte quisiera que me expresase usted con toda franqueza los sentimientos que le inspire...

—¿Con franqueza?

—Con toda franqueza, sin omitir palabra dura.

—Cuando viene el fiero turbión y me azota y me derriba, ¿qué puedo pensar de aquella fuerza enorme? ¿Puedo detenerla, puedo castigarla, puedo ni siquiera injuriarla? ¿Qué puedo decir contra ella, ni cómo puedo defenderme, si con ser tan formidable, no es más que aire?

—Querido señor,—dijo Paoletti cruzándose las manos compungidamente sobre el pecho,—este humilde clérigo ultrajado le complace á usted y le perdona.

En seguida oyéronse los pasos largos y duros del clérigo, que golpeando el suelo con sus pies de plomo, se dirigía á la estancia de la enferma.

VIII

Sorbete, jamon, cigarros, pajarete.

La noticia de la mejoría, volando de aposento en aposento, y llegando hasta el picadero, donde estaba Polito, y hasta la estufa, donde el marqués de Tellería y el de Onésimo examinaban las piñas exóticas, haciendo discretísimas apreciaciones sobre los progresos de la aclimatación (de lo cual debía resultar con el tiempo, según D. Joaquín, un gran aumento en la materia imponible); llegando también hasta la pajarera donde estaba Milagros encantada con el piar de las piquetas, que era un recreo muy de su gusto, expareció el júbilo por todas partes. Además de los Tellerías, mucha y diversa gente había acudido á enterarse, y algunos aceptaban los aparatosos obsequios del marqués de Fúcar. Otros se volvían después de dejar una

tarjeta, pero las amigas íntimas quedábanse un rato para consolar á Milagros, que después de dar una vuelta por el jardín, había entrado bastante tarde y daba descanso á su fatigada persona en un sofá de la sala japonesa. Allí entre ídolos y jarros de color de chocolate exhalaba sus quejas y suspiros.

—Ahora no se opondrá ese troglodita á que yo vea á mi hija... Pst.

Un lacayo que pasaba con un servicio de copas y licores, se detuvo al llamamiento.

—Tráigame usted un helado.

—¿De qué lo quiere la señora?

—De piña, si hay, si no de plátano... Pilar, ¿no tomas nada?

—Si acabo de tomar dulce de coco, *plum-pudding*, Jerez y no sé qué más. Ese bendito marqués de los adoquines quiere vengarse de mis burlas haciéndome morir de empacho. Se empeña en que me quede á comer aquí, en que pasee en sus caballos y en sus coches, en que me lleve todas las camelias... Si ya sabemos, señor tratante en blancos, que tiene usted buen cocinero, buenos caballos, un gran jardinero y muchos muñecos de baratillo. El cocinero vale poco. Es un marmitoncillo que estaba en París en los *Trois freres provençaux*... Francamente, me carga lo que no es decible este palacio de similar, tan semejante á una

prendería... Parece una gran librea recargada de galones... Pero querida Milagros, ¿sabe usted que estamos aquí haciendo un papel lucido? ¿Entramos en la alcoba de María? ¿Habrá reconciliación por ahora?

Los ojos de la marquesa se iluminaron como la luz de los faros giratorios cuando les llega el momento de crecer. Después se apagaron, mientras sus labios decían:

—¡Reconciliación! ¡Oh! ¡Desgraciadamente no la habrá!

—¿Y Pepa, dónde está?

—En Madrid.

—Sería una desfachatez que se presentase en Suertebella. Todavía no me explico por qué está aquí María.

—Mi pobre hija fué acometida de un violento ataque. Hallábase en un caserón sin muebles, sin camas, sin recursos. El marqués de Fúcar la hizo trasladar aquí. ¡Cuánto le agradecemos su bondad!... Pero mi bendito yerno... No puedo contenerme, voy á decirle cuatro verdades... ¡Ah! el sorbete.

La marquesa se había levantado con ciertos ademanes de femenil fiereza; pero se sosgó volviendo á su primer asiento entre ídolos y jarrones para hacer desaparecer el sorbetillo en las profundidades inconsolables de su sér afligido.

Polito había vuelto al billar, donde jugaba á carambolas con su amigo Perico Nules.

—¡Eh!... *Philidor*...—exclamó de improviso, mascullando el tarugo de aspirar brea.—Haga usted el favor de mandar que me traigan un poco de jamon en dulce y una copa...

—¿De Jerez?

Vaciló, rascándose la barba rala.

—No... que me irrita... De *Chateau-Iquem*. Si yo pudiera dejar la maldita brea; pero no, no puedo dejarla, porque me ahogo... ¡Eh! un momento, *mon cher Philidor*... A éste tráigale usted también jamon en dulce ó lengua es-carlata y Pajarete.

Cuando se quedaron solos Polito se llevó los dedos á la boca, y dijo á su amigo:

—¡*Smocking!*...

—¿Fumar? Pues fumemos,—dijo el otro sacando su peteca.

—Hombre, no... Mira, allí está la caja... Toda la Vitelta Abajo la tenemos en casa.

Los dos, bastoneando con los tacos, fueron derechos á una caja de tabacos que con su incitante olor revelaba la alta calidad y aristocrático abolengo de los vengueros que entre sus tablas de cedro tenía.

—¡Buenos cigarros, buenos!

—Mira, chico, aquí viene bien aquello de "lo que es de España..." Hagamos provisiones.

Y metieron la mano en la caja.

—Hombre, es demasiado,—dijo Perico Nules algo escandalizado de aquella incautación.

—No seamos *panolis*... Digamos como Raoul: *chascun per se*...

Esto lo dijo cantando á Meyerbeer. Cada nota disminuía de un modo deplorable la riqueza tabaquina del marqués de Fúcar.

—Verdaderamente, ¿qué es esto que vemos, que tocamos, que fumamos?—dijo Nules encendiendo una cerilla.—¿Qué recinto es este, espléndido y rico, donde ahora estamos? Este salón lujoso, ¿qué es? Los ricos alicatados árabes de esta sala, el caballo en que has paseado esta tarde, las piñas de la estufa, los cuadros, las flores, los tapices, los vasos, ¿qué son? Pues son el jugo, la sávia, la esencia de nuestro país, de nuestra amada patria... ¿tú te enteras? y como las cosas sacadas de su centro natural por malos caminos tienen que volver á su natural centro, temprano ó tarde, bien así como los seres orgánicos se asimilan por el alimento aquello mismo que pierden por el uso de la vida, resulta que...

Trajeron el jamón, y la presencia del lacayo obligóles á guardar silencio.

—Y como nosotros somos el país ó parte del país...—dijo Leopoldo.

—El país recobra lo que le pertenece,—añadió Nules arremetiendo al condumio.

Aquel humorístico jóven era el mismo que habia hecho, según crónicas fidedignas, la interpretación profana y maliciosa de las pinturas y letreros de la capilla.

—La riqueza, querido Polo,—dijo escanciando el Pajarete,—es un círculo, ¿te enteras bien? es un círculo... sale y vuelve al punto de partida... El Estado saca á mi padre por contribución la mitad de sus rentas de Jerez; Fúcar le saca al Tesoro, en el feliz instante de un empréstito, la contribución de seis meses, y yo me bebo el vino de Fúcar y le fumo sus cigarros, con lo cual satisfago una necesidad que mi padre no pudo satisfacerme por causa de aquella maldita contribución. ¿Tú te enteras de este círculo infinito?... Todavía quedan algunos cigarros en la caja. Esos se los fumarán los criados.

—No lo consiento ¡Pietoso ciel!—dijo Leopoldo cantando otra vez.—No faltaba más... *in tal periglio estremo*...

—¡Oh! ¡feliz encuentro!—exclamó Nules mirando al parque por la ventana.—Ahí están las de Villa-Bojío, madre é interesantes hijas.

Leopoldo se asomó para ver á las damas que del landó bajaban junto á la escalinata,

y su corazón se movió en su pecho con trabajoso palpitar, así como la pepita de una avellana medio seca que tiembla en las ramas agitadas por el viento.

—Convidémoslas á dar un paseo en coche,
—dijo Nules.

—Sí, que enganchen. ¡Attelez!... *Phili-dor*...—dijo Leopoldo gritando.—Pero vamos á recibirlas.

—Las llevaremos á dar un paseo á Leganés.

—No hay nada que ver.

—Aunque sea á ver á los locos.

IX

Tambien yo despeino.

Los progresos en la mejoría de la pobre santa y mártir siguieron por la tarde; pero al anochecer cesaron. María sintió dolor de cabeza, cierto mareo y se amparó de ella la tristeza. Paoletti la habia acompañado gran parte de la tarde, hablando muy poco y de cosas sin sustancia. Leon pasaba largos ratos allí.

—Oye,—le dijo María.—No sé si es cosa de mi imaginacion, algo extraviada por la fiebre, ó engaño de mis sentidos; pero ello es que siento...

—¿Qué sientes?

—Como si por ahí, no sé por dónde, anduviera mucha gente... Creo oír como tropel de criados y ruidos de platos, y hasta me parece que siento olores de comida que me repugnan.

Leon quiso arrancarle aquellas ideas, mas

y su corazón se movió en su pecho con trabajoso palpitar, así como la pepita de una avellana medio seca que tiembla en las ramas agitadas por el viento.

—Convidémoslas á dar un paseo en coche,
—dijo Nules.

—Sí, que enganchen. ¡Attelez!... *Phili-dor*...—dijo Leopoldo gritando.—Pero vamos á recibirlas.

—Las llevaremos á dar un paseo á Leganés.

—No hay nada que ver.

—Aunque sea á ver á los locos.

IX

Tambien yo despeino.

Los progresos en la mejoría de la pobre santa y mártir siguieron por la tarde; pero al anochecer cesaron. María sintió dolor de cabeza, cierto mareo y se amparó de ella la tristeza. Paoletti la habia acompañado gran parte de la tarde, hablando muy poco y de cosas sin sustancia. Leon pasaba largos ratos allí.

—Oye,—le dijo María.—No sé si es cosa de mi imaginacion, algo extraviada por la fiebre, ó engaño de mis sentidos; pero ello es que siento...

—¿Qué sientes?

—Como si por ahí, no sé por dónde, anduviera mucha gente... Creo oír como tropel de criados y ruidos de platos, y hasta me parece que siento olores de comida que me repugnan.

Leon quiso arrancarle aquellas ideas, mas

no lo consiguió. Sólo se quedó tranquila cuando Paoletti, que era para ella la verdad misma, le dijo:—"mi querida amiga, esos ruidos y esos olores quizás sean pura aprension."

Esta vez el gallo no cantó.

—Deseo rezar,— dijo María.— Pero no te vayas, Leon, no te vayas. Supongo que viéndome enferma no te reirás interiormente de mí porque rece. Quiero que me oigas y que te estés callado oyéndome, porque esa es tu obligación. El que no cree, oye y calla... Pero no, no te separes, no...

—Si estoy aquí.

—Siéntate, y no mires al suelo, sino á mí. Mi Padre y yo rezaremos, y tú... ahí, ahí quieto. Cada palabra nuestra será un latigazo... pero tú quieto ahí, sin moverte, mirándome... aquí... de modo que yo te vea bien...

Y sujetándole la mano, echábale miradas amorosas.

—No debes rezar,— le dijo Leon.— Nuestro amigo el señor Paoletti rezará... pon atención y no te fatigues.

—Bueno,— dijo María, tomando de debajo de la almohada una medalla que le había traído Rafaela.— Ahora, hazme el favor de besar esa medalla.

Leon la besó, no una, sino muchas veces. María la besó luego, diciendo:

—¡Madre mia, salva á mi ateo, y si él no quiere salvarse, sálvame á mí, y mientras viva consérvamele fiel!

Sin quererlo, se pintó á sí misma en esta breve plegaria.

La síntesis de su pensamiento era: "que yo me salve, aunque para salvarme tenga que hacer pedazos la ley fundamental del matrimonio, y que mientras yo abandono lo humano para aspirar con ferviente anhelo á lo divino, mi marido, este hombre que la Iglesia me dió para mi regalo, me quiera mucho, muchísimo, guardándose muy bien de mirar á otra." En una palabra: para ella, como poseedora de la verdad, grandes libertades; para él, como esclavo del error, todos los deberes.

La habitación se oscurecía lentamente, llenándose de fúnebre tristeza, en la cual no tenía poca parte el cadencioso rezo del diminuto clérigo. ¡Cosa por demás extraña! Aquella voz tan armoniosa y dulce en la conversacion corriente, tornábase un poco áspera en la plañidera rutina de los Paternostes y Ave-Marías.

Rafaela trajo luz á punto que se acababa el rezo, y con la claridad y la transición del sonsonete al tono agradable del diálogo, se creeria salir de una region sepulcral para entrar en una esfera de vida. Paoletti, despues

de chariar jovialmente con su ilustre hija espiritual, se despidió hasta el día siguiente. Cuando Leon, atento á las conveniencias, le acompañaba hasta la sala del Himeneo, el clérigo le dijo con acritud.

—Quiera Dios, asegurándole la salud, que me sea permitido pronto mostrarle la pura verdad. Esta comedia comienza á dejar de ser caritativa.

Leon vió al pequeñuelo clérigo bajar con precaucion la escalinata y meterse en el coche, y cuando éste rodaba por la fina arena del parque, se internó de nuevo en el palacio, diciendo para sí:

—¡La verdad! ¡la verdad! ¡Que la sepa y que viva! ese es mi deseo.

En el salon de tapices, llamado así porque contenia en sus paredes hermosa coleccion de aquellas obras de arte, cuyas gastadas tintas y pálidas figuras parecian representar una procesion de tísicos, habia placentera tertulia. Leon no quiso asomar por allí, y volvió al lado de su mujer. Nada ocurrió en la prima noche digno de ser referido, sino que el médico, no seguro aún del buen resultado, recomendó con más energía el reposo, y puso veto á los rezos y ejercicios místicos. Serian las diez cuando María, despues de dormir un poco con fácil sueño, se mostró inquieta, in-

clinada á hablar mucho. Leon, obedeciendo á su mandato, habia colocado un sofá junto á la cama, y en él trataba de descansar tambien. Pero María le hacia mil preguntas, hablándole de sí misma, de él y de los demás. Entonces oyó Leon repeticiones de las impertinentes homilias caseras que le habian mortificado tanto en épocas anteriores; se oyó llamar ateo, empedernido materialista, enemigo de Dios, hombre lleno de orgullo y de pecado, si bien estas duras acusaciones eran suavizadas en el orden material por la hermosa mano de María acariciando la barba del heterodoxo, dándole golpecitos á ratos ó pillando entre sus finos dedos la piel del cuello con tanta fuerza á veces, que se oia la voz del marido diciendo:

—¡Oh! Que me haces daño.

—Más mereces tú... Pero mucho te será perdonado si cumples tus sagrados deberes conmigo.

Sucedia á esto una larga pausa en que los dos parecian dormitar, y de pronto María despertaba sobresaltada y decia:

—Vamos á ver, marido, ¿cuál de nosotros dos vale más?

—Evidentemente tú; eso no puede dardarse.

—Ayúdame á hacer memoria... ¿Es cierto

que yo te dije que no te quería, y que tú me dijiste también que no me querías?

Leon se quedó perplejo sin saber qué contestar.

—No recuerdo nada,—respondió al fin.

—¿Que no recuerdas?... ¿Lo habré soñado yo?

—Es que no recuerdo. Me he consagrado á cultivar el olvido.

—Pero no te alejes de mí.

—Si no me muevo.

—Acércate más... aquí. ¡Qué pálido te has puesto!... ¡qué ojeras tienes, querido!... Acércate más. Que tu cabecita esté cerca de mí.

Después de esta insinuación cariñosa, se volvió á dormir, asiendo fuertemente por los cabellos cortos y rizados la hermosa cabeza de su esposo, como pintan al verdugo cogiendo la cabeza del ajusticiado para mostrarla al público.

La luz de velar enfermos, tenue, misteriosa, encerrada dentro de un cilindro de porcelana, á la cual daba transparencias de ópalo y madre-perla, trazando además en el techo un gran círculo de claridad movediza, alumbraba lo bastante para ver los bultos y la indecisa silueta de los rostros. Todo lo oscurecía aquella luz semejante á la que debe existir en el Limbo, convidando al sosiego y á

un medio sueño parecido al estupor. Leon no velaba ni dormía; el cansancio le impedía lo primero y la atormentadora idea no le dejaba llegar al reposo cuando caía lentamente en él. Ya muy avanzada la noche creyó sentir ligero rumor en el cuarto y miró con asombro, porque no era posible que nadie entrara allí á tal hora. Quedóse helado de espanto cuando vió una sombra ó fantasma que avanzaba con lento paso. Parecía un capricho óptico de la misteriosa luz encerrada en el vaso cilíndrico. Felizmente él no podía creer en aparecidos. Quiso moverse para expulsar aquel, á quien al punto reconoció como persona humana, pero no pudo. Estaba muy bien agarrado por los cabellos y el más ligero movimiento habría despertado á su mujer, que dormía con sueño tranquilo. Extendió el brazo para decir algo con el brazo, ya que no podía decirlo de otra manera, pero el fantasma no hacía caso; se acercaba más, se inclinaba hácia el lecho con cierta curiosidad parecida al pavor. Leon sintió el extraño envolvimiento, por decirlo así, de una mirada dolorosamente expresiva. Su corazón latía y forcejeaba en el pecho, como un loco furioso dentro de su camisa de fuerza. Estaba indignado... ¡No poder hablar, no poder moverse para conjurar aquel peligro inminente! Lue-

go observó que el fantasma, y seguiremos dándole este nombre pueril, movía su cabeza, como quien acusa ó reconviene ó desprecia. Despues se alejó sin cautela, precipitadamente, haciendo más ruido que al entrar, y dejando tras de sí un quejido como una ráfaga de viento que pasa.

María se despertó sobresaltada.

—¡Leon, Leon!—dijo.—Yo he visto...

—¿Qué?... No delires.

—Yo he visto... sí, y he oído... como el ruido de una falda de seda... corriendo.

—Sosiégate... Aquí no ha entrado nadie.

—Yo vi,—dijo María llevándose las manos á los ojos.—Me pareció que una mujer salía por aquella puerta.

—Duérmete otra vez y no veas ni oigas lo que no existe.

—¿Está el Padre Paoletti?

—¿Cómo ha de estar, hija? Son las doce de la noche. Vendrá mañana.

—¡Oh! Yo quiero que él me explique esto. El sólo me lo puede explicar.

Despues la dama se durmió profundamente, recogidas y puestas blandamente sobre el pecho las manos, con lo cual dicho se está que dejó libres los cabellos de su esposo. Este, imposibilitado ya de conciliar el sueño por las batallas de su ánimo y porque creía

sentir aún bullicio de persona viva en la habitacion inmediata, levantóse del sofá con toda precaucion y silencio, y andando con mucha lentitud salió de la alcoba. Al hallarse en el aposento próximo, un ruido singular y que con ningun otro puede confundirse, le indicó la precipitada fuga de una falda de seda. Siguió tras ella, pasando de una sala á otra; pero la falda huía, como alimaña que se siente cazada y busca en la oscuridad su vivienda. Por último, en la sala llamada *Incredroyable ó Increible* (ya la conoceremos luego) la fugitiva, cansada de correr, dió con su cuerpo en un sillón. Allí no habia lámpara ni bujías, pero por el ancho tragaluz abierto sobre una de las grandes puertas entraba la claridad del farol encendido toda la noche en el ángulo de uno de los grandes corredores del palacio. Alumbrada tan poco y un si es no es románticamente, la sala *Increible*, si no tenia claridad bastante para que en ella se pudiera leer ó mirar las estampas ó hacer un detenido estudio de las porcelanas allí colocadas, teníala para que se conocieran las personas y aún se recrearan los rostros, si la ocasion lo exigia, en su contemplacion muda.

Pepa Fúcar, pues no era otra la que allí fué como alma en pena, se inclinó sobre sí

en el sillón, juntando la frente á las manos cruzadas y casi tocando con éstas á las rodillas. Entre gemidos pronunció estas palabras:

—Ya sé lo que me vas á decir, ya sé... no digas nada.

—Por Dios... tu imprudencia...—murmuró Leon de pié ante ella.

—No, no volveré más; no lo haré más... Ya sé que no tengo derecho á nada... que mi destino es dolor y abandono... siempre abandonada... Ya sé que no puedo quejarme, que no puedo pedir explicaciones, ni pedir nada, y que hasta el pensamiento amante me está prohibido.

Leon se sentó junto á ella. La dama no cesaba en aquel angustioso movimiento de su cabeza y sus manos cruzadas, inclinándose acompasadamente en direccion de las rodillas. Irguiéndose luego como quien se envalentona consigo mismo y domina su corazón pisoteándolo (también hirió el suelo alternativamente con ambos piés), secó sus lágrimas con las temblorosas manos, porque no tenía serenidad bastante para hacerlo con el pañuelo (y aún se puede asegurar que había perdido el pañuelo), y dijo así:

—Está bien... Estoy demás aquí... Tengo todos los sentimientos, pero me faltan todos los derechos... Soy una mujer sin honor. La

esposa podría abofetearme y sería aplaudida... Adios.

Leon le señalaba la salida sin decirle nada.

Ella le miró con patética ternura. Rápidamente extendió hacia la cabeza de Leon su mano, á la cual la pasión daba energía formidable, hizo presa en los cabellos, tiró, trajo hacia sí la cabeza, obligando al cuerpo á una violenta inclinación, la puso sobre sus rodillas, enredó por un instante en el cabello sus diez dedos... machacó encima...

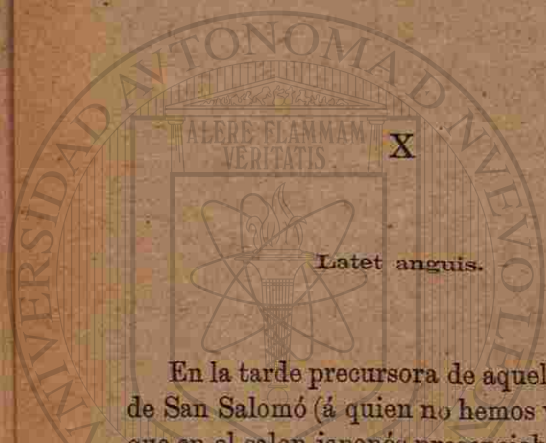
—También yo...—dijo hablando como se habla cuando no se puede hablar.—También yo... despeino.

Leon se incorporó, vacilando entre la severidad y el perdón.

—Márchate,—le dijo.

—Sí, adios...—replicó ella alejándose.—No quiero deshonrarte más... Iré despacio. Mi pecho está oprimido. El llorar y el correr me ahogan... No me acompañes...

Abrió sigilosamente con llave falsa la puerta del museo pompeyano, la cual estaba en el ángulo de la sala *Incredible*, y desapareció en un recinto oscuro. Leon salió poco después por donde había entrado, regresando, como buen soldado, á su puesto de combate.



En la tarde precursora de aquella noche la de San Salomó (á quien no hemos visto desde que en el salón japonés presenciaba el cuadro interesante de la marquesa de Tellería asimilándose un sorbete de piña) fué invitada por D. Pedro Fúcar á visitar la estufa, echando al paso una ojeada á los caballos ingleses poco há traídos de un *harás* de Londres. El *tratante en blancos*, el dique del siglo, el noble que traía su abolengo, si no de batallas contra moros, de felicisimas contratas entre fieles cristianos, conocía muy bien la poca estimación que á Pilar inspiraba, y ganoso de conquistar adeptos, no satisfecho de haber rendido á sus pies á toda la Administración y al ágio de ambos mundos, abrumó á la marquesa con obsequios y amabilidades. Además

de mostrarle con especial diligencia las maravillas de Suertebella, le regaló algunas preciosidades de las que el palacio contenía, con la añadidura de flores vivas en tiestos de lujo, exóticas frutas, y para colmo de galantería le dió algunas reliquias y objetos piadosos que en la capilla había. Con toda su habilidad cortesana no podía ocultar el prócer pecuniario que la pena le dominaba más cada vez, y distrayéndose á menudo, echaba suspiros y se quedaba mirando al suelo, cual si en el suelo, escrita en misteriosos guarismos como el binomio sobre la tumba del gran Newton, estuviese la fórmula de un negocio ó empréstito que llevase á las arcas fucarinas la tierra toda que habitamos.

La de San Salomó, interpretando mal aquel desasosiego, lo atribuyó al escándalo del día, á la situación equívoca y deshonrosa en que estaba Pepa, á la singular instalación de Leon Roch y su mujer en Suertebella. Firme en este juicio, Pilar dió al marqués cuando regresaban al palacio gracias mil por sus obsequios, añadiendo:

—Mucho más valor tienen hoy sus finezas, por hacerlas usted en los momentos en que se halla tan preocupado y entristecido con estas trapisondas.

—¡Y qué trapisondas!—exclamó D. Pedro

poniendo su alma toda en aquellas palabras. —No lo sabe usted bien, Pilar... Figúrese usted cómo serán ellas para conmover esta montaña.

Puso la mano en su pecho, indicando que aquella roca cuaternaria tenía también sus escondidos manantiales de sentimiento. Serían las cinco cuando el marqués se despidió, después de reiterar á los Tellerías el ofrecimiento de la casa. Él iba á Madrid á comer con su hija, y probablemente no volvería á Suertebella hasta el día siguiente. No obstante, en caso de que ocurriera alguna novedad importante, vendría á cualquier hora de la noche. Felizmente María estaba mejor, y se pondría buena sin duda alguna. Después de saludar á Gustavo, que á la sazón entraba, porque no le permitían venir antes sus tareas parlamentarias y el cuidado de su bufete, se retiró.

Pilar quería marcharse pronto á Madrid, mas la detuvo Gustavo, que estaba muy afanoso por decirle no sabemos qué cosas; sólo se puede asegurar que la de San Salomé las oyó con grandísimo anhelo, regalándose mucho con aquel notición estupendo, de riquísimo gusto para su curiosidad y para su malicia. Ambos pasaron un rato por el jardín, y á veces Pilar prorumpía en risas diciendo:

—Parece una bufonada, y al mismo tiempo un golpe de arriba, un castigo. Es de esos latigazos providenciales, que hacen reír, mientras llora el que los recibe... Aquí no cabe lástima ni conmiseración... ¡Oh, Dios omnipotente! ¡Qué grande eres y qué diligente para acudir á todo! ¡Cómo atajas los pasos de la maldad disponiendo las cosas con arte semejante al de los que hacen las novelas, causándonos una sorpresa que dá miedo y un miedo que nos obliga á pensar en Ti y á decirte: "Señor, avisanos antes de darnos esos golpes!",

A esta ensalada de profanidad y misticismo siguió otra vez la risa, y después estas dos briosas palabras:

—Voy allá.

—¿Tú, y á qué?

—Quiero ver esas caras,—repuso Pilar con el lindo pañuelo en la boca; y se frotó la punta de la lengua, como se pulimenta el filo de la hoja después de envenenarla.—Tomaré un pretexto cualquiera.

Anochece cuando Pilar entró en su berlina, mandando al cochero que fuese á Madrid y al palacio de Fúcar. Entró. D. Pedro, su hija, el marqués de Onésimo y la condesa de Vera se disponían á sentarse á la mesa. Fúcar invitó á Pilar para que les acompañara; pero ella se excusó diciendo que no estaría

sino el tiempo preciso para dar las buenas noticias que traía. Besó á Pepa, apretó la mano del marqués, despues se puso á hacer mimos y caricias á Monina.

—¿Qué hay?—dijo D. Pedro.

—Que María está muy bien. Ya es seguro que habrá reconciliacion: así me lo ha dicho Milagros. Me alegro mucho: no me gustan los matrimonios mal avenidos... Monísima, ¿no me das un beso?

—No, — replicó decididamente Ramona apartando su cara y defendiéndola con sus manecitas de los lábios de Pilar.

—¡Oh, qué tonta, qué mala!

—No te *quiere*...

Rechazada en aquel lado, Pilar se volvió á Pepa, y echándole una mirada de compasion, le dijo:

—Adios, querida... sabes que me asocio á tus desgracias.

Al salir acompañada por D. Pedro, dijole al oído algunas palabras que hicieron en el buen millonario el efecto de un tiro, y al despedirse de él junto al coche, la dama terminó su visita con estas palabras:

—He querido prevenirle á usted para que esté con cuidado. Ahora, señor marqués, resignacion, resignacion cristiana es lo que hace falta.

Pepa en tanto, acometida de un estupor doloroso, no sabia qué pensar ni á qué region de las posibilidades volver su alma llena de presentimientos y atormentada por las congeturas. Aquel anuncio de reconciliacion habia penetrado en sus entrañas como una lanza implacable. Sentáronse los cuatro á la mesa. Para Pepa los manjares eran un comistrajo nauseabundo que no podia pasar de los lábios. El marqués no comia tampoco.

En medio de su pena horrible, Pepa, que habia observado desde el dia anterior extraña expresion de pena y contrariedad en el rostro de su padre, notó aquella noche que estaba como fuera de sí. Tambien D. Joaquin Onémo, poseedor de los secretos de D. Pedro, estaba tétrico. ¿Qué ocurría?

—¡Ah!—dijo Pepa para sí, amparándose de una idea triste que era feliz para ella en aquel momento.—Mi padre habrá tenido algun revés grande en los negocios; estará arruinado... nos quedaremos en la miseria.

Esta idea, con ser de las más negras, la consoló. La causa de la tristeza paterna no afectaba á los grandes intereses de su corazón. ¿Qué le importaban los demás intereses, ni todo el dinero, todos los bonos, todas las obligaciones bancarias, todos los empréstitos habidos y por haber? Pepa habria pasado

aquella noche junto á todo el papel fiduciario del mundo, hecho una montaña y encendido por los cuatro costados, y no habria concedido á tanta riqueza perdida ni el favor de una simple mirada.

Despues de comer y habiéndose retirado los amigos, D. Pedro y ella se encontraron solos en la alcoba donde dormia Monina, á punto que aquel ángel, despojado de sus vestiduras arrugadas por el juego, se disponia á entrar en el rosado paraíso de su sueño inocente. El marqués tomó en brazos á su nieta, y estrechándola con más cariño que de costumbre, y siempre lo hacia con cariño, pronunció estas palabras:

—¡Pobre paloma de mi casa! no, no caerás en las garras del cernicalo horrible.

—¿Qué tienes, papá? ¿qué tienes?—exclamó Pepa, uniendo su abrazo vigoroso al tierno enlace con que los brazos de Monina rodeaban el cuello de toro del marqués de Fúcar.

—Nada, hija mia, nada... No te asustes, no pierdas tu tranquilidad y confia en mí, que yo lo arreglaré todo.

—¿Pero no me explicas?...

—Todavía no.

—¿Has tenido algun quebranto en tus negocios?

—No, pichona, no,—repuso Fúcar rechazando con cierta indignacion aquella conjetura que menoscababa su dignidad de negociante.—He ganado diez milloncitos limpios en el último empréstito. Desecha, pues, esa idea lúgubre.

—Entonces...

—Nada... no te aflijas. Duerme tranquila y déjame á mi que lo arregle todo.

—¿Pero te vas?—dijo Pepa con desconsuelo viendo que el marqués se desataba de tan cariñosos brazos.

—Sí, tengo que hacer esta noche. Me esperan en el ministerio de Hacienda. A este pobre país desventurado no le basta con el empréstito que se ha hecho y necesita hacer otro.

—Me dejas llena de inquietud... ¿Qué te dijo Pilar?

—¿A mí? nada,—repuso el marqués con un poco de turbación.—Nada más que lo que oíste.

—Te habló al oído.

—No... no recuerdo. Que parece segura la reconciliacion de nuestro amigo con la pobre María: no me dijo más. Yo me alegro, porque es impropio que dos personas honradas, un marido bueno y una mujer buena se desavengan por una misa de más ó de mé-

nos. Esto es completamente tonto... Adios, queridita.

—¡Reconciliarse!—exclamó Pepa con los ojos llenos de fuego.

El marqués, que no la miraba en aquel momento, dió algunos cuantos pasos hácia la puerta.

—Felicitémonos de que el bueno se reconcilie con el bueno,—murmuró al salir.—Pero no tengamos paz ni perdon para el malo. Que lo perdone Dios.

Pepa iba á decir algo; pero este algo debía ser de naturaleza tan borrascosa, que no dijo nada. Quedóse largo rato sin moverse de aquel sitio. Despues anduvo de una parte á otra de la pieza, llamó á su doncella, dió órdenes, las denegó luégo, reprendió al aya, corrió por distintas partes de la casa sin saber á dónde iba. Cuando la niña se durmió, encerróse la madre en su habitacion para meditar. Indudablemente un misterio la rodeaba y envolvía como las influencias eléctricas, que no se ven, pero que se sienten. Pero así como todo humano sér á quien un dolor atormenta gusta de asimilar las no comprendidas penas de los extraños á la suya propia, la dama creía ver en la desazon moral de su padre una variante del mal agudísimo que ella misma sentía, ó pensaba que los males

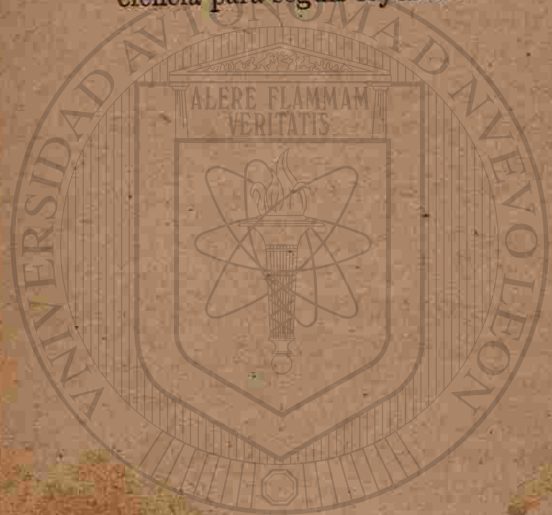
de ambos provenian de una sola causa: La grandeza de su cuita le impedía ver otra alguna; no imaginaba que criatura nacida pudiera affigirse por cosa distinta de aquella reconciliacion tan temida y tan impertinente anunciada.

Los razonamientos de que pueda ser mentira lo que muy vivamente nos hiere, no bastan á desclavarnos el dardo: por el contrario, los silogismos son la peor clase de pinzas que se conoce, y cuando se meten á arrancar lo que tan sólo es una pua, parece que la centuplican. Pepa, dándose á creer que las palabras de Pilar serian falsas, se atormentaba más. Aquella reconciliacion la hería, como si corrieran sobre su pecho los múltiples dientes de una sierra.

La hora era muy avanzada y el marqués de Fúcar no vendría en toda la noche, porque despues de salir del ministerio se iría á cultivar amistades de cierta clase que en la villa tenia. Era hombre tan benéfico y tan protector del género humano, que sostenía tres casas en Madrid además de la suya.

Concebida la idea, Pepa no vaciló en ponerla en ejecucion. Fué á Suertebella, entró en el palacio por la puerta del museo pompeyano, de éste pasó á la sala *Inceivable* y de allí no habia más que seguir habitaciones

para llegar á donde queria ir. Llegó, vió; en lo demás de este lance hay una parte conocida sobre la cual no es preciso insistir; pero hay otra que conocerá todo el que tenga paciencia para seguir leyendo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

XI

Excesos del apostolado.

Leon salió temprano en la mañana del miércoles á dar una vuelta por el jardín. Al regreso, estaba solo en la sala del Himeneo, cuando entró Gustavo. Venia con semblante enmascarado de severidad, la vista alta, el ademan forense, entendiéndose por esto una singular hinchazón y tiesura, debidas aparentemente al hervor de todas las leyes divinas y humanas dentro del cuerpo, de tal modo que el individuo reventaría si no tuviera el cráter de la boca, por donde todas aquellas materias fibjísticas salen en tropel mezcladas con la lava de la indignacion. Su cuñado comprendió al punto que venia de malas.

—Estaba esperando con mucha impaciencia á que fuera de dia para hablar contigo,—

para llegar á dónde queria ir. Llegó, vió; en lo demás de este lance hay una parte conocida sobre la cual no es preciso insistir; pero hay otra que conocerá todo el que tenga paciencia para seguir leyendo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XI

Excesos del apostolado.

Leon salió temprano en la mañana del miércoles á dar una vuelta por el jardín. Al regreso, estaba solo en la sala del Himeneo, cuando entró Gustavo. Venia con semblante enmascarado de severidad, la vista alta, el ademan forense, entendiéndose por esto una singular hinchazón y tiesura, debidas aparentemente al hervor de todas las leyes divinas y humanas dentro del cuerpo, de tal modo que el individuo reventaría si no tuviera el cráter de la boca, por donde todas aquellas materias fibjísticas salen en tropel mezcladas con la lava de la indignacion. Su cuñado comprendió al punto que venia de malas.

—Estaba esperando con mucha impaciencia á que fuera de dia para hablar contigo,—

dijo Gustavo con sequedad que anunciaba mucho enojo

—Cuando se tiene tanta impaciencia,—replíco Leon con más sequedad aún,—se enciende una luz y se habla de noche.

—¿De noche?... no; temía distraerte de ocupaciones gratas,—dijo el orador con ironía.

—Pues habla de una vez y con brevedad. Olvídate de que eres orador y de que vives constantemente entre mujeres que charlan demasiado.

—Siento molestarte; pero te comunico que voy á ser largo.

—Peor, dijo Leon con tético humorismo.

—Ya que predicas, comienza predicándome la paciencia.

—Tú la tienes para tus obras criminales,—replicó Sudre exaltándose.—Lo que yo podría predicarte ahora es la resignación, si fueras capaz de ella.

—Resignación... ¿pues no te oigo?—dijo Roch, que habia llegado á una situación de ánimo en que le era imposible, sin reventar, hacer un misterio de la antipatía que toda aquella bendita familia suya le inspiraba.

—Mucha has de necesitar, pues esa calma de escéptico, que es la mortaja de tu espíritu sin vida, no te servirá para oír lo que voy á decirte... Ya sabes que soy enemigo del due-

lo. Es contrario á todas las leyes divinas y humanas.

—Yo tampoco lo defiendo; pero creeré que el duelo es bueno si esas leyes divinas y humanas de que me hablas son las tuyas.

—Las mias son, y al mismo tiempo las únicas. Aberrezco el duelo porque es absurdo, porque es pecado; pero...

—Pero en estas circunstancias,—dijo el otro interrumpiéndolo,—te atreves á condenarte por tener el gusto de batirte conmigo y matarme.

—Eso no sería un gusto; soy cristiano.

—Acaba,—dijo Leon exaltado.—¿A qué vienes? ¿A desafiarme?... El duelo es un absurdo que se acepta; un asesinato fiado al acaso y á la destreza, que á veces se nos impone con invencible fuerza. Yo acepto ese asesinato contigo... cuando quieras, ahora, mañana, en la forma que gustes...

—No, no has comprendido mi idea,—indicó Gustavo dando vueltas al tema como abogado que quiere alargar un pleito.—Dacia que aunque no soy partidario del duelo, esta sería una ocasión buena para sobreponerme á mis escrúpulos religiosos y coger una pistola ó un sable...

—Pues cógelos...

—No. Tú has hecho todo el mal suficiente

para que un hombre como yo atropelle todos los respetos, las leyes divinas y humanas, y fie á un arma el cumplimiento de una sentencia. Pero...

—Pero...—dijo el otro remedando la torcida argumentacion de su hermano político.

—Habla caro; habla y piensa derecho, como yo, y di "te odio..."

—Mis ideas no me permiten decir "te odio," sino "te compadezco;" no me permiten decir "te mato," sino "te matará Dios."

—Pues no me hables entonces con tus ideas, háblame con las ajenas, con las mías.

—Si te hablara con las tuyas me pondria en oposicion con las leyes divinas y humanas. Voy á concluir. No se trata de duelo, aunque la ocasion parece reclamarlo y aunque todas las ventajas estarian de mi parte. Primera ventaja: que tengo razon y tú no; que eres tú el criminal y yo el juez; que lógicamente soy el vencedor y tú el vencido. Segunda ventaja: que yo manejo todas las armas, porque me he ejercitado en el tiro y en la esgrima por higiene, mientras que tú, dedicado á la alta física y á la geología, no sabes manejar ninguna. De modo que en el terreno de la fuerza tambien me conceptúo vencedor. Sin embargo de esto, asómbrate...

—¡Me perdonas!—exclamó Leon reconcentrando la furia para dar paso á la ironía.—Gracias, elefante cargado de leyes divinas y humanas.

—No te perdono,—dijo el letrado dando á su hermosa voz oratoria toda la expresion patética de que era susceptible;—es que renuncio á las ventajas que tengo sobre tí, renuncio á imponerte castigo por mi mano y te entrego al brazo justiciero de Dios, que ya está levantado sobre tí.

—Gracias,—repitió Leon mezclando ahora en un acento la ironía y la furia;—gracias, alguacil de Dios. Supongo que á tu familiaridad con Dios, de quien eres apóstol, deberás el conocimiento de sus altos secretos y el saber de cosas de justicia divina.

—La intencion divina se conoce por los sucesos del mundo, cuya ordenada disposicion es á veces tan clara que sólo un idiota dejaria de ver en ellos un movimiento amenazador de aquel brazo terrible que antes nombré. No me tengo por profeta ni por inspirado. Para conocer tu horrible castigo me ha bastado saber alguna cosa que tú ignoras. Por eso renuncio al duelo, por eso remito tu castigo á quien lo ejecutará mejor que yo. Y así te digo: "vas á morir."

—¡Morir yo!—exclamó Leon, que aún des-

preciando á su acusador no podia oírle sin cierto espanto.

—Sí, tú. Morirás de rabia.

—Lo creo, sí,—dijo Leon trayendo á su mente en espantosa serie á todos los individuos de su familia política.—Se muere también de un empacho de parientes; y cuando el hombre que persigue con todas las fuerzas de su alma la familia ideal y sus puros y honrados goces, no encuentra más que un potro donde diversos sayones le dan martirio, es fácil que reviente y se acabe; que si hay yerbas venenosas, también hay familias mortíferas.

—Morirás de despecho,—repuso Gustavo con crueldad.—Lo sé, lo he visto, lo tengo escrito en mi bufete en papel sellado, y cada letra de aquella es una gota de la mortal ponzoña que ha de destruirte.

—No te entiendo,—dijo Leon tocado al fin de curiosidad.—¿Y qué? ¿es algún pleito? ¿Si crearás tú que á mí se me mata con un pleito? ¡Pobres leguleyos! Pasais la vida envenenando al género humano con vuestros enredos y creéis que yo morderé hoy el cebo de vuestros sofismas... No quiero saber qué intriga horrible es la que estás urdiendo contra mí.

—Yo no urdo intriga alguna... aquí no hay

intriga... no hay más que justicia, y aún de esa justicia no soy yo impulsor, sino instrumento. En otras circunstancias nada habria intentado contra tí; yo te creia honrado; pero despues de tu comportamiento con mi pobre hermana, agravado con hechos deshonorosos, que he conocido hace poco...

—¿Cuándo?—preguntó Leon, y su pregunta estallaba como el trueno.

—¿No lo sabes?

—No. ¿Qué hechos deshonorosos son esos?

—¡Y lo pregunta el hipócrita!...

—¡Aquí!

—¿Aquí... qué?

—Disimulas; mas tu semblante lívido declara tu culpa, y ante la conciencia sublevada, hasta el carton de tu máscara escéptica palidece. Hace poco te has revelado á mí en toda la desnudez repugnante de tu sér moral cuya depravacion raya en lo absurdo.

—Explicate ó te...

Las manos de Leon se oprimian como queriendo ahogar algo.

—Pues qué, ¿son un misterio para nadie tus relaciones criminales con el ama de esta casa faltando así al amor de la mujer más santa, más pura, más angelical que Dios ha puesto en el mundo? Con todo, tu conducta hasta aquí, con ser tan contraria á todas las leyes

divinas y humanas, no había llegado á la impudencia. Si eras criminal, no habías descendido á ese último escalon de la perversidad en que el hombre se confunde con el demonio.

— Muéstrame ese escalon bajo en que me confundó con tus amigos, — dijo Leon dando otra vez á su furor el tono de humorismo, de ese humorismo que amarga y embriaga y al mismo tiempo hace reir, como el ajeno.

— ¿Por qué quieres que te diga lo que sabes? Pero hay malvados que gustan de que se les ponga un espejo delante de su conciencia para recrearse en la fealdad de ella, como los sapos que se miran en los charcos.

— Basta ya de viles rodeos y figuras hipócritas. Habla claro, refiere, explica, di las cosas con sus nombres, abogado, orador de Parlamento, ergotista sin fin, enredador de leyes divinas con miserias humanas.

— Pues bien: oye lo que has hecho. Después de traer á mi pobre hermana al deplorable estado en que se halla, cualquier hombre, por malo que se le suponga, respetaria, si no la inocencia, al ménos la enfermedad. En todo moribundo hay algo de ángel. Tú ni esto has respetado, y mientras la santa víctima reposa en su lecho, tranquilizada quizas por tus mentiras y creyéndote ménos ma-

lo de lo que eres, tú recibes en la sala *Increible* á tu querida. A la una engañas, á la otra enamoras, á la una matas lentamente, á la otra das las caricias robadas al matrimonio. Comprendo estos dos crímenes, Leon, comprendo el uno, comprendo el otro; lo que no comprendo, porque excede á la ruindad humana, es que los dos se cometan bajo el mismo techo. Son demasiadas infamias para una sola ocasion y un solo sitio.

Leon, antes de que su fiscal concluyera, prorumpió en una risa franca, despreciativa, con la cual parecia que su enojo se disipaba.

— Sí, rie, rie; no me causa sorpresa tu risa. Ya he comprendido el descarnado cinismo que se esconde bajo ese forra artificial de virtud filosófica. Tu sér moral se me ha revelado como un árbol seco, al cual se quitan de pronto las flores y las hojas de trapo que lo hacian pasar por árbol vivo. Hé aquí lo que son tus teorías morales: flores de trapo, las naturales, las que dan fragancia y colores hermosos, no nacen en el vaso hueco, donde sólo hay fórmulas matemáticas y una ciencia estéril. ¡Y yo que te he defendido contra las acusaciones de la familia! ¡Yo que te he creído honrado! ¡En qué error tan grande estaba!

— ¿Y es cierto eso de que mientras mi mujer duerme recibo á mi querida en la sala *In-*

creible?—dijo Leon entrando decididamente en la ironía, que en aquella ocasión era la forma más adecuada del desprecio.—¿Lo has visto tú? Hay ojos calumniadores.

—Lo he visto. Anoche quise acompañar á mamá, que, si tiene defectos como mujer, es cariñosa madre y no puede apartarse de estos sitios donde gime su hija idolatrada. No pudiendo verla, por tu prohibición cruel é interesada, se contenta con llorar donde ella llora, con ver de lejos la puerta por donde se entra á su alcoba. ¡Pobre madre! Yo compartía anoche su pena, mientras papá, que en las situaciones más críticas tiene debilidades indisculpables, visitaba á solas, sin más compañía que una luz y su concupiscencia, el sótano en que está lo reservado de la colección pompeyana, ese museo de arte libidinoso donde no entran más que los hombres con un permiso especial del marqués de Fúcar. Polito había bebido demasiado en compañía de Perico Nules, y estaba bastante inquieto. Anduvo á primera hora por los pasillos en persecución de las criadas de Suertebella, hasta que, perseguido á su vez por mí, logré encerrarle. A media noche dormía como un ángel borracho. Mamá y yo hacíamos números en la sala japonesa, arreglando nuestra desquiciada hacienda; más tarde ella rezaba, y yo,

después de buscar inútilmente un libro por todo el palacio, me puse á rezar también. En esta suntuosa morada, donde se reúnen tantas maravillas de la industria, y donde las malas imitaciones de lo antiguo alternan con los mamarrachos de invención flamante, simbolizando el arte contemporáneo, hay todo lo que la boca puede pedir, menos una biblioteca. Parece que al entrar aquí se han de traer muy vivos los sentidos todos para que sea más fácil dejar la inteligencia á la puerta... Mamá se cansó de rezar, pero no tenía sueño; pensaba en nuestra María y en el modo de burlarte y de verla. No quería acostarse, y andando de puntillas discurrió por estas salas. Llegando cerca de la *Increible*, creyó sentir voces... Me llamó, fui, acechamos los dos, oímos. Los que primero nos parecían gemidos, pronto conocimos que eran besos amorosos. Eras tú; era ella. Ocultos tras el grupo de Mealegro y Atalanta, que está en el corredor, la sentimos abriendo con llave la puercecilla del museo pompeyano. Después te sentimos á tí pasar por esta sala para volver á apoyar tu infame frente, coronada de los laureles de la ignominia, en el lecho de la mártir. La que estaba contigo en la *Increible* era Pepa, y para quitar toda duda, pudo confirmarlo mi padre, que abajo la encontró cuan-

do volvía solo; con su luz y su concupiscencia, del sótano reservado.

—¿Nada más?— dijo Leon con calma.—
¿Vuestro espionaje no sabe más? Hay seres que ni respirar saben sin que de su aliento nazca la calumnia.

—¡Calumnia! buena salida... Sé que darás al hecho una interpretación favorable á tí. No te faltan argucias para defenderte.

—¡Defenderme yo! ¡Descender yo al mular de tus groseras suposiciones, y argumentar sobre un hecho que tu madre y tú han visto con el prisma manchado de su impura conciencia!... ¡jamás!

—La estratagema es hábil; pero no hace efecto. No me convence.

—Ni quiero convencerte á tí ni á ella...— dijo Leon con ímpetu fiero.—Vuestro juicio es para mí de tan poca valía, que siento no sé qué júbilo en dejaros en vuestro error estúpido. ¡Estais tan bien así con vuestra infernal aureola de malos pensamientos!... ¿Puedo modificar acaso la grosería de vuestras almas? ¿Puedo, por más que discuta, llevar una idea de pureza y honor á vuestra mente, devorada por la lepra de la deshonor crónica?... Sabe que tú y tus juicios, y los juicios todos de tu execrable familia, que paga los beneficios con hablillas, son para mí como la lluvia

que nos moja, pero no nos envilece. No se discute con la rueda del coche que pasa, y arrojando el cieno, nos mancha... Moralista de política religiosa y de sermones de partido, maquinilla de hacer moral de confitería, que amasas las leyes divinas y humanas para dar al mundo esas pastillas anodinas de virtud y sofistería, según el gusto de cada uno; á mí no se me administra moral en caramelos. Desdichado discursista, mis defectos podrían servirte á tí para hacer tus honradeces, y los sentimientos malos que yo desecho y arrojo podrias recogerlos tú del suelo para hacer con ellos la gala de tu conciencia. Antes de predicar, ¿por qué no vuelves los ojos á tí mismo? Si te miraras bien comprenderias que tu existencia, y tu fama, y tu prestigio desaparecerian como el humo si el marqués de San Salomó fuera un hombre, en vez de ser un muñeco.

Con los labios blancos, las manos inquietas, el cuerpo nervioso, los ojos chispeantes, Gustavo oyó aquello, y tartamudeando, sin saber qué decir, rompió á hablar de este modo:

—Duelista hábil, has puesto la punta en mi pecho. Pues bien, yo no lo niego; aprende de mí el mérito de la franqueza, el mérito de la confesion, de que es incapaz un ateo. Me de-

claro culpable, muy culpable. El torbellino del mundo, la debilidad de la naturaleza humana, el engreimiento que dan la lisonja y el aplauso, me han pueste á mi mismo en contradicción con las leyes divinas y humanas que adoro y acato. Yo soy el primero que me acuso, como he sido el primero en reprobador los escándalos de mi familia, como he sido el primero en defenderte cuando te creia bueno; bien lo sabes. Pero no hagas paralelo entre tu infamia y la mia, entre tu desorden y mi desorden. Ambos hemos caido en el mal, tú por cinismo y desconocimiento absoluto del bien, yo por flaqueza de espíritu. En tí no hay más que mal, y ninguna puerta para el bien se abrirá en tu alma cerrada; en mí se han corrompido las acciones, pero queda la fé, queda la puerta del bien. Al lado de tu crimen no tienes nada, sino la sombra fea del crimen mismo. Al lado de mi crimen tengo yo un tesoro, el remordimiento. Tú no eres capaz de enmienda; yo sí. Tú no ves nada más allá; yo veo mi salvacion, porque veo mi enmienda. La misma idea del pecado me da la idea del perdón. No sé mi destino individual; pero sé el del género humano, y me basta saber que hay Cielo. Tú lo ignoras todo, y el mal no te espanta, porque crees que no hay Infierno.

—Sofista, barajador de palabras, ¿qué sabes

tú lo que yo pienso, lo que soy? ¿Crees que estamos los hombres y las almas á merced de tu dogmatismo de apóstol intruso y de esa oficiosidad evangélica con que repartes cedulillas de vida ó muerte? Polizonte de la vida inmortal, ¿crees que esto es una aduana donde se registran bolsillos para ver si hay tabaco, es decir, género prohibido en tus menegadas oficinas donde se estanca el pensamiento para venderlo en paquetes á cambio de hipocresía? Hazme el favor y el honor de librarme de tu presencia, porque no respondo del respeto que debo á esta casa y al parentesco que nos une.

—¡Asesino de un ángel!—exclamó Gustavo rugiendo de ira.

—Se me acabará la paciencia para oír tus sandeces,—dijo Leon dando tres pasos hácia él en actitud tan amenazadora, que Gustavo retrocedió en el primer momento, esperándole despues en actitud nada cobarde.—Calla ó sabrás lo que es una paciencia que se agota, un mártir á quien se acaba la entereza.

Señalando la ventana, Leon extendió su brazo que, sin aparato hercúleo, era capaz de desplegar extraordinaria fuerza.

—Y si quieres seguir provocándome,—añadió,—á pesar de no ser partidario del duelo, yo que no sé disparar pistolas, ni es-

grimir sables, ni echar sermones, te proporcionaré un bonito espectáculo. Verás como un apóstol sale volando por una ventana, sin que nada lo pueda evitar.

—Abusa, bárbaro, si te atreves, de tu fuerza corporal,—gritó Gustavo desafiándole con la mirada.—¡Asesino de mi hermana!

—No irritarás mi furia con esa palabra,—dijo Leon en el último grado de la cólera.—Has de saber que tu hermana y tú y tu madre y tu padre y tu abuelo sois para mí como las aves que pasan volando. No existís para mí. Elige entre salir por la puerta ó por la ventana.

La disputa iba á concluir con una brutal refriega y quizás con la concisa violencia de aquella escena que hizo decir á Segismundo “¡vive Dios, que pudo ser!”, cuando entró la marquesa de Tellería dando gritos y detrás D. Agustín Luciano muy alterado y temeroso.

—¡Qué es esto... Leon... Gustavo... hijos míos!—dijo Milagros, extendiendo sus amantes brazos entre los dos.

—Ese... —rugió Gustavo.

—¡Leon!... ¿Hasta dónde vas á llegar?... Después que nos has secuestrado cruelmente nuestra querida hija...

—¡Secuestrarla yo!... ¿Yo?... —replicó el airado yerno con cierto desvarío.—No: ahí

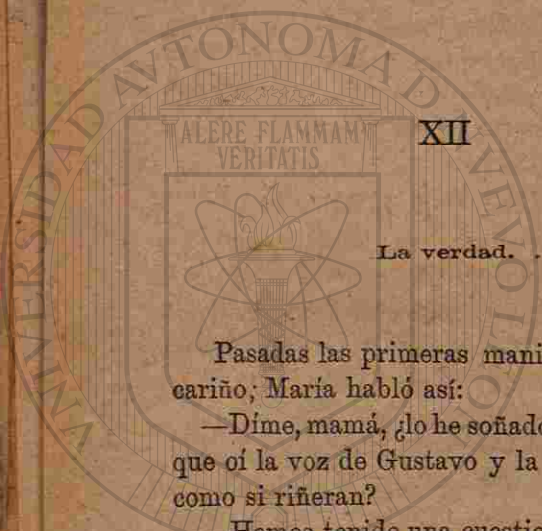
está... tómenla ustedes... La devuelvo... la regalo...

—No nos dejas entrar á verla... Anoche no he podido dormir en toda la noche pensando en esa mártir,—manifestó el marqués.

—Adentro todo el mundo,—dijo Leon señalando la puerta por donde se iba al aposento de María.—¡Adentro!

Sin esperar á más se precipitaron todos por aquella puerta.

Desde la sala inmediata á la alcoba oyóse rumor de amantes besos dados con la precipitación y el calor que eran naturales después de la forzada ausencia.



Pasadas las primeras manifestaciones del cariño, María habló así:

—Díme, mamá, ¿lo he soñado yo, ó es cierto que oí la voz de Gustavo y la de mi marido, como si riñeran?

—Hemos tenido una cuestion,—dijo el insigne jóven, que aún no habia perdido su palidez, ni su nerviosidad, ni el ceño de su frente, tabla del Sinaí donde se creería estaban escritos el Decálogo y la Novísima Recopilacion.

—No, no, palabras, tonterías,—indicó precipitadamente Milagros, que pensaba siempre en la reconciliacion, siendo aquel pensamiento en ella una singular variante del deseo.

—Convertido en un salvaje al oír mis acusaciones,—afirmó Gustavo,—tu señor marido

amenaza á sus semejantes con tirarles por los balcones, como si fueran puntas de cigarro.

Despues de esto trató de reír, creyendo que con un poco de risa volveria su sistema nervioso al estado normal.

¿Dónde disputábais?

—Ahí en la sala del Himeneo.

—¿Qué sala es esa?

—No hagas caso, hija de mi corazón.

—Querida de mi alma,—dijo el marqués acariciándola,—es preciso que te vayas acostumbrando á presenciar con calma las acciones de tu marido, y á que no se te importe nada que él haga ó deje de hacer esto ó lo otro. *Es de lamentar* que no puedas sobreponerte á ciertos sentimientos arraigados en tí, y que te empeñes en ser mártir, siempre mártir, contra viento y marea.

—¿Qué dices, papá?—preguntó María con aturdimiento.

—Que yo,—prosiguió D. Agustin poniéndose la honrada mano sobre el pecho nobilísimo,—estoy decidido á desplegar toda la energía de mi carácter para evitar un escándalo que nos deshonra á todos y á tí te pone en la situacion más ridícula que puede imaginarse.

—Agustin,—dijo la marquesa sin poder disimular su ira,—harás bien en irte á dar una

vuelta por el museo reservado. No haces falta aquí.

Al decir esto completaba su pensamiento tocando á su marido con el codo para advertirle que no era llegada la ocasion de desplegar energías ni de evitar escándalos. Como mujer y madre, habíase penetrado mejor que los demás de la situacion ilusoria en que Leon tenia á su mujer, y aplaudiéndola en el fondo de su alma, daba pruebas de recto sentir.

—¿Qué museo reservado es ese?—dijo María cada vez más confundida y apoderándose con presteza de toda idea que pudiera servir de leña á la naciente hoguera de su sospecha.

—Ahí cerca, hija mia,—balbució el marqués comprendiendo la idea de su esposa y admitiéndola tácitamente, porque tambien él, si pecaba por débil, torpe y corrompido, quería bien á su hija.—Es que hace poco estuve en Suertebella...

María les miró á todos detenida y asombradamente. Interrogaba con la morbosa estupefaccion de sus ojos, mientras las palabras rebeldes se negaban á acudir á sus labios.

—Suertebella... ¿ahí cerca?...—murmuró.—Explicadme una cosa...

—¿Qué?

—¿Qué dices, hija mia?

—Explicadme por qué siento yo los cimien-

tos de ese palacio aquí... dentro de mis entrañas; por qué siento sus muros...

—¿Qué dices, paloma?

—Sus muros pesando sobre mí...

—Por Dios, no delires.

—¡Qué fantasmagorías tan tontas!... *Es de lamentar* que tu buen juicio...

—Esta casa...

—Es esta casa... ya sabes... un edificio...

A escape y con los brazos abiertos entró de repente Pelito y abrazó y besó á su hermana, diciéndole:

—Mariquilla, al fin tu dichoso marido nos deja verte... ¡Secuestrador, bandido, *lazzarone!*... Yo estaba en la cuadra divirtiéndome con una lucha entre dos perros y catorce ratas feroces, cuando me dijeron que se te podia ver. Subí corriendo... Ahí fuera está tu marido que parece una estatua, una figura más del grupo del Himeneo... Hermanita, ya estás bien, ¿no es verdad? te levantarás pronto y saldrás de aquí.

Milagros se rompió el codo contra el cuerpo de su hijo sin conseguir poner dique á aquel torrente de indiscrecion.

—No sé qué horrible miedo leo en vuestras caras, dijo la enferma mirando uno por uno á todos los individuos de su familia.—Parece que al mismo tiempo se me quiere de-

oir y se me quiere ocultar algo muy malo.

—Hija de mi alma, estás aún bastante delicada, —dijo el marqués pasándole la mano por la frente. —Cuando te restablezcas, cuando podamos llevarte con nosotros...

—La pobre se figura lo que no es, —dijo Milagros con emoción. —Mejor es que se salgan todos y nos dejen solitas á las dos.

—Me engañais, me engañais todos, —exclamó María con arrebató.

Y tomando el crucifijo que bajo la almohada tenia, lo presentó á su familia diciendo:

—Atrevedos á engañarme delante de éste.

Todos callaron. Sólo Gustavo extendió su mano forense y deuteronómica hacia la sagrada imágen, y dijo con voz oratoria:

—Aborrezco la mentira y creo que en ningún caso puede ser inconveniente ni peligrosa la verdad.

Milagros le empujó como para echarle fuera. Pero él se acercó más á su hermana, le pasó la mano por las mejillas y mirándola muy de cerca le dijo:

—Veo que te afanas demasiado por lo que poco vale. Tu santidad y tu virtud te ponen en una situación eminente, altísima, desde la cual podrás abrumar con tu desprecio á quien no merece de tí otra cosa. Estás mejor y pronto te llevaremos á casa, á nuestra casa, donde

te cuidaremos mejor que nadie y te apreciaremos en lo mucho que vales y te adoraremos como mereces tú que te adoren... Lejos de afligirte, alégrate y bendice tu libertad... ¡Pobre mártir!

Tampoco Gustavo era perverso, pero tenia el fanatismo de lo que llamaremos *virtud pública*.

—¡Pobre mártir! —repitió lúgubrementé María, clavando sus ojos en un lugar vacío de la atmósfera, en un punto donde no habia objeto ni forma alguna, sino la vaga indeterminable proyección de un pensamiento.

Después de un momento de silencio, su voz débil, más débil á cada sílaba, murmuró éstas:

—Yo lo soñaba. Soñaba la verdad, y el error me engañaba despierta...

—Saltando bruscamente de su lecho gritó: —¿En dónde está mi marido?

—Ahora vendrá, paloma, —repuso la madre besándola cariñosamente. —Sosiégate, mira que puedes recaer.

—¿No fuiste tú quien me llenó el corazón de celos? —exclamó la mártir dirigiendo á su madre una mirada de ira. —¿Pues por qué quieres calmarme ahora?... Que venga mi marido, que venga el Padre Paoletti... Que se vayan los demás. Quiero estar sola con los dos.

Lanzó un grito agudo, llevándose la mano á la frente.

—¿Qué tienes, cielo?

—Me duele la cabeza... —murmuró cerrando los ojos.— Es un dolor que punza, quema y entra hasta el pensamiento... Esa mujer, no la ves, mamá? esa mujer me ha agujereado la cabeza con un clavo ardiendo.

Todos se quedaron mudos y espantados.

—¡Socorro!—gritó la Egipciaca ya en completo estado de delirio.—¿No la veis que vuelve hacia mí? ¿No habrá una mano caritativa que la aparte, que la ahogue? ¡Jesús mío, Redentor de mi alma, defiéndeme!

A estas palabras siguió un silencio de miedo y pesadumbre. Sólo el marqués, imposibilitado de mandar en su garganta, lo turbó con ahogadas toses. Milagros lloraba. Besando á su hija, la llamó con tiernas palabras. Pero su hija no respondía. Con los ojos fuertemente cerrados, su torvo silencio parecía el grave callar de la muerte.

Ya iban á llamar al médico cuando éste vino. Al punto declaró muy crítico el estado de la enferma, se puso furioso, dijo que declinaba toda responsabilidad porque no se habían cumplido sus prescripciones, y amostazado y lleno de aspereza mandó despejar la alcoba. El momento de los remedios heroicos

había llegado. La batalla que poco antes parecía ganada, se perdía ya si Dios no lo remediaba. Era preciso desplegar toda la fuerza contra aquella traicion súbita de la naturaleza, la cual pasándose al campo de la enfermedad, dejaba á la ciencia inerme, desesperada y sola.

Después de la disputa con Gustavo, Leon estuvo solo un mediano rato. Entonces sintió la necesidad de andar mucho, porque hay situaciones de espíritu que piden marcha rápida como si un hilo de dolor estuviera devanado en nosotros y necesitáramos irlo soltando en un largo camino. Paseó por el parque durante una hora. Al volver y cuando entraba en la sala del Himeneo, vió sobre una silla un sombrero negro de teja. Sentadita en el divan que rodeaba el grupo marmóreo y empequeñecida por su postura de ovillo, estaba la persona minúscula del Padre Paoletti. De aquel montoncillo negro vió Leon salir la cara agraciada y los dos ojos que parecían doscientos, como sale el caracol de su concha estirando las antenas. ¡Cosa extraña! En el estado de ánimo de Leon la presencia del buen clérigo le parecía consoladora.

—Me han dicho al entrar,—manifestó Paoletti muy afligido,—que la señora doña María

se ha agravado repentinamente.—Vea usted la inutilidad de nuestras piadosas mentiras. ¿Habrá llegado la hora de la verdad?

—Es posible,—dijo Leon, indicando al Padre la puerta para que entrara primero.

Ambos llegaron cuando Moreno empezaba á aplicar los remedios heróicos. Paoletti se retiró despues á rezar en la capilla, cuyos altares se llenaron de lucas. En la alcoba, el médico y el marido asistieron solos, llenos de zozobra y compasion, á aquel drama, cuyos elementos, idea ó flúido, vida orgánica ó esencia misteriosa, se arremolinaban en el cerebro y en los centros nerviosos, precipitando con su tenebroso combate el divorcio que se llama muerte. Se hizo cuanto en lo humano cabia para conjurar el peligro inminente, solicitando el mal desde las extremidades para apartarle de los centros. Pero ningun agente terapéutico lograba despertar esas energías orgánicas que expulsan el mal. Este seguía su marcha invasora, como el atrevido conquistador que ha quemado sus naves. Se apeló á todos los medios, y todos los medios aumentaban la desesperacion.

La paciente estuvo todo el dia fluctuando entre el delirio y la postracion. Los entreaectos de sus crisis espasmódicas anunciaban un aplanamiento más peligroso que las crisis

mismas. El médico anunció con sepulcral entereza la próxima conclusion de la lucha.

—Lo que resta,—dijo,—le corresponde al médico del alma.

Por la tarde, María Egipciaca pareció que despertaba, y sus facultades se mostraron claras. Estaba en posesion de sí misma, y en aquel breve período de lucidez que la Naturaleza concede casi siempre á las criaturas, antes de pasar á otro mundo, para que puedan echar la última ojeada sobre el que abandonan.

—Pido...—murmuró María,—que me dejen sola con mi Padre espiritual.

El marido y el médico salieron. Ni ciencia ni afectos de la tierra hacian falta ya.

XIII

La batalla.

María fijó los ojos en Paoletti con expresión dulce. La ocasión era tan solemne, que el bendito clérigo enano, á pesar de estar muy hecho á emociones y á espectáculos tristes, se enterneció. Dominándose, se acercó al lecho, tomó la mano ardiente y blanca que se le extendía, y dijo así con entusiasmo místico:

—Ya estamos solos, mi querida hija, hermana y amiga á quien profeso dulcísimo afecto; ya estamos solos con nuestras ideas espirituales y nuestro fervor. No reine aquí el miedo, reine la alegría. ¡Conciencia purísima, levántate, no temas, muestra tu esplendor, recreáte en tí misma, y así, en vez de temer la hora de tu libertad, la desearás con ansia! ¡Oh triunfo, no te disimules vistiéndote de vencimiento!

Ménos ganosa que otras veces de saborear la miel regalada de aquel panal de misticismo, María Egipciaca pensaba en otra cosa. Con amarga melancolía dijo:

—He sido engañada.

—Engañada con piedad,—replicó al punto el clérigo.—El estado penosísimo de su organismo exigía que se le encubriera la verdad fea. Perdóneme usted si también yo me presté á esa farsa, que, lo repito, era una farsa caritativa. Yo comprendí la necesidad de ayudar los planes benéficos de su esposo de usted...

—Que me ha tenido y me tiene en la casa de esa mujer...—exclamó la enferma ahogándose.

—Esto no ha sido culpa suya. No había lugar más á propósito para prestar á usted los auxilios de la ciencia y ponerla en buenas condiciones de higiene. En esto apruebo plenamente su traslación aquí. Una vida en inmediato peligro no podía ser tratada como un saco que se lleva y se trae. Lo de ménos para usted es estar aquí.

—Yo lo soñaba, y despierta lo desmentía. La laringe de María no pudo seguir sin tomar descanso. No es fácil dar idea de la intensa tristeza de su acento débil, apagado, quejumbroso. Más que acento de mujer aman-

te parecía el llanto de un niño abandonado, cuando ya se cansa de llamar y pedir.

—Y mi marido y esa mujer,—añadió,—se verán á todas horas en cualquier sala de este palacio, para contar entre abrazos y besos...

La laringe se resistió otra vez. También Paoletti sentía un nudo en su garganta.

—...entre abrazos y besos los instantes que me quedan de vida... como yo cuento los Padre-nuestros con mi rosario.

Hubo una pausa, durante la cual el confesor se esforzaba en desatar su nudo.

—Mi buena amiga en el Señor, esa última idea es una cavilación absurda. Oiga usted de mi boca la verdad pura, la verdad que proclamo como sacerdote de Dios. Al grande espíritu de usted no puede ser nociva la verdad. Esa conciencia fuerte y pura no se turbará por la revelación de las miserias humanas, que en nada la afectan, como no afecta el polvo de la tierra á la blancura y limpieza esplendorosísima de las nubes del cielo. Sépalo usted todo, sin quitar nada á la verdad, pero también sin añadirle nada. El señor don Leon ama, en efecto, á esa señora; él mismo me lo ha dicho, y como no me lo ha dicho en confesión, puedo y debo declararlo á usted. Pero al mismo tiempo debo afirmar que esa señora no vive ahora en Suertebella, porque

su mismo esposo de usted le mandó salir de aquí. Así lo exigía el decoro, que es en el mundo la fórmula ceremoniosa del pudor. Su desventurado marido de usted es incapaz de toda idea moral; pero tiene, gracias á su cultura, la religión de las apariencias, y sabe ponerse á tiempo esa ropa pintada de virtud á quien el mundo llama caballerosidad.

María no contestó nada. Su blanca mano, que no había tenido tiempo de adelgazarse con el mal y conservaba su finura pastosa, jugaba con el fleco de la colcha, entretejiéndolo con sus dedos gordezuelos. No lejos de aquella mano estaba la cabeza minúscula y redonda del italiano, el cual, si abatía los ojos, dejaba en lóbrega oscuridad su cara, pero si los volvía hácia arriba, llenábala de luces como un torreón de fuegos artificiales.

—No puedo creer,—dijo el Padre alzando la vista y envolviendo á María en la fascinadora proyección de ella,—que un espíritu fortalecido por el amor divino, como el de usted, se turbe por la verdad que acaba de oír. Yo la conozco bien á usted, y no puedo imaginarme ahora á mi espiritual amiga empeñada en inquietudes menudas como una mujer cualquiera, ó apartando el pensamiento de las grandes esferas ideales para pasearlo, como holgazan que mata el tiempo, por las ca-

llejuelas de la cavilacion mundana. ¿Acierto, mi querida hija? ¿Me equivoco al pensar que esos ojos, hechos á la suavísima luz de arriba, no se dignarán mirar á los faroles de abajo?

—Tengo celos,—dijo María con el mismo tono sin duda con que Cristo dijo en la Cruz: “Tengo sed.”

El enano hizo lo mismo que el sayon del Calvario. Cogió una esponja mojada en hiel y vinagre, la puso en una caña y la aplicó á los secos labios, diciendo:

—¡Celos!... ¡Celos quien ha sabido encender su alma en el amor que jamás es mal pagado! O yo no penetré bien el espíritu de mi ilustre penitente, ó el espíritu de mi ilustre penitente tenia toda la fortaleza, toda la gracia, toda la influencia de amor divino para no incurrir en tales flaquezas. ¿Celos de qué? ¡De otra mujer y por un hombre; celos de quien nada es, y por quien nada es, ni nada vale tampoco!... Por fuerza ha habido una turbacion radicalísima en el espíritu de mi amada hija y penitente. ¿Quién ha traído esa turbacion?

—Los celos,—murmuró María desde la hondura de su angustia.

Lentamente, descansando á cada instante, María pudo referir todo lo que le habia pasado desde que la de San Salomé le reveló

la infidelidad de Leon, hasta que perdió el conocimiento. En lenguaje conciso lo dijo todo, sin omitir nada sustancioso, ni perder detalle de importancia.

—Fuera de los arrebatos de ira, del engalanamiento mundano y de la precipitacion, no hallo nada reprehensible en el acto,—dijo Paoletti despues que con la cabeza apoyada en la mano y los ojos echados al suelo, como un arma que por el momento no se necesita, recogió en su mente la confesion toda, sílaba á sílaba, gota á gota, cual licor destilado en el alambique.

María Egipcíaca dió un gran suspiro, diciendo:

—Yo me creia llena de pecado.

—Pecado ha habido, por lo que he dicho, pero no es grave. En la visita veo el movimiento natural de la esposa para impedir la ruptura del lazo sagrado. Ya he dicho á usted, no una, sino mil veces, que el acendrado prurito en usted de cultivar la vida espiritual y en él el desprecio de la fé, no eximen al uno ni al otro del cumplimiento de sus deberes matrimoniales. Mientras ambos vivan, atados se hallan por el Sacramento, y cuando uno de los dos forcejea por romper el lazo, es natural y meritorio que el otro corra á evitarlo, apretando más el lazo si puede ser.

¡Oh, mi nobilísima hija! ¡Cuánto hemos hablado de esto!

María decía que sí con su cabeza, y alzaba los ojos al techo.

—Cuanto era necesario para metodizar la vida preciosísima de usted, lo dije en sazón oportuna.—añadió Paoletti, sin recoger del suelo la mirada, antes bien, paseándola por la alfombra como no sabiendo qué hacer de ella.—Bastantes veces la tranquilicé á usted sobre este punto, cuando me manifestaba escrúpulos. “No, no, decía yo, Dios no puede exigir á la mujer casada que haga una exclusión total de las consideraciones, digámoslo así, que debe á su esposo.” Este, por extraviado que sea en lo espiritual, adquirió un derecho que no prescribe, ni aun por apartarse él radicalmente en ideas y principios de los principios y las ideas de la esposa. Bueno que le niegue usted su dulcísimo espíritu; que viendo la contumaz incredulidad de él, no le confie ni un átomo (y digo átomo porque necesito valerme de una idea material), ni un átomo de ese mismo espíritu, de esas galas divinas reclamadas por quien las creó; bueno que no tenga usted con él comercio alguno de ideas, ni una confianza que le envanece-ria, ni que le permita jamás la esperanza de que sus halagos puedan desviar á la esposa

de la senda de perfección por donde camina; pero entiéndase que le pertenece todo lo que no es del espíritu, lo que es propio y peculiar manjar del mundo. Usted me refería sus más íntimos y escondidos secretos, misterios delicadísimos de su alma; referíame también hechos y palabras reservadas de su esposo, las cuales apreciaba yo en su justo valor, y fundado en palabras y en hechos, yo trazaba á usted ese régimen de vida, al cual se ha ajustado perfectamente hasta ahora en que la veo aturdida y un tanto descarriada. Recuerde usted lo que hemos hablado sobre esto, la sutil lógica mía para poner todas las cosas en su lugar, y no confundir nunca lo espiritual con lo humano, lo que es de Dios con lo que es de la carne.

María empezó á decir algo y se detuvo asustada.

—Hable usted, mi tiernísima y querida oveja...

—Mi marido me decía muchas cosas...—murmuró la dama.

—Sí, y bien sabe usted que en nuestros gratisimos coloquios yo rebatía con dialéctica contundente todos los argumentos de ese sofista... y usted me daba la razón; usted quedaba convencida.

—Porque no tenía celos, que son en mí...

ahora lo veo claro como la idea de Dios... que son en mí la manera de amar.

—Sí, usted amaba,—dijo el Padre lleno de confusiones recogiendo su mirada y volviendo á dejarla caer,—porque usted se interesaba por él y no quería que le pasase ninguna desgracia, en cuyas ideas la sostenía yo, sí, la sostenía...

—Pero él me decía muchas cosas,—repitió María con el mismo lastimoso tono de niño que llora.—Me decía que usted...

—Que yo...

—Que usted, cercenando poco á poco los afectos para devolvérselos á Dios, cercenando las ideas para que no las manchara el ateísmo, quitándome todo lo del corazón y no dejándome más que un deber, había hecho de mí la concubina de mi marido.

—¡Oh! mujer, mujer,—exclamó Paoletti con viveza y cierta energía de tono,—¿cuántas veces no rebatí ese argumento de apariencia terrible, dejándola á usted tranquila?

—Pues rebata usted este otro...

—¿Cuál?

—Que estoy celosa, envidiosa, y ahora quisiera para mí lo que ya no es mío.

El buen Paoletti alzando del suelo su mirada, irguió la cabeza. No satisfecho con esto y deseando poner sus ojos lo más alto posi-

ble, como se pone la luz en un faro para alumbrar á los navegantes extraviados, se levantó. Quería mirar á su amiga de arriba abajo. Indudablemente el ilustre enano estaba inquieto, desasosegado y, dígame la verdad, poco satisfecho de sí.

—Mi querida amiga,—añadió el hombre chico esgrimando su mirada como un ángel celeste esgrimiera su espada,—veréme obligado á hablar á usted con una energía que no cuadra bien con la amistad suavísima, ¿qué digo amistad? con el respeto, con la veneración que ha sabido inspirarme, pues últimamente, la grandeza de sus perfecciones me ha cautivado de tal modo, que no he podido mirar á usted como penitente, ni aún como amiga espiritual, si no como una santa, como criatura purísima y gloriosísima superior á mí por todos conceptos. ¡Y ahora!...

Nueva pausa. María Egipcíaca, afectada por aquellas palabras, cruzó las blancas manos, y con acento fervoroso exclamó:

—¡Señor, hermano mío, venid ambos en mi ayuda!

—Llámeles usted con el corazón limpio de afectos menudos, que son, permítasenos decirlo, como el moho del sentimiento,—dijo Paoletti sintiendo que la elocuencia venía en torrentes á su boca,—llámeles usted así, y

vendrán. Un movimiento espiritual, íntimo, mi dulcísima amiga, —añadió llevándose la mano al corazón y apretándola sobre él como una garra,— un impulso hondo. de aquí, un impulso que en una sola energía comprenda dos deseos, el deseo de expulsar esa lepra y el de volver arriba, á esas regiones serenas, iluminadas, radiantes, de donde jamás debió descender... Animo, alma predilecta, en cuyas alas se ven ya cambiantes y reflejos de la luz inextinguible del paraíso... ánimo, y no abatir las alas... te falta muy poco, esto, tanto así,—fió á sus dedos la expresión material de la idea;—no mires abajo, que te dará vértigo, mira hácia arriba y verás las bellezas, las magnificencias que te aguardan, hermosura y dicha superiores á cuanto imagine tu fantasía y sueños en los delirios de tus éxtasis más placenteros; oirás regaladas músicas y te sentirás penetrada de ese bien infinito, que te envolverá toda, te suspenderá manteniéndote en un vuelo de arrobamiento infinito, de contemplación angélica. No vuelvas atrás, alma bendita, te lo ruego, te lo pido por tí, por todos nosotros que esperamos tu ejemplo, por el Dios que te creó tan hermosa como obra maestra destinada á su propio recreo y grandeza; te lo pido de rodillas, yo, humildísimo clérigo que nada valgo, que nada soy; pero que he

tenido la dicha de encaminarte á tu celestial destino, ¡oh, alma preclarísima! conquistando así un pequeño mérito que muy poco vale al lado de los tuyos.

Pausa. Paoletti se puso de rodillas cruzando las manos. Era hombre de buena fé y sentía todo lo que decía.

—¡De rodillas... usted!—murmuró María con voz balbuciente,—no, eso no... haré lo que usted me manda... pero ¿qué se hace para dejar de sentir lo que se siente?

—Sentir otra cosa,—dijo el italiano levantándose.—¡Oh! bien lo sabe usted... que ha educado su corazón y su mente con arte maravillosísimo igual al de los santos. ¿Siente usted por ventura enflaquecimiento ó tibiaza en su amor á Dios, en su piedad?

Silencio. María respondió negativamente con un movimiento de su mano. Después, acercando más su cabeza al Padre para que éste la oyera mejor, habló así:

—¿Eso que usted quiere echar de mí, impedirá mi salvación si no lo echo?

—¡Oh! ángel de bondad, ni por un momento he puesto en duda su salvación... Eso no. Pues qué, ¿un alma tan llena de merecimientos podría perderse? No, no necesito que usted me lo declare para conocer que esos afectos que han venido á conturbarla un poco

no van acompañados de rencor ni excluirán el perdón de los que hayan ofendido á usted. ¿Me equivoco?

María Egipciaca volvió á negar con la cabeza.

—Entonces la salvación es segura. Si me empeño en arrancar esa yerbecilla es porque no me contento con que esta alma sea buena, sino que deseo sea perfecta; es porque no me satisface la victoria y deseo un triunfo gloriosísimo, y que además de la corona de la virtud lleve usted la de la santidad. Quiero, —añadió con énfasis,— que usted suba allá bañada en luz esplendentísima, entre las aclamaciones de los ángeles, y que desde el eterno umbral recamado de estrellas de zafiro no vuelva la mirada á la tierra ni áun para obsequiarla con su desprecio. Quiero en usted la pureza absoluta, el amor en su esencia divina.

—Todo eso tendré sin arrancarme el afán de la tierra. Si me puedo salvar con él, que Dios me reciba en su seno tal cual soy.

Paoletti meditaba. De pronto dijo:

—Mi querida amiga, ¿perdona usted de corazón á todos los que la han ofendido?

Pausa.

—Sí,—dijo María cuando ya el Padre había perdido la esperanza de recibir contesta-

cion.—Perdono á mi infiel marido, que me ha matado.

Al decir esto dos lágrimas corrían por sus mejillas.

—Y á ella, á esa mujer que ha robado á usted el amor de su marido, ¿la perdona usted?

Paoletti esperaba con los ojos fijos en la enferma. María bajó los párpados de los suyos y se sumergió en abstracción profunda. El clérigo creyóla presa de un desmayo; alarmado, acercó su rostro, observó, esperó. Al fin pudo oír un sollozo que decía:

—También la perdono.

—Pues si mi nobilísima hija perdona, que es la manera de arrojar fuera esa levadura maléfica, entrará triunfante en la morada celestial,—dijo el Padre dando á su voz un tono patético y solemne.

Indudablemente tenía en su mano la llave de aquella morada.

Súbitamente poseída de entusiasmo místico por efecto del influjo sobrehumano que sobre ella tenía el Padre, María recobró sus fuerzas y singularmente las de la emisión de la voz. Hasta en sus mejillas pálidas viéronse señales de la reacción vital, que principalmente se mostraba en la movilidad, gracia seductora y resplandor de sus ojos.

—Parece que esas palabras me han infundido una vida nueva,—dijo con fácil acento. —No sé qué telas había delante de mis ojos, que ya han desaparecido, y veo claro, tan claro, que me pasmo de los beneficios que el Señor me ha hecho dando esta luz á mi alma, y no sé cómo agradecersele. El me ha enseñado el camino para ir á El; me ha llamado con voces de cariño. No me aparto, voy, voy, Dios, Padre y Redentor mio, voy abrazada á tu cruz.

—Así, así, así quiero á mi amadísima penitente y amiga,—exclamó el poeta de los superlativos dejando correr las lágrimas que venían á sus ojos.—Pronto vivirá usted en espíritu en la region del consuelo eterno. ¡Qué gran privilegio, amiga mia, no asustarse de la muerte, sino por el contrario, ver con gozo ese momento en que la última chispa de la vida asquerosa se confunde con la primer centella del vivir limpio é infinito! ¡Alma hermosísima, purificada por la oracion, por la piedad constante, por el heroico trabajo de la vida interior, por la perenne inmersión del pensamiento en la idea divina, extiende tus alas, más blancas que las nubes; no temas, remóntate, mira tu puesto arriba, oye las deleitosas músicas que te reciben, aspira esa fragancia inconcebible del Paraíso,

atrévete á afrontar la mirada paternal del que hizo el sol y las estrellas y que sonriendo con la sonrisa de que salió la luz, te recibe como á mártir, como á santa!

—Sí,—dijo María cruzando blandamente las manos sobre el seno;—yo me siento subir y no encuentro palabras para expresar mi júbilo. Parece que se me olvida ya el lenguaje de la tierra, que no sé hablar. Mi última palabra sea para repetir que perdono de todo corazón á los que me han ofendido.

Pausa. El italiano murmuraba una oración.

—Padre,—dijo María Egipciaca dando un golpecillo en la cama para despertarle de aquel sopor místico en que parecía haber caído,—me ocurre que debo manifestar de palabra mi perdón á mi marido.

—No es absolutamente necesario, pero puede usted hacerlo.

—Quién sabe si unas cuantas palabras dichas en momentos tan solemnes harán efecto provechoso en su alma perdida.

—¡Oh, sí!... Esa idea es propia de una inteligencia sublime... Se lo *diremos*.

—En este trance,—añadió María agitada otra vez por los afectos que Paoletti llamaba menudos y demostrando una locuacidad nerviosa,—él no me puede contestar. ¡Ay! tiene

tan prontas las respuestas cuando yo le acusó, que á veces me aturde. Una vez...

María reflexionó un instante antes de seguir.

—...Vino á mí lleno de tristeza y desaliento. Era una noche que llovía mucho... el pobrecito, por ceder su coche á un amigo enfermo, se habia mojado hasta los huesos. Además, aquel día se le habia muerto otro amigo que queria mucho, un célebre ateo, ya sabe usted, que era compañero de estudios y de herejías de mi pobre Leon. ¡Oh! ¡qué triste estaba! Le ví entrar y me dió lástima; pero yo estaba rezando y no podia suspender mi rezo. Se mudó de ropa, pero con la ropa seca tiritaba lo mismo que con la húmeda... tenia fiebre. Yo mandé que le hicieran abajo una bebida calmante y seguí rezando, pidiendo á Dios fervorosamente que le convirtiera, ¡y él no me lo agradecía!... De pronto se llegó á mí y sentándose en una banqueta baja, puesto casi á mis piés, me tomó una mano, imprimiendo en ella unos besos que quemaban. Dijome así: "Yo necesito amar y que me amen... esto es vivir como los cardos que crecen solos y tristes en el campo..." Gran esfuerzo tuve que hacer para no hacerle caso. Obligada á dejar el libro de rezo, rezaba mentalmente, apartando de él los ojos, trayendo

á mi mente cosas de piedad, para que otras cosas y pensamientos no pudieran entrar. Aquel día habíamos hablado usted y yo largamente de las estratagemas de que se vale el espíritu ateo para cautivar al espíritu con fé. Yo me fortalecí con el recuerdo de aquellas palabras y dejé pasar, dejé pasar la corriente de cariño que de él venia hacia mí. Yo era una estátua; comprendí que debia enojarme, y me enojé, echándole en cara su ateísmo. El tiritaba de frio y me decia: "Puesto que mi hogar está vacío para mí, me voy á meter en un hospicio..." ¡Qué cosas decia! El "yo quiero amar, yo quiero que me amen," no se apartaba de su boca... Me galanteaba á veces como un estudiante, riendo; á veces me hablaba de nuestra casa, de los hijos que no habíamos tenido... Yo firme, yo revestida de frialdad, porque si le mostrara cariño, ¡cuál no seria su engreimiento y mi humillacion!... Habria yo creído que conmigo se humillaban la fé cristiana y la santa Iglesia. No, no; mi plan de conducta estaba trazado, ¡y qué bien trazado! Yo me levanté, y le dije sin mostrar emocion: "Conviértete y hablaremos," y me retiré, dejándole solo. ¡Cómo recuerdo aquella noche! Me acuerdo de que al entrar en mi alcoba me dió lástima de verle con tanto frio, y tomando una manta se la tiré desde la puer-

ta. Yo me había puesto á rezar de nuevo en mi alcoba, cuando le oí decir: "¡Maldito sea quien te ha hecho así!,"

—¡Oh, mi querida amiga!—dijo Paoletti,—veo que se agita usted demasiado con esos recuerdos.

—Me parece que le estoy viendo...—añadió María con no sé qué expresion de éxtasis en sus ojos. Estaba pálido aquella noche, y tenía en sus hermosos ojos una melancolía, un desconsuelo... Parecía un niño hambriento que extiende los brazos hacia el seno de su madre y se encuentra con que el seno de su madre es de carton. Paréceme que siento el picor de su barba fuerte aquí sobre la piel de mi mano, y me pesa, me pesa aún sobre las rodillas su cabeza fatigada. Yo no la dejaba reposar allí, pero la miraba preguntándome por qué Dios permitió que las ideas materialistas y el no creer estuviesen dentro de una cabeza tan hermosa. Y aquella cosa inexplicable y encantadora que hay en sus ojos negros... y aquella energia de su mano varonil y aquel conjunto de seriedad, de brio, de fuerza, sin perjuicio de la esbeltez...

—Amiga de mi alma,—dijo Paoletti interrumpiéndola,—creo que si se ocupa usted tan prolijamente de perfecciones físicas, es para asombrarse de que el Todopoderoso, en su

alto juicio, las haya unido á un espíritu ciego y muerto.

—Eso es, eso es... pero estos recuerdos vienen á mí y no los sé desechar. Pueden más que yo... Un dia, despues de muchos dias de destemplanza entre los dos, le ví entrar furioso. Era la primera vez que le veía colérico y me dió mucho miedo. Me habló violentamente, y tomándome por la mano, sacudióme como si quisiera arrastrarme. Caí de rodillas delante de él. Me parece que aún siento su mano como una argolla, y si la sintiera de veras ahora, creo que el gusto me haría vivir... Díjome cosas muy duras, pero su misma ira, con ser tan fuerte, no le impedía la delicadeza... Aquel arrebato de cólera me regocijaba en el fondo del alma, porque me demostraba su amor; pero como yo estaba segura de su fidelidad no quise manifestarle nada de afecto. Bien sabia yo que no me había de hacer daño, y por lo mismo le dije: "No me importa que me mates, pero aguarda una hora. Estoy repartiendo mi ropa á los pobres." Así era; más de cien infelices aguardaban á la puerta. Yo estaba tan orgullosa de mi caridad que supe despreciar á mi tirano. Él me dijo: "¡Es horrible que se sienta uno herido en el alma y ni aún pueda devolver golpe por golpe, y no pueda vengarse, ni matar á nadie,

ni áun castigar!...» ¡Oh, qué simpático estaba en su enojo!

—Basta, basta,—dijo prontamente y con desasosiego el Padre.—No permito ni una palabra más de esa revista de memorias nocivas al alma. La que luchó entonces por limpiar su espíritu no puede sucumbir ahora.

—No, no sucumbiré,—dijo María, revelando en su rostro livido el esfuerzo que hacia su alma para romper las misteriosas cadenas que la aprisionaban en la hora tremenda.—Bastante me he mortificado, bastantes batallas he dado en mi mente para despojarle de aquellas perfecciones y dejar desnudo el horrible esqueleto. Este procedimiento de no ver en el sér hermoso más que un esqueleto me fué recomendado por usted... y ha sido mi salvación... Porque indudablemente mi alma se habria perdido, ¿no es verdad, Padre? si hubiera cedido á los halágos suyos, que tenían un fin avieso, ¿no es verdad, Padre?... el fin de conquistarme espiritualmente y hacerme suya, extraviando mi corazón, ¿no es verdad, Padre?

A cada pregunta, señal en ella de dudas ó refriega interior, el Padre contestaba afirmativamente con fuerte cabeceo.

Yo le decia; "Tuya soy en aquello que nada vale; pero mi espíritu no le tendrás ja-

más.» A veces me imponia la obligacion de estar semanas enteras sin hablarle; ¿no es verdad que hacia bien?

—Mi infelicísima amiga,—dijo el italiano dando un suspiro,—está usted refiriéndome lo que mil veces me ha referido. Volvamos esa página sombría, sobre la cual todo lo hemos dicho ya, y hablemos de Dios, del perdón...

—¡Del perdón!...—dijo María alzando su cabeza sin mover el cuerpo.—¿De qué perdón?...

En sus ojos se pintó una especie de mareo como el que precede al delirio. Incorporóse súbitamente en el lecho con dura sacudida, y oprimiéndose las sienas, gritó:

—No les perdono, no les perdono, no les puedo perdonar... ¡Marido, á ti sólo te perdono, si vuelves á mí! A ella...

No pudo acabar la frase. Retorciéndose los brazos, cayó en el lecho como un cuerpo muerto.

Paoletti la miró aterrado. María tenía sus ojos clavados en él con expresion bravia. El clérigo sintió en su frente sudor glacial y el corazón agitado se le salia del pecho. La dama, despues de mirarle así, cerró los ojos. La crisis se resolvía en distinción de músculos y en sollozos y suspiros. Paoletti dijo con voz que se esforzó en hacer cavernosa:

—¡Alma que creí victoriosa y que ahora sucumbes vencida: si no perdonas, Dios no te perdonará!

Después se arrodilló, y tomando el crucifijo, se puso á rezar contemplándolo. Estaba afligido y lloroso, como pastor á quien roban su más querida oveja. Pasó un rato. La pobre dama no se movía ni hablaba. Al fin, tras un doloroso gemido, pronunció estas tristes palabras:

—Soy pecadora y no me salvaré.

Alma infeliz y llena de congoja, luchaba como el náfrago de los aires, alargando una mano al cielo y otra á la tierra.

—Estoy transido de dolor,—dijo Paoletti, mostrando á María su blanco rostro pueril, inundado de lágrimas sinceras,—porque el alma que creí yo haber ganado para un esplendorosísimo puesto del cielo, cae de improviso en los abismos...

—¡En los abismos!...—murmuró la Egipciaca con un sollozo de angustia.

—Sí, y pido á mi Dios que la salve, que salve á esta alma queridísima, que no la condene, que tenga piedad de ella... ¡Oh, Señor misericordiosísimo, haberla visto tuya y verla de Satanás!... ¿No es tu perla escogida? ¿Cómo permites que caiga en el lugar del tormento eterno?... ¿No la perfeccionaste, no la

purificaste como á joya que había de pertenerte eternamente? Alma,—añadió dirigiéndose á María,—oye mi último ruego, si no quieres ver trocada la túnica purísima de la bienaventuranza por vestidura de llamas horribles... Torna en tí, vuelve á tu sér suavísimo y á aquel peregrino estado, donde hallabas deleite superior al que podrían dar á tus sentidos los aromas más delicados y los manjares más exquisitos y las visiones más bellas. Sálvate, no ya del mundo, sino del infierno.

Estas enérgicas palabras hicieron efecto. Siguió hablando el reverendo poeta con aquella oratoria sentida, patética, un poco teatral, que era propia suya, echando mano, como era su gusto, de la retórica descriptiva, y no perdonando *resplandores celestes, ni coros angelicos, ni amor esencial, ni candideces del alma*. Cuando concluyó, María, besando el crucifijo que su amigo espiritual le puso en las manos, derramaba lágrimas, y decía:

—Bien, todo lo cedo ante Tí, Redentor mio; no queda nada en mí de esta levadura de los afectos menudos. Me lo arranco todo con la vida y lo echo al fuego. Aún queda algo; pero usted, Padre, que todo lo puede, me arrancará esta última espina que tengo en el corazón.

—¿Cuál?

—Pruébeme usted que la niña de Pepa no es hija de mi marido.

—¿Cómo he de probar eso, criatura?—replicó asustado el buen Paoletti.—¿Conozco acaso los secretos más íntimos de la naturaleza? Podrá ser, hija, podrá no serlo.

Después aquel hombre de buena fé, pero que sólo conocía la superficie, no las honduras del humano corazón, dijo estas palabras:

—La niña es muy bonita.

Esto era ser Longinos, tomar la lanza y herir el divino costado para abreviar la agonía. La dama parecía saltar en su lecho.

—Alma escogida,—exclamó el valiente Paoletti puesto en pié, fulgurantes los ojos, alzada la mano,—desecha esa última turbación, arroja las últimas heces y ten limpio el vaso en que ha de entrar el agua purísima de la eternidad gloriosa.

—Quiero salvarme,—murmuró María, que más parecía un muerto que habla que un vivo moribundo.

—Pues desecha, límpiate por completo, perdona, ¡oh, alma preciosa!

—Desecho, me limpio, perdono,—se oyó en la estancia, como el silabear misterioso de una vida que se escapa por los labios y fenecce en ellos.

—Perdona, y tu salvación es segura.

Solemne y grandioso, el enano se agigantaba con la expansión de su entusiasmo místico. En María habíase mezclado con el entusiasmo un pavor supersticioso que erizaba sus cabellos sobre la sudorosa piel de su frente. Caía desmelenada su cabeza como la hierbecilla inclinada y rota ante la voladora pesadez del tren que pasa.

—Abrazada á esta imagen bendita,—dijo el clérigo,—olvide usted todo lo del mundo, todo, absolutamente todo.

—Olvido,—murmuró María en el fondo de aquella sima oscura de abnegación en que había caído.

—Todo, todo... Olvide usted que existe un hombre, que existe una mujer.

—Olvido,—dijo la voz más quedamente, como si siguiera descendiendo.

—Hágase usted cargo de que es igual que su cuerpo esté en Suertebella ó en su propia casa. Humille usted su amor propio hasta llegar á que no le importe nada la victoria terrestre de los malvados. No tenga usted horror al palacio en que está y en el cual hay una capilla consagrada á San Luis Gonzaga, cuya imagen parece el retrato de nuestro amadísimo Luis.

A este recuerdo María pareció subir.

—Me reconcilio con el palacio. Tu nom-

bre, hermano querido, me causa alegría. Que tu alma triunfante venga en auxilio de la mía.

—Así, así.

María besó el crucifijo.

—Cuanto tengo, si es que tengo algo,—dijo con voz clara,—deseo que se reparta á los pobres. Mi marido y usted se pondrán de acuerdo. Deseo ser enterrada junto á mi hermano y que se me digan misas de cuerpo presente en el altar donde esté la imágen del santo que más quiero y admiro, San Luis Gonzaga.

—Si, mi dulcísima amiga, y no se le importe nada á esta alma nobilísima que el altar esté en Suertebella.

—Nada me importa. Perdono de todo co-razon, me reconcilio con mi Dios Salvador, y espero.

Con las manos extendidas, los ojos medio cerrados, Paoletti pronunció grave, despacio-
sa, solemnemente la absolucion cristiana.

—Reconciliada con Dios,—dijo luego con voz conmovida,—va usted á recibir la santa comunión.

XIV

Vulnerant omnes, ultima necat.

La ceremonia anunciada se verifica des-
pues de anochecer con pompa y fervor. El
palacio de Suertebella préstase maravillosa-
mente á la ostentacion de mil y mil hermo-
suras, homenaje tributado por las gracias ma-
teriales á un rito augusto. Flores preciosísi-
mas, luces sin cuento son la ofrenda más pro-
pia para festejar al Señor de los Señores.
Entre tanto brillo parece que las mismas
obras del arte humano se hacen más bellas y
se perfeccionan, como si tambien les tocara
á ellas algo del bien que la divina visita trae
á la casa. El rumor de llanto que por doquie-
ra se siente, ya en un ángulo de la sala japo-
nesa, ya tras de la estatua griega cuyo perfil

bre, hermano querido, me causa alegría. Que tu alma triunfante venga en auxilio de la mía.

—Así, así.

María besó el crucifijo.

—Cuanto tengo, si es que tengo algo,—dijo con voz clara,—deseo que se reparta á los pobres. Mi marido y usted se pondrán de acuerdo. Deseo ser enterrada junto á mi hermano y que se me digan misas de cuerpo presente en el altar donde esté la imágen del santo que más quiero y admiro, San Luis Gonzaga.

—Si, mi dulcísima amiga, y no se le importe nada á esta alma nobilísima que el altar esté en Suertebella.

—Nada me importa. Perdono de todo corazón, me reconcilio con mi Dios Salvador, y espero.

Con las manos extendidas, los ojos medio cerrados, Paoletti pronunció grave, despaciosamente, solemnemente la absolución cristiana.

—Reconciliada con Dios,—dijo luego con voz conmovida,—va usted á recibir la santa comunión.

XIV

Vulnerant omnes, ultima necat.

La ceremonia anunciada se verifica des pues de anochecer con pompa y fervor. El palacio de Suertebella préstase maravillosamente á la ostentacion de mil y mil hermosuras, homenaje tributado por las gracias materiales á un rito augusto. Flores preciosísimas, luces sin cuento son la ofrenda más propia para festejar al Señor de los Señores. Entre tanto brillo parece que las mismas obras del arte humano se hacen más bellas y se perfeccionan, como si también les tocara á ellas algo del bien que la divina visita trae á la casa. El rumor de llanto que por doquiera se siente, ya en un ángulo de la sala japonesa, ya tras de la estatua griega cuyo perfil

majestuoso parece simbolizar el equilibrio perfecto del espíritu con la materia, completa la profunda gravedad triste del espectáculo. El fervor y el miedo, originados aquél de la idea del más allá y éste de la proximidad de una muerte, se juntan en un solo sentimiento.

El cura de Polvoranca trae la Sagrada Forma de la parroquia cercana, en lujoso coche al que otros muchos siguen con alineación melancólica. Parece que los mismos caballos comprenden que no debe hacerse ruido, y pisan quedo. El hermoso pórtico se llena de personas, cuyas caras se enrojecen con el fulgor del hacha que tienen en la mano, y confundidas libreas con gabanes, señores y criados están de rodillas. La campana, en cuyo son se mezclan por misterioso modo el pavor y el consuelo, va clamando por las anchas galerías, despertando de su sueño ideal á las figuras de mármol. El arte serio y el cómico se transforman, tomando no sé qué expresión de temor cristiano. El charolado suelo refleja las luces. Por el techo y las altas paredes corren reflejos rojos y sombras de cabezas. Flores y tapices se inclinan con silencioso acatamiento. Los pasos resuenan con bullicio sobre la madera. Se creería oír redoble lejano de fúnebres tambores. Después se apagan sobre las alfombras, produciendo efec-

tos acústicos semejantes á los de una trepidación subterránea. Al fin pára el ruido y se detienen los pasos. El silencio es sepulcral. La procesion ha llegado á su término. Durante aquel rato solemne todo el palacio está desierto, porque cuantos en él respiran están en las inmediaciones de la escena. Los que no pueden presenciar el acto, entran con la imaginación en la alcoba, llena de luces y suspiros, y gozan ó gimen imaginándose lo que no pueden ver. Desde fuera se adivina la escena, y el corazón tiembla. En el pórtico y en las grandes galerías solitarias é iluminadas, la atmósfera muda parece un inmenso aliento suspendido por la expectación del respeto. Todo calla, sólo puede oírse quizás en el rincón más oscuro el roce de un vestido que pasa, se desliza, corre y desaparece.

Pasa un rato. Siéntese primero un murmullo, después los pasos nuevamente, reaparece la fila de lacayos con hachas, crece el rumor, se aumenta la claridad, sombras de vivos corren por sobre las figuras pintadas, vuelven á crugir las charoladas tablas; sigue mucha librea, mucho color, mucho traje, hombres y mujeres de todas clases, rostros indiferentes, otros que revelan pena ó lástima; oyéanse las sílabas quejumbrosas del rezo del cura y sus acólitos. La procesion que unos

ven con inefable sentimiento y otros con frío pavor, avanza al son de la esquila que agita un niño, el mismo á quien Monina llamaba Guru, y sale por el pórtico, donde unos la despiden de rodillas, otros la acompañan con la cabeza descubierta. Dentro, la fragancia de las flores parece la misteriosa huella del pié invisible que ha entrado en el palacio.

Ego sum via, vita, veritas.

Toda la familia asistió al acto, la marquesa agobiada por el dolor y sin fuerzas para tenerse de rodillas (tan vivamente la afectaba aquel trance temido), el marqués y sus dos hijos manifestando sinceramente su pena.

Concluida la ceremonia se retiraron todos apremiados por los amigos más íntimos. Milagros perdió el conocimiento, y fué preciso llevarla á un rincón de la sala japonesa, donde amigas solícitas la rodearon para consolarla. El marqués, que habia perdido la memoria de sus excursiones artísticas por el palacio, huía de los consuelos de importunos amigos, y queria estar solo. Allá en un ángulo de la sala de tapices halló lugar propicio á su recogimiento y dolor, y oculto tras de un sátiro de mármol meditaba sobre la vanidad de las grandezas humanas. Gustavo atendía á su madre, y se dejaba consolar por el poeta de

los arrebatos píos y de las almas cándidas. Leopoldo echaba de su cuerpo suspiros, y temblaba nerviosamente sintiendo aquella glacial caricia de la muerte hecha tan cerca de su persona, que parecia hecha á él mismo.

Mucha gente salía, y en el parque los cocheros se llamaban unos á otros dándose los nombres históricos de sus amos: "Garellano, ahora tú; Cerinola, entra; Lepanto, echa un poco atrás." La noche estaba hermosa, limpia, serena, inundada de la claridad azul de la luna, y el horizonte ofrecía á lo lejos la falsa apariencia de un mar tranquilo. Palidecian las estrellas pequeñas, pero las grandes lograban brillar, retumbando con visible esfuerzo. ¡Naturaleza espléndida, por donde parecia cruzar dulce respiracion de calma y amor! Más bien convidaba á nacer que á morir.

¡Cuánto abrumba al hombre observar la majestuosa indiferencia de los cielos visibles ante los dolores de la tierra! El más horrendo cataclismo moral no podría formar la más ligera nubecilla. Todas las lágrimas de la humanidad no llevarian á esos espacios insensibles una sola gota de agua.

Leon salió de la triste alcoba para decir dos palabras de gratitud al marqués de Fúcar.

—Querido,—le dijo éste estrechándole con

carifio las manos, —recibe el pésame de un afligido. Aquí donde me ves, gimo bajo el peso de un disgusto.

—¿Hay algun enfermo en casa?...

—No... y hablaremos... ahora no es ocasion... No, no tienes que agradecerme nada... era mi deber. Ya ves que he mandado adornar el palacio como corresponde á ceremonia tan augusta y á la firmeza de mis ideas religiosas. Se trajeron todas las camelias de la estufa, los rododendros y los naranjos que están en pesados cajones de madera. Pero no importa; hay ocasiones en que me parece conveniente llegar hasta la exageracion... Volveré á saber... A su debido tiempo hablaremos.

Poco despues salió á tomar su coche para ir á Madrid, pensando en esta desdichada, en esta mal dirigida nacion que al dia siguiente de hacer un empréstito ya necesitaba hacer otro.

Leon volvió á la alcoba. La terminacion parecia próxima. Rafaela, Paoletti, Moreno y él rodeaban á la pobre María, que desde las últimas palabras de su espiritual confesion se habia ido postrando y perdiendo rápidamente el aspecto de persona viva. Su hermosa cabeza y cara en que estaba representado, por vanagloria de la Naturaleza, el ideal de la

belleza humana, parecian más perfectas ahora, en aquel momento cercano á la extincion de la vida orgánica, y su inmovilidad, su blancura, la fijeza de aquel blando reposo sobre la almohada, la calma escultural de las facciones y de los músculos faciales, no contraidos por dolor alguno, la asemejaban á una representacion marmórea de la muerte tranquila, noble, aristocrática, si es permitido decirlo así, puesta en figura yacente sobre el sepulcro de una gran señora. Nada se movia en ella, y lograba el privilegio de entrar en el reino sombrío con sosegada parsimonia, sin dolor fisico, como se pasa de una vision á otra en el entretenido viajar de un sueño.

Sus ojos medio velados por las negras pestañas estaban fijos en el rostro sombrío y atónito del hombre de la barba negra. Leon esperaba junto al lecho observando con dolor aquella hermosura sublimada por la muerte, y pensaba en el sentido profundamente filosófico de la aparente transformacion de su mujer en estatua. La solemnidad del caso doloroso, el silencio del lugar, sólo turbado por un aliento apenas ronco y que se hacia más difícil á cada minuto, la mirada triste de aquellos ojos moribundos, fijos en él como una raiz misteriosa que no quiere dejarse arrancar, lleváronle á pensar cosas diversas,

referentes á él mismo, á ella, dos seres que se decían esposos y sólo estaban unidos ya por el hilo de una mirada. Sondeó su corazón, deseando hallar en él un resto de amor para ofrecerlo, como la última florecilla de la galantería conyugal, á la que espiraba en la soledad fría de su misticismo, y por más que buscó y rebuscó, no pudo encontrar nada. Todo lo que su corazón contenía en caudales de amistad y ternura había sido retirado sigilosamente del hogar legítimo para ser depositado y como escondido en otra parte.

Pero si amor no, la hermosa estatua que había sido embeleso de su juventud le inspiraba una compasión tan viva y tan honda, que con el amor mismo se confundiera en aquel instante supremo. Al despedir aquella vida que había podido ser encanto y ennoblecimiento de la suya, y que, sin embargo, no lo había sido, Leon sintió que las lágrimas subían á sus ojos y que el corazón se le oprimía. “¡Infeliz!—dijo para sí,—Dios te perdonará todo el mal que me has hecho; te lloro como si te amase, y te compadezco, no sólo por tu muerte prematura, sino por el desengaño que vas á tener cuando sepas, y lo sabrás pronto, que el amor de Dios no es más que la sublimación del amor de las criaturas.”

Se acercó más á ella, atraído por los ojos que se abrían un poco más. Vió de cerca el vello finísimo, casi imperceptible, que sombreaba su labio superior; vió el punto luminoso de su pupila irradiada de oro; sintió su aliento que casi no se sentía ya. ¡Desconsolada! No hay palabras para expresar aquel desconsuelo que por sí no se expresaba tampoco con palabras, sino con el último destello de una mirada que lloraba apagándose.

Bajo la tranquilidad exterior de su cuerpo y la calmosa fijeza de su mirar de desconsuelo, se revolvían quizás tormentosas ansias y los ardientes afanes humanos, despertados sordamente en lo más íntimo del ser moribundo, cuando ya no existía el poder físico para darles forma; pero la superficie no decía nada, así como la costra helada del río no permite oír la bulliciosa y veloz corrida de las aguas profundas.

Él lo comprendió así. Vió una gota brillante temblar en cada uno de los ojos de María. Eran la última y la única manera posible de expresar la postrera energía de sentimiento humano en su alma, solicitada ya del abismo insondable y atada aún al mundo por la tenue raíz de un deseo. Dos lágrimas asomadas que no llegaron á correr, fueron lo único que de aquel oleaje recóndito salpicó fuera.

Leon acercó sus labios al rostro frío y oprimió firme. Oyó entonces el fuerte suspiro de una gran ansiedad satisfecha. Extremecido con sacudimiento el cuerpo exánime, oyó una gran voz que dijo:

—¡Oh... gracias!...

Transit.

Quietud absoluta. ¡Formidable silencio aquel en que María Egípcíaca resbaló por la pendiente de la invisible playa, como grano de arena arrastrado por la ola y llevado á donde la humana vista no puede penetrar!

Los que la miraban morir se encontraron solos. Con un suspiro se dijeron que la infeliz esposa no existía ya. Ya se podía hablar en voz alta.

El que tenía la obligación de cerrar aquellos ojos los cerró con trémula mano... Temía hacerle daño.

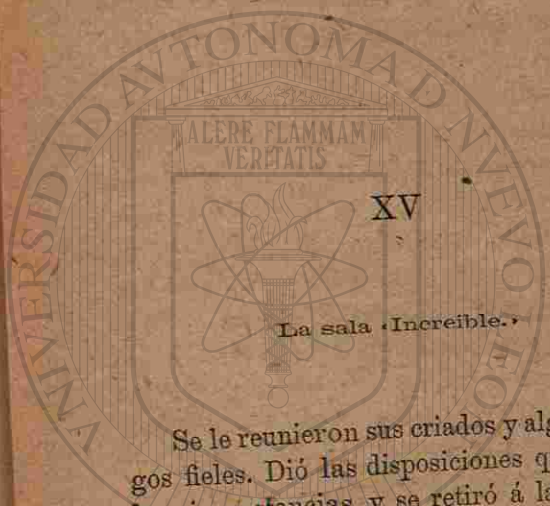
El Padre, puesto de rodillas, rezaba en silencio, con la mirada fuertemente encerrada dentro de los párpados, como el prisionero á quien se doblan los cerrojos de su calabozo. Leon contempló breve rato lo que restaba de quien fué la mujer más hermosa de su época, reuniendo á este privilegio el de ser la más santa de su barrio, y tembló de dolor al choque de las memorias que á él venían, de los sentimientos que en él se encrespaban. ¡Cuán

triste hermosura en aquella calma de los despojos tibios, donde lo bello ocultaba tan bien lo fúnebre, que venía bien en aquel caso llamar ascéticamente muerte á la vida y vida á la muerte!

Lleno de turbacion y rebotando lástima de su corazón oprimido, el viudo salió de la alcoba como si saliera de su juventud. Las fieles amigas de devociones y los criados quedaron allí. Paoletti se retiró á la capilla á rezar.

Circuló por el palacio la noticia y se oían lamentos lejanos, bullicio de gente que corría en busca de cordiales, secreteo suspiron de amigos que entraban y salían. Leon fué á dar al salón del Himeneo, donde se arrojó en un diván, fijando la vista en el antiguo reloj artístico que en torno al círculo de las horas tenía un renglón curvo, semejante á un triste ceño, con esta inscripcion:

Vulnerant omnes, ultima necat.



Se le reunieron sus criados y algunos amigos fieles. Dió las disposiciones que exigian las circunstancias y se retiró á la parte del palacio próxima á su habitacion. Quería estar solo. En medio de su pena, sentía escondida la satisfaccion de haber cumplido hasta el último instante obligaciones sagradas. Mandó á su criado que, guardando la puerta, no permitiera que nadie penetrase hasta él, y se encerró en la sala *Increible*.

Al fin le acompañaba aquella soledad tan deseada. Podía pensar sólo y considerar la marcha de los sucesos, su propia situacion, el estado de su alma, echar una mirada al pasado y otra al porvenir.

La dolorosa lucha que tiempo há sostenia con un ideal distinto del suyo habia concluido. Estaba libre; pero su libertad venia impregnada de tristeza, porque habia sido traída por la muerte, y le quitaba los hierros una figura hermosa, melancólica, que no podía en modo alguno ser odiada, sino compadecida y respetada. El óbice suprimido por la muerte y aposentado en la memoria y aún en el corazón del liberto por la compasion, ganaba dulces simpatías sólo por el hecho de su fin lamentable. Tenia el prestigio de la inocencia y la hermosura del ángel.

Por mucho que Leon empapara su pensamiento en aquella memoria, si no cariñosa, interesante y patética, no pudo evitar que fuese sorprendido su espíritu por una idea lisonjera. Tenia porvenir. Ante él se abría el pórtico de una vida nueva, donde quizás vería realizado lo que persiguió vanamente en la vida fenecida y completamente rematada en la calma triste de un funeral. Pero lo reciente del duelo le hacia mirar con miedo el porvenir y sujetaba su mente para que no se lanzara á imaginar dias venturosos ni á fabricar lindos castillos, todo en la region luminosa de lo probable, pero tambien en el caos oscuro de lo imaginario. Era para él muy doloroso que se juntasen en un punto

el homenaje de respeto y piedad debido á lo que fué y la ilusion de lo que habia de ser. Pero la esperanza es como el remordiento y viene tan puntual cuando la lógica la trae, que se la creeria un don precioso de la conciencia. Así como no se puede cerrar la puerta al remordimiento cuando este viajero llega y toca reclamando su hospitalidad ineludible, no se puede tampoco despedir á la esperanza que viene, entra, atropella, invade, se apodera, se instala y despliega ante la vista el lienzo seductor de los dias venideros. No hay ceguera voluntaria que sea parte á impedir el goce de los horizontes de la vida cuando éstos se agrandan y se iluminan por sí. No hay momento en la vida, por doloroso que sea, que no se encadene con los momentos esperados que aún permanecen en los infinitos depósitos, no consumidos, del tiempo. La vida no es más que la apreciacion de un *más adelante*. La Naturaleza ha cooperado en esta ley, no creando ningun sér superior que tenga los ojos en la espalda.

Vacilaba y padecia, no queriendo lanzarse á donde su pensamiento iba con fatal vuelo, y gustaba de atarse otra vez la cadena rota. Creia hourarse apartando de sí toda idea de su propio bien, aunque éste fuera legitimo, y queria que su fantasia tuviera la

nobleza de no imaginar nada lisonjero en aquella luctuosa noche. Pero si el espíritu tiene velas maravillosas que lo impulsan y sin las cuales no puede navegar, tampoco puede hacerlo sin un lastre que se llama egoismo. El egoismo es necesario. Sin él y con velas se entregaria el hombre al loco arbitrio de los huracanes. Y con él solo y sin velas, quedaria reducido al triste papel de un ponton. Gallarda y perfecta nave es la que tiene en justa medida alas y peso.

Meditando en esto, él se negaba resueltamente á ser ponton. Habia arrojado al agua todo su lastre para lanzarse como un rayo al oleaje de la contemplacion pura del ideal, cuando sintió ruido, un rumor que le hizo temblar todo, como la cuerda tirante en los altos topes tiembla con la horrible trepidacion del huracan: era un ruido de traje de mujer mezclado con un suspiro.

Cuando miró, Pepa Fúcar estaba delante de él.

Tuvo miedo y no osó preguntarle nada. Tenia ella en su cara el aspecto de un muerto que se levanta por miedo de haberse muerto. Sus dientes chocaban como al efecto de un frio intensísimo. Traia la tragedia en sus ojos y en su mano un papel.

Leon tuvo valor para decirle:

—Por Dios... no vengas á turbarme... Mi pobre mujer ha muerto.

—Y yo...

El temblor, aquel frío que parecía adquirido al contacto del sepulcro, le impidió seguir. Al fin concluyó la frase:

—Y yo há tiempo que he venido... á decirte que mi marido vive.

Leon se quedó como quien no oye bien. Su conciencia fué la que gritó un instante despues:

—¡Tu marido!...

Se llevó la mano á la cabeza, en cuyo centro parecia estar toda su sangre circulando en remolino.

—¡Vive!

—¿Le has visto?

—Sí, y me habria muerto de espanto si no hubiera pensado que estás tú en el mundo para salvarme y ser mi amparo contra ese bandido.

Estas palabras llevaron el espíritu de Leon á un aturdimiento estúpido...

—¿Yo? ¿qué tengo que ver en eso?...—dijo, pugnando por echarse fuera de aquella situación escandalosa, por medio de un sofisma de dignidad.—Déjame... ¿tengo algo que ver con tu marido... ni tampoco contigo?

En su pecho se habia levantado una tem-

pestad de rabia, contra la cual luchaba, oponiéndole el decoro, el honor, diques de barro, que se rompian apenas usados. Sintiendo un torbellino en su cabeza, y deseando que su amor fuera odio y que las cosas no fueran como eran, ordenó á Pepa que saliese de allí. Un rayo de lógica le habia destrozado interiormente. Cediendo á un movimiento natural de su alma, que no sabia si era el despecho ó el honor, dijo á su amiga:

—Déjame... te repito que me dejes... No me turbes ahora. No quiero verte, te separo de mí, te expulso.

—No estás en tu juicio,—dijo Pepa con dolorida tristeza.—Me arrojarás de esta sala, pero no puedes arrojarme de tu corazón.

—Es que has venido á burlarte de mí,—repuso él en el último grado del aturdimiento,—cuando merezco más respeto... Lo que has dicho no será verdad.

—¡Oh! si no lo fuera...—dijo la dama cruzando las manos.—Desde esta mañana me dió mi padre la terrible noticia; pero yo no creí que él tuviera valor para presentarse á mí... Esta noche me hallaba en mi cuarto... sentí ruido en el jardín, me asomé... vi un hombre... era él... la luz que alumbraba el pórtico iluminó su cara aborrecida... le conocí. Creí que la tierra se abría y me tragaba... y

empecé á temblar de frío y miedo. Por un impulso instintivo corrí por toda la casa, creyendo sentir sus pasos detrás de mí y su mano que me tocaba. Salí por la puerta de servicio, y si no hubiera puerta, me habría arrojado por una ventana... salí al patio, no quería detenerme... corrí á la calle, tomé un coche de alquiler, y he volado aquí para decirte... he esperado mucho tiempo en el museo... no he tenido paciencia para esperar más.

—¿Y tu hija?

—No estaba en casa. Si hubiera estado la habría traído conmigo... Papá la llevó esta noche á casa de la condesa de Vera. Yo pensaba ir también; pero supe lo que pasaba aquí y me entró horror de presentarme en público... me fingí enferma.

—¿En qué triste instante vienes aquí!— exclamó Leon con honda amargura.—Ni siquiera consolarte me es posible.

—¿Qué ves en mi presencia?

—Profanación... escándalo... no sé qué... una espantosa inoportunidad que me hace temblar.

—No tengo la culpa de lo ocurrido. Dios lo ha dispuesto así... Pero no perdamos el tiempo en lamentaciones... pensemos, discurremos lo que se debe hacer.

—¿Quién?

—Nosotros... ¿Me desamparas en este conflicto sin igual? ¿No sabes lo que trama el malvado? Mi padre me informó de todo esta mañana... Hace dos días que llegó á Madrid y se alojó en casa de sus tíos para acecharme desde allí... No sé quién le informó de todo... Creo que serían sus tíos. Gustavo es su abogado... sí, va á entablar querrela contra mí... El muy canalla escribió á mi padre esta mañana declarándose arrepentido de sus infamias y pidiéndole perdón... En la carta de mi padre remitía una para mí... Mírala.

El primer movimiento de Leon fué rechazar la carta; pero sin saber cómo, la arrebató de la mano de Pepa y leyó lo que sigue:

“Un hombre que se muere no tiene derecho á exigir fidelidad á la esposa que vive.
 „Felizmente para mí, el Señor Todopoderoso ha querido conservar mi preciosa existencia.
 „Mientras llega el momento de abrazar á mi esposa é hija, tengo el honor de poner en conocimiento del primero de estos seres queridos que estoy resuelto á otorgarle mi perdón si se apresura á poner de nuevo el cuello bajo el yugo matrimonial, atendiendo á que mi supuesto alejamiento del mundo de los vivos disculpó hasta ahora su desvarío.
 „Pero si el susodicho sér querido se obstina en considerarme destinado á ser pasto de

„peces en el golfo mejicano, yo me tomo la
 „libertad de asegurarle que estoy decidido á
 „usar de los derechos que la ley me otorga.
 „Mi hija querida no puede crecer en el im-
 „puro regazo del adulterio. Seguro estoy de
 „que la dama de quien tengo el honor de ser
 „esposo no preferirá los halagos de un amor
 „criminal á los dulces deberes de madre; en
 „caso contrario, yo entablaré mi querella,
 „contando, como cuento, con los testigos ne-
 „cesarios para hacer la prévia informacion
 „que la ley exige, y reclamaré á mi hija, per-
 „suadido de que la ley la pondrá en mis pa-
 „ternales brazos cuando cumpla los tres años.
 „Para que mi buena esposa comprenda
 „bien cuán fuerte es mi posicion de cónyuge
 „inocente, le ruego dé una vuelta por el des-
 „pacho de su señor padre, y allí, estante ter-
 „cero, tabla segunda, hallará la Novísima
 „Recopilacion, de cuya interesante obra me
 „tomo la libertad de recomendarle la ley 20,
 „título I, libro II.

F. Cimarra.

—Es él,—exclamó Leon estrujando la car-
 ta,—es su letra, es su estilo, su descaro, su
 miserable ironía, su falta absoluta de ver-
 güenza y delicadeza. Reconozco la mano in-
 fame en la bofetada que recibo... ¡Dios Po-

deroso, si el ataque de un mónstruo semejante
 no es razon suficiente para atropellar todas
 las leyes y respetos, para olvidar la dignidad
 y la conciencia misma; si esto no es razon
 para rebelarme y estallar, no quiero la vida,
 la desprecio.

Arrojó al suelo la carta estrujada y Pepa le
 puso el pié encima, diciendo con cierta fiereza:

—Así trataria yo tu persona, malvado, y
 tu Novísima Recopilacion.

Despues se dejó caer en el sofá, exclaman-
 do entre sollozos:

—¡Mi hija en poder de ese menguado!... ¡Mi
 hija, que es mi alma toda, separada de tí y de
 mí!... ¡La idea de esta feroz amputacion de
 mi vida me vuelve loca!

Leon miraba al suelo de una manera tor-
 va y aviesa.

—Un rasgo enérgico de mi voluntad po-
 derosa nos salvará,—dijo Pepa alzando suros-
 tro que parecia la imágen misma de la reso-
 lucion.

—Calla, espera,—dijo Leon, apartándola
 lleno de ansiedad.—¿No oyes?

Ambos quedaron mudos, conteniendo el
 aliento.

Sentíase por la galería cercana ruido de
 pasos lentos, tardos, como de muchos hombres
 que trasportan un objeto pesado. Se acerca-

ban, pasaban con cierta solemnidad aterradora, despues se perdian á lo lejos.

Pepa y Leon en la actitud de rechazarse el uno al otro, atendian con temerosa quietud á lo que cerca de ellos pasaba. El vivo palpitar de ambos corazones se confundia en un solo latido. Cuando el silencio volvió á reinar en el palacio, Leon miró á su amiga, que tenia el rostro inclinado y los ojos llenos de lágrimas.

—¿Rezas?—le dijo.

—¡Oh! ¡Dios mio!—exclamó Pepa oprimiéndose el corazon.—Ella reposa en paz, yo me consumo en ardientes afanes; ella goza ahora de la dicha eterna en premio de sus virtudes, yo soy señalada como criminal y perseguida por la justicia y veo mi pobre corazon cazado en horrible trampa de leyes... No, Señor, yo no te pedí que la mataras para darme el triunfo, yo no te pedí eso... Yo no he sido mala, yo no merezco este castigo... Por momentos la aborrecí, es verdad, pero ya no. Ahora no sé si la temo, no sé si es respeto lo que me hace pensar tanto en ella y verla constantemente en frente de mí, viva y muerta al mismo tiempo.

—¡Feliz ella!—dijo sordamente el viudo.

—Pero no nos entreguemos á nuestra melancolía. Es preciso resolver esta noche mis-

ma. Escucha, yo tengo un plan, el mejor, el único posible.

—Un plan...

—Ya lo sabrás. Antes necesito traer á mi hija. Paréceme que me la han de quitar, que ella y tú y yo corremos peligro...

—Tráela al momento.

—Son las diez. Tengo tiempo de ir y volver pronto. Ya he hablado á Lorenzo, el mejor cochero que tenemos. Está enganchada la berlina. ¿Prometes esperarme aquí?

—Te lo prometo,—dijo Leon mirándola sin verla.—Corre en busca de Monina, tráela pronto; yo tambien temo...

—Hasta luego... No te muevas de aquí.

Salió por la puerta del museo.

Largo rato estuvo Leon sin poder coordinar sus ideas. Antes de resolver nada concreto, era preciso ver la cuestion con claridad y con sus naturales formas y dimensiones, sin hacerla más difícil ni más fácil de lo que realmente era. Pero él mandaba á las ideas presentarse con lucidez y no lo podia conseguir. La disciplina de su entendimiento estaba rota. El gran cansancio físico y el caos intelectual en que estaba le llevaron á una especie de sopor en el cual su mente se aletargaba dejando que desvariaran febrilmente los sentidos. En otra ocasion crítica de su vida le vimos así.

La sala cuadrada le pareció circular, porque sus ojos eran incapaces de la apreciación exacta de las cosas, y el muro cilíndrico daba vueltas en torno de él, paseando, con el remolino jaquecoso de un Tío Vivo, las mil extrafalarias figuras que lo adornaban. Eran estampas grandes y chicas, platos y jarros medallones y esculturas del tiempo del Directorio que fué la revolución del vestido, trivial apéndice á la revolución del pensamiento. Después de cortar las cabezas, la fiebre innovadora se dedicó á reformar sombreros. La industria no quiso ser ménos que la libertad, y en la cúspide del monton de cráneos alzado por el Terror, plantó el figurin.

Allí no habia más que hombres embutidos en inverosímiles casacas, extrangulados por corbatas sin fin y sirviendo de pedestales á delirantes gorros. Unos esgrimian bastones llenos de nudos, otros garrotes en espiral, y estaban desgrefiados como las furias y calzados como los bailarines. Cadenas informes y sellos como badajos pendian de algunos, y de otros no se sabia cuales eran las piernas y cuales los faldones, ni donde empezaba el hombre y acababa la ropa. Parecian delirios, monstruos, chabacana metamorfosis de la humanidad en bandada de aves graznadoras, llevando los lentes sobre el pico y las patas con bor-

ceguies. Las mujeres mostraban media pierna con listadas medias, y en la cabeza torres de pelo, y plumas, carton, cintas, túmulos, veletas, pagodas, flechas, escobas. Las brujas, metiéndose á elegantes, no hubieran sido de otro modo.

Hombres y mujeres corrian en rápido ciclon. Era una chusma abigarrada, bufona, una nube de cuyo centro salian silbidos, ayes, befa y risa, entre la confusa masa de garrotes, piernas desnudas, narices, lentes, faldones, abanicos, sombreros. La humanidad actual encerrada en un cañon tan grande como el mundo y disparada á los aires en millones de pedazos, no habria formado sobre el cielo espantado una nube más horrible.

Leon vió que del círculo se destacaba una figura y avanzaba hácia él. Al punto se sintió lleno de un furor semejante al que despierto habia sentido en la mañana de aquel día contra su hermano político, furor no contenido ahora por consideracion ni respeto alguno. El odiado *increíble* que hacia él venia era el más grotesco de aquella muchedumbre antipática y con su infame risa parecia insultar á la razon humana, al pudor, á la virtud, á todo cuanto distingue al hombre de la bestia.

—Execrable animal,—gritó ó creyó gritar

Leon abalanzándose á él y cogiéndole por el cuello, —¿crees que te temo?... ¿Por qué me la quitas?... ¿Dices que es tuya?... Ahora te enseñaré yo de quién es, librando á la sociedad de tu miserable vida...

Desarrollaba contra él atlética fuerza, y le decía:

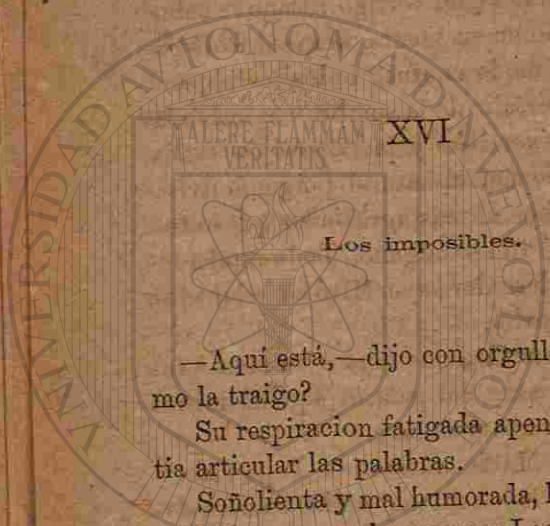
—¿Tienes derechos? Pues yo los pisoteo... ¿Has contraído lazos? Pues yo los rompo... Mira el caso que hago yo de tus derechos y de tus lazos: el mismo que de tu vida, empleada en el mal y en el escándalo. Me eres tan odioso como si fueras, y seguramente lo eres, la personificación de todo lo malo que hay en el mundo... ¿Me pides que te respete?... ¿que respete en tí la ley, el Sacramento, como los respeté en la infeliz que ya no pertenece al mundo? ¿Cómo te atreves á compararte con ella? En ella respeté la virtud austera y seca, la piedad exaltada, la honradez, la inocencia, la debilidad, la belleza. Pero en tí, ¿qué hay sino corrupción, mentira, infamia vicios?... No me pidas que te tenga lástima, porque la compasión no se ha hecho para darla á los animales dañinos. No me pidas que te entregue á tu hija. Pues qué, ¿un ángel se echa á los perros?... Tu hija te aborrece, tu mujer te aborrece, y yo... te acabo.

Creyóse rodando por una pendiente oscu-

ra con su víctima entre las manos. Sin darse cuenta de ello durmió un rato con agitado sueño. Cuando aquel vértigo insano se calmó por completo en su mente, empezó á distinguir de un modo confuso todos los objetos, luego los vió salir de la sombra con más claridad. Los *increíbles* y las *increíbles* estaban en su sitio con su natural pergenio irrisorio, ni más feos ni más agraciados que antes. Leon no oyó rumor alguno. Todo estaba silencioso en derredor suyo. Miró su reloj: eran las once y media.

La primera idea que vino á su mente fué la que debía salir del palacio aquella misma noche y retirarse á su casa.

Pensó en María muerta, en Pepa viva, y á entrambas las veía cual si las tuviera delante. Después, como si su pensamiento evocara á esta última, la vió aparecer por la puercecilla del museo, trayendo á Monina de la mano.



—Aquí está,—dijo con orgullo.—¿Ves como la traigo?

Su respiración fatigada apenas le permitía articular las palabras.

Soñolienta y mal humorada, la pobre niña se dejó tomar en brazos por Leon, é inclinó la cabeza sobre sus hombros para dormirse allí.

—¿No le cuentas nada?—dijole Pepa acariciando sus manecitas.—Mona, alma mía, ¿no le cuentas lo que te he dicho?

La nena cerró los ojos, murmuró algo, entregándose sin miedo ni cuidado al sueño en el borde del abismo que á los pies de su descarriada madre se abría.

—Se duerme,—dijo Leon oprimiéndole dulcemente la cabeza para fijarla más sobre su

hombro.—Hablemos en voz muy baja, ya que lo terrible de la ocasión nos obliga á vernos y á no estar callados.

—Aquí no puede ser. Se oye desde ese corredor,—dijo Pepa levantándose y tomando á Leon de la mano.—Además tengo que enseñarte una cosa que está en otra parte. Es un secreto. Sígueme.

Dejóse guiar. Pepa abrió la puerta del museo y entraron. Allí había una bujía, que ella encendió. Condújole despues por una pieza donde había cuadros viejos, y despues entraron en una sala, en otra, en otra. Ella iba delante, y Leon, con Monina en brazos, la seguía sin hacer observación alguna. Al fin reconoció las habitaciones.

—Aquí no penetran los curiosos, ni esa turba de majaderos que han invadido á Suertebella,—dijo Pepa.

Y pasaron á una estancia que era la misma donde Monina había estado enferma con el *crup*. Una criada esperaba las órdenes de Pepa. Era la mujer de un mozo de Suertebella, en quien la señora tenía confianza; y como sus criadas estaban en Madrid, sirvióse de aquella para que cuidara á la niña. A ésta la acostaron pronto. Teresa quedó junto á la camita, con encargo de avisar si alguien llegaba. Pepa llevó á su amigo á la pieza inmediata.

—Es mi alcoba,—dijo la dama cerrando la puerta.—Aquí nadie nos puede sentir. Aquí está mi secreto. Siéntate... ¡Oh, Dios mio, qué pálido estás! ¿Y yo?...

—Tú también,—repuso Leon, sentándose fatigado.

—Somos espejo el uno del otro,—dijo ella tratando de endulzar con un grano humorístico la hiel que ambos apuraban en una misma copa.

El matemático no estaba en disposición de observar la rara elegancia del dormitorio, cuyas riquezas podían compararse á las que en tiempos de fé se gastaban en decorar capillas y altares; no paró mientes en los hermosos muebles de ébano incrustado de marfil, ni en el lecho negro, prodigio de ebanistería, que en sus vastas blanduras sin uso cubiertas con extraña tela oscura y dorada, tenía un no sé qué de tálamo sepulcral; ni se fijó en las pinturas religiosas con marcos de plata, algunas semejantes á las de María Egipcíaca, ni en la colgada lámpara esférica, recién encendida, y que, semejante á una luna, derramaba discreta claridad por la alcoba. Rica y misteriosa, la alcoba habría llamado la atención del buen amigo en otro momento; entonces, no.

—Tu secreto... ¿qué secreto es ese?—dijo con impaciencia.

—¡Mi secreto!...—afirmó Pepa llena de congoja.—¡Mi secreto es huir, huir! Consiente, y de aquí saldremos los tres sin que nadie nos vea.

—¡Huir... qué loco absurdo! —exclamó él llevándose el puño á la frente.—¡Y en qué momento! Tu conciencia, la mía, nuestro amor mismo deben protestar contra esa idea. ¡Olvidas lo que hace un momento ha sucedido en esta casa... ¡Dios! ¡Pretendes que ni siquiera haya en mí el respeto y la delicadeza que exige la muerte! ¡Quieres que apenas cerrados por estas manos aquellos ojos...! Horrible corazón el mio si tal consintiera! Merecería descender á más bajo puesto que el que tienen los que ya me llaman á boca llena *el asesino de María*... Ni comprendo que puedas amarme viéndome caer tan de golpe en la bajeza de una acción fea, torpe, escandalosamente inícuo é inmoral.

Cada palabra era para la infeliz una vuelta dada en el lazo que la estrangulaba.

Ambos callaron largo rato, sin mirarse. Repentinamente puso ella su mano sobre el hombro del matemático, le miró con aterrados ojos, y empleando un acento que él no había oído jamás, le dijo:

—Pues entonces, me voy con mi marido.

—¿Qué dices?

—Que tengo que someterme á él... ¿Lo quieres más claro?... O huir contigo ó enjaularme con la fiera.

En el interior de Leon hubo como un salto, fenómeno producido por la repercusion violenta del alma, si así puede decirse, rebotando en su centro.

—¿Lo quieres más claro?—añadió la dama, inclinándose hácia él y dejándole ver muy de cerca la expresion conminatoria de sus ojos chiquitos.—Gustavo podrá darte más pormenores. Gustavo ha conferenciado esta mañana con papá para decirle las pretensiones de Federico. Es su cliente; en las hábiles manos de ese jóven ha puesto el malvado la salvacion de sus derechos.

—Ya comprendo por qué me amenazaba con un arma misteriosa. ¿Estabas presente cuando Gustavo habló á tu padre?

—Sí... Mi padre acababa de revelarme el motivo de su pena, que era la aparicion de nuestro enemigo... El sabía por carta la vuelta de Federico. Pilar le dió anoche la noticia de que estaba aquí. El espanto no me habia dado aún respiro, cuando entró el hinchado juriconsulto. Venia, como amigo nuestro y de Federico, deseoso de arreglar nuestras diferencias antes de entrar en pleitos... ¡Hipócrita! Sus frases oratorias me hacian efecto

semejante al chirrido de una máquina sin aceite, que ataca los nervios y da dolor de cabeza... Mi padre y él estuvieron largo rato troteándose con palabrilas y floreos ridículos, que me indignaban. Yo hubiera puesto al abogado en la puerta de la calle. Ya supondrás su énfasis cargante y la complacencia con que me atormentaba... Despues de mucho hablar, dijo que ya tenia hecho el escrito de querella.

Pepa se detuvo para tomar aliento y fuerzas morales, de las cuales parecia tener un depósito inagotable.

—Mi padre,—prosiguió,—hizo muchos distingos y sutilezas... Yo dije que el valiente que se sintiera capaz de arrancarme á mi hija viniera á tomarla de mis brazos. Creo que en el calor de mi ira dirigí á Gustavo alguna palabra impropia. El pidió indulgencia por su intervencion, afirmando que no era más que un letrado... Deseaba que nos arregláramos, que en el juicio de conciliacion hubiera avenencia, que no diéramos un escándalo. Yo quise defenderme de la fea nota que echaba sobre mí; pero el grito de mi conciencia me detuvo, me hizo equivocár las palabras, y pensando probar que no soy culpable, creo que dije y proclamé lo contrario.

—¿Y qué más habló el furibundo moralista?

—Estuvo media hora citando leyes,—replicó la dama, arrojando otro grano humorístico en la copa de amargura.—Habló primero del Deuteronomio, despues dijo no sé qué cosa de los Germanos y de Tácito, luego citó... creo que á un señor Chindasvinto, á D. Alfonso el Sábio, y por último, creyendo que no nos habia mareado bastante, citó partidas, leyes, artículos, que sé yo. Oyéndole, yo me deleitaba...

—¿Te deleitabas?...

—Sí, era feliz pensando en lo bueno que seria cogerle y arrojarle en el estanque grande de casa para que fuera á enseñar leyes á las ranas y á los peces... El muy fastidioso, empleando palabras discretas y corteses, me dió á entender que toda la razon estaba de parte de su cliente, y que á éste le seria muy fácil probar mi culpa. Cuenta con testigos.

—¿Los testigos! ¿de qué? ¡Oh! yo dudo que puedan probar nada á pesar de su saña; pero te deshonrarán, arrastrarán tu nombre y tu dignidad por el lodo, y es fácil que pierdas á tu hija cuando ésta tenga la edad que marca la ley. Si huimos... entonces les damos prueba plena. Entonces sí que perderás á tu hija.

—¿Pero si nos vamos lejos?...

—No te acobardes ni pienses en la fuga, que es tu condenacion. Mientras él pleitea,

pleitea tú pidiendo á la ley que le imposibilite para ejercer la pátria potestad, por pródigo, malversador de fondos, falsario, por diversos crímenes que será fácil probar si tu padre te ampara.

—Comprendo tu idea y tu ilusion; pero voy á disiparla. Aún no sabes lo mejor, es decir, lo peor.

—¿Qué?

—¿Crearás que mi padre ha tomado con calor mi defensa?

—Sí.

—Pues te equivocas. ¡Ay! pobre de mí, pobre amigo de mi alma. Estamos solos, sin amparo; tenemos en contra la religion, las leyes, los parientes, los buenos y los malos, el mundo todo. Cuando el celeberrimo Gustavo me habló de las ventajas legales de su cliente, yo me enfurecí; pero conteniéndome dije que Federico no podia ejercer la pátria potestad; que si él insiste en presentar su querella, yo le acusaré... de todo eso que has dicho. Mi padre oyó esto con mucha calma, y al punto le ví inclinado á no sé qué horribles acomodamientos... Balbuciendo, dijo varias frases que me helaron el corazon... "mi hija será razonable..." "es preciso que todos hagamos un sacrificio..." "Yo, si Federico conviene en algo aceptable... pues... ya se ve... no se pue-

de hacer todo lo que se quiere...», «Lo principal aquí es evitar el escándalo...» Esto de evitar el escándalo, que repitió más de veinte veces, me probó que mi padre no está decidido á defenderme como deseo. ¡Transaccion! ¡Y con quién, Dios mío! También habló de entenderse con los tíos de Federico, dos señores muy respetables, ya les conoces; el uno es magistrado del Supremo y el otro presidente de la Audiencia... ¿Qué saldrá de aquí? ¿En qué piensas? ¿qué dices á esto?

—Que si tu padre te abandona, fuerza será que combatas sola.

—Eso es, sí, me batiré sola. Bendito sea tu consejo. Tú me das los ánimos que me quita mi padre con su dichosa antipatía á la exageración. —dijo Pepa extraordinariamente reanimada. —¡Si vieras qué armas tan formidables tengo!... Para enseñártelas te he traído aquí. Vas á verlas.

En un ángulo de la alcoba vió Leon, siguiendo con los ojos la señal de su amiga, un armario de ébano y marfil, no muy grande, rico y bello en materia y formas, con aspecto á la vez elegante y sólido. A este mueble se dirigió la dama, y abriéndolo mostró su interior, que era un laberinto de puertecillas, arquitos, gavetas, secretos, escondrijos. Impulsó resortes, y abrió desconocidos huecos.

—Esta parte de arriba, —dijo Pepa sonriendo, —se llama el *arca de la tristeza*. ¿Conoces esto?

Habia sacado del depósito un papel, que puso en las manos de Leon.

—Es una carta, una carta mia.

—Me la escribiste cuando yo estaba en el colegio y tú preparándote para entrar en la Escuela de minas. —Léela y reflexiona sobre lo que me decias en aquellos tiempos... «Que yo te habia inspirado un amor insensato...», Ríete ahora, si puedes, de tus tonterías de colegial... ¿A que no conservas tú mis cartas de colegiala, como yo conservo las tuyas? Yo no decia que mi amor era insensato, pero sabia que me ocupaba, dándome la forma interior, ¿entiendes? como todo lo que en nosotros tenemos de eterno... ¿Y esto, lo conoces?

—Es un alfiler de corbata, —dijo él tomándolo: —tambien es mio.

—Sí... Se te perdió en casa un dia que fuiste á comer... ya eras novio de la pobrecita...; pero yo tenia esperanza de que no te casaras con ella... Encontré esa prenda sobre la alfombra y la guardé... ¿Y estas flores, las conoces?

—Son las camelias que te dí un dia de San José.

—Sí... á la noche siguiente fuiste á verme

á mi palco y por primera vez te sorprendí mirando con mucho interés á...

—¡Pobres flores!... No pensé volverlas á ver aquí, ni que me hablaran como me hablan ahora removiendo en mí todas las ideas y todas las pasiones de mi vida. ¿Sabes que no están tan secas como parece debieran estar despues de tanto tiempo?

—Están embalsamadas con los infinitos besos que las he dado en todas las épocas de mi vida... Pero no nos entretengamos. Dame eso acá.

Recogió aquellos objetos y los fué poniendo en su sitio con maneras tan respetuosas cual si fuesen las más preciosas reliquias.

—Dormid aquí el sueño triste,—queridos compañeros,—dijo despues.—Ahora que has visto *el arca de la tristeza*, voy á mostrarte *el arca de los horrores*.

Sacó de recóndita gaveta un paquete de papeles, atado en cruz con cinta roja, como expediente de oficina. Leon lo tomó, comprendiendo lo que era, y ambos se sentaron para examinarlo.

—Ahí tienes,—dijo Pepa contagiada de horror á la vista de aquel legajo de ignominia,—diversos testimonios del martirio á que he vivido sujeta como esposa de un perdido; ahí tienes viles secretos que él me confiaba

en momentos de apuro, cuando necesitaba de mi bolsa. Cada hoja de esas es recuerdo de una deshonra que yo oculté cuidadosa, prueba de delitos que logré frustrar ó de los que quedaron ocultos entre la hojarasca de la Administracion pública. Examina eso y verás que tengo medios bastantes para declarar á Federico incapaz, no sólo de ejercer la patria potestad, sino tambien de vivir en el seno de una sociedad medianamente digna.

Leon examinó el paquete con curiosidad muy viva, pasando rápidamente por algunas partes, deteniéndose en otras. Vió cartas con firmas conocidas, contratos secretos, minutas, cuentas, papeles con sellos de oficinas públicas, hojas que evidentemente habian sido sustraídas de algun expediente famoso, una órden judicial que sin duda tenia la firma del juez arrancada por sorpresa... Despues de verlo todo, devolvió á Pepa el expediente de los horrores, diciéndole:

—Quema eso.

—Pues qué,—exclamó la dama con estupor, abriendo las manos para tomar el paquete, pero sin atreverse á tomarlo,—¿no me sirve?

—No,—dijo Leon.

—¿Que no sirve?... ¿no podré?...

—Poder sí... pero...

—Entonces...

—En estas circunstancias terribles es preciso decirlo todo claramente.—Uno á otro nos debemos la verdad, aunque ésta perjudique á un sér querido.

—No te entiendo.

—Quema eso.

—¿Por qué?

—Quémalo, porque no te sirve de nada. Es un arma de doble filo que te herirá á tí misma cuando quieras usarla. Perdóname la franqueza de mis palabras. Con esto podrás acusar á Federico victoriosamente. Por poca justicia que haya en un país, esto basta á meter á un hombre en presidio... Pero si lo haces, el infame debería ir á su destino muy bien acompañado.

—Deberia ir...

—Digolo así porque en España las personas de cierta talla no entran jamás en la cárcel aunque lo merezcan... Pero tu expediente horrible podrá fácilmente cubrir de ignominia...

—¿A otras personas?...

—Sí; á una que tú quieres mucho y á quien no puedes desear daño... Pepa, por Dios, quema eso.

La dama se llevó la mano á los ojos, como queriendo poner un estorbo á sus lágrimas.

mas. Sacando nuevamente singular fuerza de aquel depósito inagotable que en su alma tenía, cogió el paquete, lo guardó en el *arca de los horrores*, y cerró ésta, diciendo:

—Lo quemaré más adelante.

De pie frente á Leon, dijo en voz muy baja:

—¿De modo que me es imposible incapacitar legalmente á mi marido?...

—Imposible.

—¿Me es imposible oponer un acto legal á su querella?

—¡Imposible! Ahora comprenderás perfectamente la vacilacion de tu padre, su flaqueza acomodaticia, la cual no es sino miedo, miedo de entrar en pleitos con su enemigo, con el que un tiempo ha sido su cómplice. Todo es imposible, querida.

—No, no. ¿Por qué buscar siempre los caminos torcidos? Hombre, amigo, amante, esposo, ó no sé qué, á quien legitimo con la eleccion de mi alma, imítame en mi osadía,—dijo la dama con bravura, mostrando aquella resolucion valiente que en ocasiones la hacia tan bella.—Nos queda el camino recto, el camino fácil, el único camino, la fuga. El coche nos espera, nada nos estorba, nada nos falta... Tú eres rico, yo más... todo nos favorece, todo nos precipita.

—¡Imposible... locura! — murmuró Leon sombríamente.

—¡Locura!... es verdad que lo parece; pero no lo es... Parece un absurdo, un escándalo, un infame reto á la moral, y sin embargo, para mí que conozco el peligro y sé qué clase de enemigo tenemos, es cosa natural... ¿Crees que yo te propondría un escándalo semejante si no lo creyera necesario?... ¡Ah! tú no le conoces, no sabes que yo, mi hija, tú, todos estamos en peligro... Temo un insulto, un duelo contigo, temo un homicidio... Los momentos son preciosos... Él no respeta nada. A cada instante me parece que le veo entrar...

—¡No y no! —dijo Leon con energía poderosa que tenía algo de crueldad.

Pepa, que en su osadía no cesaba de estar dominada por él, no se atrevió á protestar contra aquella espantosa fiereza para cerrar el único camino abierto á su felicidad. Temía que su insistencia provocara imposibilidades mayores aún y miraba á la esfinge, esperando que de ella misma partiera una solución á aquel problema que según ella la tenía tan fácil. Cansada de esperar dijo al fin:

—Pues si todo es imposible, seguiré el dictámen de mi padre; abriré mis brazos al canalla...

—¡Tú en poder de esa fiera! —exclamó Leon

como una cuerda tirante que estalla.—Sería preciso para tal consentir, que ni una sola gota de sangre me quedara en las venas.

—Pues si el mónstruo se aplaca con el Código,—dijo Pepa con sarcasmo,—le arrojaré á mi hija y me marcharé á vivir contigo.

—¿Separarte de tu hija?

—Ya ves que esto es más imposible todavía. Por todas partes á donde vuelvas los ojos no verás sino imposibles.

—Algun punto habrá,—dijo Leon meditando,—á donde pueda mirarse sin ver la imposibilidad.

—Ese punto, ¿cuál es?

—Lo sabrás á su tiempo. Antes de decirte, me será preciso hablar con tu padre, con tu marido mismo.

—¿Tú?

—Sí, yo... hablaré con él ó con sus tíos, que son personas honradas y respetables. ¿No concibes tú que esto se resuelva sin fuga y sin pleito?

—¿Yéndome con él?

—También sin ir con él.

—Eso no lo concibo.

—Yo sí.

—Sabrás algún modo secreto de hacer milagros. No... no hay milagro aquí. Huir es el milagro.

—No.

—Pues quiero pleitear, pleitearemos contra él los dos, tú y yo.

—¡Los dos! Entonces perderás, y tu hija te será arrancada sin que nadie lo remedie.

—Pues bien, puesto que me cierras todas las salidas, abre tú una; es tu deber.

—Mañana,—dijo Leon lúgubramente, mirando al suelo,—te abriré la única posible.

Pepa hizo un gesto de desesperación.

—¡Mañana!—exclamó pasando de la desesperación al decaimiento, cual áscua que de fuego se trueca en ceniza.—Tus *mañanas* son mi muerte.

—¿Insistes en la idea de la fuga?

—Insisto, porque cada minuto que estés aquí, y que esté yo y que esté mi hija, es un peligro para los tres... Esta noche, fúnebre para tí, es para mí la noche decisiva.—Es capaz... ¡qué sé yo!... Todo lo preveo y todo me hace temblar...—¡Le tengo tanto miedo, tanto!... Tengo por seguro que al saber que estás aquí vendrá y te provocará... ¡un duelo con él!... También temo que me insulte, que se me ponga delante... Siempre te aborreció... temo hasta el asesinato... me veo amenazada por no sé qué horrores... veo sangre... ¡Y es tan fácil salir de este círculo de miedo!... Sal de aquí y aguardame en tu casa.

—A su tiempo se hará todo.

—¿Me esperarás allí?

Leon iba á contestar, cuando creyó sentir rumor de pasos y cuchicheo junto á una puerta que en la alcoba habia.

—¿A dónde da esta puerta?—preguntó en voz baja.

—A una sala que se comunica con la japonesa.

—Ya ves... espían nuestros pasos, nuestras voces y... Son los testigos que se preparan para la prueba...

—Sabe Dios quién será. Supon que mi marido viene...—dijo Pepa deslizandolas palabras en el oído de su amigo como ladron que con ladron habla en la soledad de la estancia robada,—supon que entra aquí. Puede asesinarlos casi sin responsabilidad. La ley le ampara. Estás en la alcoba de su mujer.

Leon sintió una corriente glacial por todo su cuerpo.

—Calla,—murmuró al oído de Pepa.—Alguien acecha; pero es cuchicheo de mujeres curiosas y de hombrecillos menguados. No tienen más arma que su lengua.

—¡Estamos aquí para que ensayen su papel los testigos!—gritó Pepa separándose de su amante y parándose con actitud de leona frente á la puerta misteriosa.—¿Quién me es-

cucha, quién me vigila, quién pone su oído en mi puerta con acecho cobarde?... Estoy en mi casa, estoy en mi casa, y no con palabras sino á latigazos echaré de ella á quien no me respete.

Después se volvió á Leon, diciéndole:

—¡Y todavía dudas!... Mil peligros nos rodean... Tiemblo por tu vida, tiemblo por todo.

Detrás de la puerta habia ya profundo silencio. Después se oyeron menudos pasos de mujeres alejándose.

—Oye esas pisadas de gato,—dijo él.—Los cobardes no matan, pero ya nos arañarán el rostro.

Al decir esto, ambos se asustaron porque una persona habia entrado en la alcoba por la habitación de Monina. Era el marqués de Fúcar. Venia muy alterado.

—Tengo que hablar con mi hija,—dijo á Leon con cierta seriedad.—Qué seria de ella si un padre solícito... Después hablaré contigo, Leon. No, mejor será que hable antes... ¡Qué asunto tan delicado!... Vengo de... En fin... hija mia: un momento, Leon y yo tenemos que decirnos dos palabras. Pasemos aquí al cuarto de la nena.

La dama se quedó en su alcoba oyendo el rumor de las voces de su padre y su amigo,

pero sin entender nada. Ignoramos lo que hablaron. Pasado un rato, D. Pedro volvió solo al lado de Pepa. Esta miraba con afán á la puerta esperando al que poco antes saliera por ella; pero según dijo el marqués, ambos señores habian convenido en que el amigo no debia asistir á la conferencia entre el padre y la hija.

Retiróse Leon al cuarto que habitaba, no lejos de la sala *Increible*, y pasó la noche en las crueles ansias del combate interior. Era este primero como una disputa entre formidables enemigos. Después el combate tomó la forma pavorosa de preguntas, á las cuales era preciso contestar de algun modo.

¿Huir con ella en el momento? Esto no podia ni siquiera pensarse.

¿Huir más tarde? No se resolvía nada.

¿Dejarla expuesta á la mala voluntad y quizás á las violencias del otro? No podia ser.

Mas, por el momento, las conveniencias le mandaban salir de Suertebella y retirarse á su casa, donde podria seguir discurriendo lo que debia hacer. Verdaderamente esto era lógico; pero más lógico era no desamparar á la que de él tan cordialmente se amparaba. Si habia peligros para entrambos en Suertebella, érale preciso seguir allí, desafiando los comentarios del público. La opinion de los

demás sobre aquel asunto suyo había llegado á serle indiferente, y decidido á obrar conforme á su conciencia, despreciaba el juicio de la muchedumbre. Quedándose allí debía arrostrar la desagradable impresion de las visitas que le harían al día siguiente sus amigos y conocidos, gente ávida de dar un pésame en las condiciones más singulares. Todo el mundo sabía lo que pasaba. Era seguro que hasta los amigos ménos afectuosos vendrían á verle allí, sólo por verle allí, en el teatro de su doble desgracia y de su escándalo. Pensó que no debía recibir á nadie; pero despues pensó lo contrario. Sí; afrontaría con valor la implacable embestida de la curiosidad y de la novelería. ¿Por qué no? Aquel enjambre social, viviendo en el goce del pecado propio y en la eterna crítica del pecado ajeno, no le inspiraba temor, sino desprecio. Además, el marqués de Fúcar le había rogado que se quedara para prestar su cooperacion á un benéfico plan que meditaba y que seguramente saldría bien, á pesar de no ser contrata ni empréstito.

XVII

Visitas de duelo.

Despierto estaba aún y batallando en su interior al romper el día; pero luego sintió gran fatiga, y cerrando todo durmió algunas horas, con ese sueño breve y profundo que en la última madrugada suele acometer al reo en capilla y parece, más que sueño, una como embriaguez que el dolor produce cuando es fuerte y continuo.

Hora de las diez sería cuando su criado le ayudaba á vestirse, informándole de muchas cosas interesantes. El cuerpo de la señora había sido colocado en la capilla, con beneplácito del marqués de Fúcar, y el padre Paoletti le había velado la noche anterior y le velaría todo el día y la noche siguiente, rezando de continuo. El mismo señor y el cura de Polvoranca, y el de la parroquia, habían dicho

demás sobre aquel asunto suyo había llegado á serle indiferente, y decidido á obrar conforme á su conciencia, despreciaba el juicio de la muchedumbre. Quedándose allí debía arrostrar la desagradable impresion de las visitas que le harían al día siguiente sus amigos y conocidos, gente ávida de dar un pésame en las condiciones más singulares. Todo el mundo sabía lo que pasaba. Era seguro que hasta los amigos ménos afectuosos vendrían á verle allí, sólo por verle allí, en el teatro de su doble desgracia y de su escándalo. Pensó que no debía recibir á nadie; pero despues pensó lo contrario. Sí; afrontaría con valor la implacable embestida de la curiosidad y de la novelería. ¿Por qué no? Aquel enjambre social, viviendo en el goce del pecado propio y en la eterna crítica del pecado ajeno, no le inspiraba temor, sino desprecio. Además, el marqués de Fúcar le había rogado que se quedara para prestar su cooperacion á un benéfico plan que meditaba y que seguramente saldría bien, á pesar de no ser contrata ni empréstito.

XVII

Visitas de duelo.

Despierto estaba aún y batallando en su interior al romper el día; pero luego sintió gran fatiga, y cerrando todo durmió algunas horas, con ese sueño breve y profundo que en la última madrugada suele acometer al reo en capilla y parece, más que sueño, una como embriaguez que el dolor produce cuando es fuerte y continuo.

Hora de las diez sería cuando su criado le ayudaba á vestirse, informándole de muchas cosas interesantes. El cuerpo de la señora había sido colocado en la capilla, con beneplácito del marqués de Fúcar, y el padre Paoletti le había velado la noche anterior y le velaría todo el día y la noche siguiente, rezando de continuo. El mismo señor y el cura de Polvoranca, y el de la parroquia, habían dicho

misa aquella mañana en el altar de San Luis Gonzaga. El padre Paoletti se personó luego en la estancia del viudo para hablarle de ciertas disposiciones piadosas de la difunta. De todo eso se ocupó Leon con solicitud, y dió nuevas órdenes al Padre para que lo que aún restaba por hacer fuera realizado con toda la magnificencia posible. El marqués de Fúcar vino, y ambos hablaron larguísimo rato sin agitacion, sin palabras duras, tranquilos y tristes como dos diplomáticos de naciones vencidas y desgraciadas que comentan el modo de atajar á un usurpador victorioso. "De ti depende," dijo repetidas veces D. Pedro con atribulado semblante, y despues añadió: "eres árbitro de todo." Despues de estas palabras prolongóse bastante el diálogo, siendo cada vez más triste, más apagado, y terminando en acentos que oídos de fuera parecían sámodia. La conferencia, como otras de que depende la suerte de las naciones, terminó en almuerzo. Pero aquella vez el almuerzo fué mudo y casi de fórmula, cosa que jamás pasa en política.

Por la tarde empezaron á entrar los amigos. Leon vió un lúgubre desfile de levitas negras y oyó suspirillos que eran como la representación acústica de una tarjeta. Unos con cordial sentimiento y otros con indife-

rencia le manifestaron que sentían mucho lo que habia pasado, sin determinar qué, dando lugar á una interpretacion sarcástica. Algunos meneaban la cabeza cual si dijeran: "¡qué mundo este!" Otros le apretaban la mano como diciendo: "Ha perdido usted á su esposa. ¡Cuándo tendré yo igual suerte!" Doscientos guantes negros le estrujaron la mano. Aturdido y pensando poco en la frasecilla de cada uno, creía oír un susurro de ironía. Si los mil increíbles que le rodeaban en efígie soltaran la palabra desde aquel laberinto lioso en que se confunden la corbata y la boca, no formarían un concierto más horrible de burlas. Muchos habian venido por amistad, otros por contemplar aquel caso inaudito, aquel escándalo de los escándalos, por ver de cerca al viudo que despues de haber matado á su mujer á disgustos, hacia alarde de sus relaciones nefandas con una mujer casada, bajo el mismo techo donde habia espirado poco antes la esposa inocente. Esta idea estaba en la mente de pocos, pero estaba. Despues de saludar al amigo, algunos iban á ver á la muerta en la capilla... ¡Estaba tan guapa!

El enjambre negro se fué aclarando. Al fin no quedaron más de tres amigos, luego dos, despues uno. Este, que era el de más

confianza, le acompañó bastante. Despues Leon se quedó solo.

—¿Se te puede hablar?—dijo una voz desde la puerta.

Leon se estremeció al ver á Gustavo.

—Si se habla con claridad y prontitud, sí,—contestó.

El insigne jóven se acercó lentamente.

—Nosotros nos vamos de esta casa,—dijo, —que es para nosotros la mansion del horror y de la tristeza. Tú, por lo que veo, aún permanecerás en ella, atado por tus intereses y por tus pasiones. Te dejamos con gusto. Mamá te suplica por mi conducto que le hagas el favor de no presentarte á ella para despedirla.

—Ya habia yo renunciado á ese honor,—repuso Leon con irónica frialdad.—Hazme el favor de transmitir esta idea á toda tu familia.

—Está bien. Y complaciéndome en ser lo contrario de tí,—dijo el letrado, llevándose la mano al pecho,—opongo mis principios á tu ironía filosófica, y te declaro que mamá, papá y todos nosotros te perdonamos.

—Dáles las gracias en mi nombre. Estoy encantado de tan cristiana conducta.

—Te perdonamos, no sólo por el triste fin...

—¿Más todavía?

—No sólo por el triste fin de mi hermana, sino por el ultraje que has hecho á sus santos despojos.

Leon se mantuvo sereno y digno en su muda tristeza.

—¿Vas á protestar? ¿Te atreverás á negarlo?—dijo el otro.

—No, no niego nada. Gozo dejándote en la posesion, poco envidiable, de tus bajos pensamientos.

—Pues dejemos ese horrible asunto. Nosotros convencidos, tú impenitente, cada cual en su lugar. Antes de separarnos para siempre, quiero advertirte que yo no he apadrinado á Cimarra, ni le he azuzado contra tí. Llegó á mi casa, consultóme, le aconsejé, le hice el escrito. Lo demás será obra suya.

—Vive tranquilo. No se turbe tu conciencia por eso, que defendiendo sus legítimos derechos podrás llevarle por la mano al camino de la salvacion.

—Tus burlas de ateo no podrán turbar mi conciencia, que si está léjos de ser pura, no deja de ver con claridad el bien. No sé si el arrepentimiento de Federico es sincero ó no. En buena doctrina no puede rechazarse al hombre que confiesa sus culpas y se declara resuelto á variar de conducta. El decirse ar-

repentido puede traer el desearlo, y el deseá-lo es andar una parte del camino para llegar á serlo de veras. Hé aquí una ventaja que la perversidad de aquel hombre tiene sobre tu empedernido descreimiento, pues ni confeso ni arrepentido podrás ser jamás.

—Te suplico,—dijo Leon,—que me evites el efecto soporífero de tus sermones. Lo extraño es que están empapados en la heterodoxia más abominable. ¡Valiente apóstol tiene la Iglesia!... Para informarme de la despedida y del perdón de tu familia podría haber venido Polito, que no sermonea.

—Él quería venir, pero mamá se lo ha prohibido... Le infundía temores su carácter arrebatao. Todos esperamos que entrando ahora en la vida esencialmente moralizadora del matrimonio, sentará la cabeza y se curará de los infames vicios que me abochornan.

—¿Se casa Leopoldo?... ¡Oh! permítame que felicite á su mujer, aunque no tengo el gusto de conocerla.

—Las diferencias que habia entre mi familia y la familia de Villa-Bojío han terminado anoche, cuando la madre de la novia de Polito visitó á mamá, prodigándole los más tiernos consuelos. La de Villa-Bojío acaba de perder un niño. Ambas madres confundieron en una su pena y quedó acordado que Leo-

poldo y Susana se casarán cuando pase el luto.

—Felicito á tu mamá; dale mil parabienes.

—La sátira que envuelven tus palabras es digna de quien no respeta el dolor de una desgraciada familia. Por mi parte nada he hecho en este asunto. Bien sabes tú que he llorado con lágrimas del corazón las distintas ignominias que han caído sobre mi familia por culpa de la inmoralidad de mi padre, de la mala cabeza de mamá y de los vicios de Polito. Has sido el confidente de mi tristeza, cuando yo te creía formal y honrado. Ahora, cuando nos repelemos con invencible antipatía, sólo debo decirte que si es preciso no llevaré un pedazo de pan á mi boca antes de que se haya devuelto hasta el último céntimo á quien no merece ser nuestro acreedor.

—Si lo dices por mí, sabe que no me acuerdo de tal cosa. Me honro y me creo suficientemente pagado con la ingratitud.

—¡Frase bonita!—indicó Gustavo con sarcasmo.—Lo que he dicho, dicho está... Ya no nos veremos más. Mi última palabra sea para declarar mi equivocación al anunciarte que morirías de rabia. No, no muere de rabia el que vive de cinismo... Ya, ya sé que está preparado el coche y dispuestas las maletas para esa dramática fuga, atropellando todos los

respetos sociales y pisoteando las leyes. Bien, bien, eres consecuente contigo mismo. Buen viaje, pareja de Satanás...

—Tu penetración y el conocimiento que tienes de mis acciones me cautivan... Despidámonos, si te parece.

—Sí, yo lo deseo.

—Y yo lo suplico. Adios.

Poco después, mirando por entre las persianas vió salir á la que habia sido su familia. El marqués, caduco y abatido, casi era llevado en brazos por un fornido poeta bibliófilo. La marquesa, realmente traspasada de dolor, inspiraba lástima. Polito, con el cuello forrado en complejas bufandas, daba un brazo á la que habia de ser su mujer y con el otro agasajaba á una perra. La de San Salomó y la de Villa-Bojío conducian como en volandas á Milagros hasta el carruaje. Crujieron látigos, piafaron los caballos, y uno, dos, tres, cuatro coches rodaron por el parque llevándose aquella distinguida porcion de humanidad que necesitaba de una pena reciente para ser respetable.

XVIII

El cónyuge inocente.

Al anochecer salió Leon de su cuarto para pasar al que fué de su mujer. Habia allí varios objetos que le correspondia recoger. El palacio estaba ya desierto: oíase el eco de los pasos, y la poca luz multiplicaba las sombras. Creyó ver una figura que viniendo del pórtico entraba en la galería principal, andando despacio y con cautela como los ladrones, poniendo oído á los rumores, reconociendo el terreno. La sospecha primero, el odio que le siguió instantáneo como el tiro á la aplicación de la mecha, detuvieron á Leon, impeliéndole á esconderse para observar aquella figura sin ser visto. Ocultóse detrás de una

respetos sociales y pisoteando las leyes. Bien, bien, eres consecuente contigo mismo. Buen viaje, pareja de Satanás...

—Tu penetración y el conocimiento que tienes de mis acciones me cautivan... Despidámonos, si te parece.

—Sí, yo lo deseo.

—Y yo lo suplico. Adios.

Poco después, mirando por entre las persianas vió salir á la que habia sido su familia. El marqués, caduco y abatido, casi era llevado en brazos por un fornido poeta bibliófilo. La marquesa, realmente traspasada de dolor, inspiraba lástima. Polito, con el cuello forrado en complejas bufandas, daba un brazo á la que habia de ser su mujer y con el otro agasajaba á una perra. La de San Salomó y la de Villa-Bojío conducian como en volandas á Milagros hasta el carruaje. Crujieron látigos, piafaron los caballos, y uno, dos, tres, cuatro coches rodaron por el parque llevándose aquella distinguida porción de humanidad que necesitaba de una pena reciente para ser respetable.

XVIII

El cónyuge inocente.

Al anochecer salió Leon de su cuarto para pasar al que fué de su mujer. Habia allí varios objetos que le correspondia recoger. El palacio estaba ya desierto: oíase el eco de los pasos, y la poca luz multiplicaba las sombras. Creyó ver una figura que viniendo del pórtico entraba en la galería principal, andando despacio y con cautela como los ladrones, poniendo oído á los rumores, reconociendo el terreno. La sospecha primero, el odio que le siguió instantáneo como el tiro á la aplicación de la mecha, detuvieron á Leon, impeliéndole á esconderse para observar aquella figura sin ser visto. Ocultóse detrás de una

luenga cortina y en efecto le vió pasar. Era él. Se lo revelaba más que la vista un instinto singular que emanaba del aborrecimiento, como nacen por arte contrario ciertas delicadas adivinaciones del rescoldo nobilísimo del amor.

Pasó con su andar de gato, parsimonioso y explorador. Entró en una galería alfombrada, que llamaban *de la Risa* por contener riquísima colección de caricaturas políticas, tomadas de periódicos de todas las naciones y extendidas por los muros en grandes cuadros cronológicos, que eran la historia del siglo escrita en carcajadas. En los ángulos había cuatro biombos del siglo XVIII, adornados con los dibujos que no habían cabido en las paredes. Leon se deslizó detrás del que tenía más cerca y observó al intruso. Este se sentó en un gran divan que en el centro había.

Para explicar satisfactoriamente la presencia de un tercer personaje en la *Galería de la Risa*, es preciso referir lo siguiente. Al entrar en Suertebella, el hombre intruso habló con un criado de escalera abajo, en cuya discreción confiaba.

—Hazme el favor,—le dijo,—de ir á la capilla y decir al Padre Paoletti que he venido aquí para hablar con él de lo que él sabe; que le espero arriba en la *Galería de la Risa*. En-

séñale el camino: no tiene más que subir la escalerilla de la tribuna, atravesar el cuarto de los cuadros viejos y el corredor chico.

Leon sintió el duro pisar de unos piés de plomo aproximándose. Despues vió que la puerta del corredor pequeño se abría dando paso al clérigo pequeñísimo. Pudo reconocerle perfectamente, porque la *Galería de la Risa* tenía grandes vidrieras para el pórtico, aquella noche como siempre, profusamente iluminado.

Adelantóse el intruso hasta recibir á Paoletti y sentados ambos, el clérigo dijo:

—Sus respetables tíos de usted me anunciaron anoche que usted quería hablarme; pero no creí que sería esta noche ni en esta casa, sino más adelante y en mi celda.

—Pensaba hablar á usted de una cosa, más adelante y en su celda,—repuso el otro.—Ya comprenderá que al venir aquí esta noche no quiero hablarle de esa cosa sino de otra. Es decir, que son dos cosas, querido señor Paoletti, una muy interesante y otra muy urgente.

—Pues vamos á la urgente y dejemos para luégo la interesante.

—Vamos á la urgente. Le supongo á usted conocedor de los secretos de esta casa: no hablo de secretos de confesion.

—No conozco ninguno,—dijo con sequedad el italiano.

—Sin duda no merezco su confianza. ¿Pues que? ¿No sabe usted lo que piensa hacer mi mujer?... He oído que los adúlteros tratan de ponerse en salvo.

—Caballero,—dijo Paoletti con severidad,—yo no entiendo una palabra de lo que usted quiere saber de mí, ni me meto en donde no me llaman, ni me importa cosa alguna que los criminales se pongan en salvo ó no. Estoy aquí acompañando y velando el cuerpo de una dulcísima hija y amiga de quien he tenido el honor de ser director espiritual.

—Lo sé... Pero usted es muy apreciado en todas partes. D. Pedro le aprecia á usted, mi mujer es muy religiosa, y cuando está afligida gusta que le hablen de la Virgen del Cármen y de los santos. Podría haber sucedido que usted hubiera sido llamado á consolarla esta mañana, esta tarde... qué sé yo... podría suceder que usted supiera lo que yo ignoro, y dándonos á hacer conjeturas, podría suceder también que usted quisiera revelármelo y sacarme de la incertidumbre en que estoy.

—Ni yo sé nada, ni sabiéndolo, podría rebajarme á hacer el papel de intrigante y chismoso que usted exige de mí,—dijo Paoletti mostrando no poco enfado.—Usted no me co-

noce. Sus dignísimos tios han olvidado decir á usted qué clase de hombre soy yo. Mi oficio es consolar á los afligidos, corregir á los malos. No me mezclo en intereses mundanos. El que me busca no me encontrará en parte alguna si no es en el confesionario. Con Dios, caballero.

Levantóse para marcharse. El intruso le detuvo pillándole el hábito.

—¡Oh! aún me queda mucho que exponer,—dijo.—No me juzgue usted tan á la ligera. Y si yo confesara, y si yo...

El clérigo se volvió á sentar.

—No, no se trata aquí de confesionario. Si fuera á él sería un hipócrita. Mal cuadraría la farsa en mis labios que gustan de decir la verdad, aunque esta verdad salga de ellos metiendo ruido y amenazando como del cañon la bala. Déjeme usted que le diga algo de mí propio, para que mejor comprenda mi pretension urgente.

Dijo que reconocía su escaso mérito, que el mundo moral era para él como un palacio cuyas puertas estaban cerradas. El por su parte, no se encontraba con ganas de mortificarse para poner sitio al susodicho palacio ni para escalar sus muros. Tenia la suerte ó la desventura (que esto le era difícil decidirlo) de no creer en Dios ni en cosa alguna más

allá de esta execrable cazuela de barro en que estamos metidos, y con tan cómoda manera de pensar disfrutaba de una tranquilidad sombría, que teniendo su espíritu en perpétuo letargo le permitía recibir con indiferencia sabrosa los juicios buenos ó malos del mundo.

Alarmado y lleno de miedo el clérigo al oír tan horrible profesion de fé, quiso de nuevo marcharse diciendo que él era confesor de gentes, pero no domesticador de fieras, con lo que el otro se sonrió y deteniendo al Padre le habló así:

—Aún me falta decir algo que tal vez agradará á usted... Me siento fatigado. He sido rico y pobre, poderoso y humilde, he visto cuanto hay que ver y gozado cuanto hay que gozar. En negocio de mujeres sólo diré que en general las desprecio. No creo en la virtud de ninguna. Si me pregunta usted mi opinion sobre los hombres le diré, como el poeta escéptico: *plus je connais les hommes plus j'aime les chiens*.

—Aconsejo,—dijo con ironía Paoletti,—que se vaya usted á vivir en una sociedad de perros ó que funde una colonia canina donde se encontrará más á sus anchas. Estoy esperando á ver si brota alguna chispa de luz de la torpísima negrura de su alma, y nada veo.

—Voy á tocar el punto delicado. Ya sabe

usted lo de mi mujer. Cuando yo pasaba por muerto mi mujer amó á otro hombre. Yo creo que le amaba desde hace mucho tiempo, porque eso no se improvisa. Pepa me aborreció desde que me casé con ella. Verdad es que yo hice todo lo posible para que me aborreciera. La traté mal, quise envilecerla, la comprometí mil veces con mis atrocidades pecuniarias; con sus ahorros sostuve el lujo de otras mujeres; mi lenguaje con ella no fué nunca delicado, como no lo fueron mis acciones. La consideraba como un buen arrimo y nada más.

—Basta,—exclamó con horror el Padre apartándole de sí, como se aparta un objeto inmundo.—Si eso es confesion de culpas, lo oiré; pero si es asqueroso alarde de cinismo, no puedo, no tengo fuerzas.

—Me ha interrumpido usted en lo mejor... iba á decir que ahora mi mujer me inspira cierto respeto, que me reconozco muy culpable y muy inferior á ella, que merezco su desprecio y que es cosa muy natural y hasta legítima en teoría... advierto á usted que yo también tengo teorías... pues digo que me parece natural que Pepa ame á otro hombre, tan natural como lo es que las aves hagan sus nidos en las ramas del árbol en vez de hacerlos entre las mandíbulas del zorro.

—Nunca es natural y legítimo que una mujer casada ame á un hombre que no es su marido,—dijo Paoletti con solemnidad.—Lo natural y legítimo es que su señora de usted, en vez de admitir el amor de un hombre casado, contribuyendo así al martirio y á la muerte de un ángel, hubiera dedicado á Dios por entero el corazón que usted no merecía.

—El misticismo es un agua figurada que no satisface á los sedientos. Ella no ha querido aficionarse á un fantasma, sino á un hombre. Tengo motivos para presumir que le ha querido desde la niñez. En una de nuestras acaloradas disputas, que eran un día sí y otro no, me dijo: "tú no eres mi marido ni lo has sido nunca; mi marido está aquí," y se señaló la frente. Otra vez me dijo: "el casarme contigo fué una manera especial de despreciarme." En fin, querido Padre, hoy por hoy yo siento un poquillo de respeto hacia esa desgraciada que fué mi víctima. Como mujer me es indiferente. Nada dice á mi corazón, ni á mi imaginación, ni á mis sentidos. El amor casi casi le toleraría romper el lazo para contraerlo con otro; pero el amor propio no puede permitirlo. Además, sépalo usted, yo aborrezco á ese hombre; creo que le aborrezco desde que estuvimos juntos en el colegio; pienso que mi antipatía y el amor

de ella han ido paralelamente hasta este momento terrible en que se encuentran, se tropiezan, se traban en batalla y... yo he de vencer, yo he de vencer.

—Usted trata de hacer valer sus derechos. Esto no me incumbe. Yo no soy abogado del derecho, sino del espíritu.

—Voy al caso. Aquí se juntan la moral y el derecho y ambos están de mi parte,—dijo el otro con energía.—Yo soy el fuerte, ellos los débiles; yo soy el ofendido, ellos los criminales; á mí me amparan la religión y la moral, Dios y su ley, la Iglesia y la opinión pública; á ellos, nada ni nadie les ampara. El terreno en que me coloco es terreno firme, es el más propio para quien, como yo, quiere reconciliarse ahora con los grandes organismos que gobiernan el mundo, y ser una rueda útil de la máquina social. Seguro en mi puesto y ayudado por la justicia humana y por la que llaman divina, he pensado perseguirles en el terreno legal, apurar todos los medios, no dejarles vivir, no darles tregua ni descanso, cubrirles de deshonor, rodearles de escándalo... acusarles con el Código en una mano y las prácticas de la Iglesia en otra. Esas son mis armas; pero ha de saber usted que mis respetables tios y mi respetable suegro han estado todo el día de hoy concertan-

do un arreglo. ¡Ah! mi esclarecido suegro es hombre eminentemente práctico y aborrece la exageracion. Me ama como se podría amar á un dolor de muelas. Por desgracia suya, ese hombre que todo lo puede en nuestra sociedad, y que trata á los españoles como á negros comprados ó á blancos vendibles, no puede nada contra mí. Las armas legales con que me ataque se volverán contra él...

—¿Y decia usted que el venerabilísimo señor D. Justo Cimarra y el Sr. D. Pedro han concertado un arreglo?—preguntó Paoletti, que á pesar de su entereza dejábase vencer un poquillo por la curiosidad, sentimiento desarrollado tras de la reja de las culpas.

—Separacion amistosa, convencional.

—Pero no hay nada positivo aún, reverendísimo señor. Todo depende del filósofo, del geólogo, del buscador de trogloditas. Gustavo me ha dicho que tienen dispuesto todo para la fuga, y lo creo... ¡Oh! confieso que puesto yo en el caso de él haria lo mismo.

—Pues por mi parte, aseguro que nada de eso me importa,—dijo Paoletti sobreponiéndose á su curiosidad.—Me habla usted de litigios y nada de la conciencia.

—Ahora voy á hablar de esa señora. Usted sabrá que yo tengo una hija.

—Ya...

El clérigo sintió de nuevo en sí el aguijoncillo de la curiosidad.

—Monina es mi hija. Pues bien, señor cura, el único sér que hay en el mundo capaz de despertar en mí algo parecido á un sentimiento, el único sér que me hace pensar á veces de una manera distinta de como pienso casi siempre, el único sér por quien algo sonrie dentro de la region oscura, misteriosa, que llamo alma por no poder darle otro nombre, es mi hija. No sé qué pasa en mí. Cuando estuve á punto de perecer á bordo de aquel horrible vapor cargado de petróleo, todo el mundo huyó de mi pensamiento, no quedando más que el peligro, y en el peligro una linda cabecita rubia me bailaba delante de los ojos. Paréceme que me agarré á ella para salvarme en aquella espantosa lancha rota, que se sumergia á cada instante... Se reirá usted de mis sandeces... En otros tiempos yo jugaba con ella, la hacia reir para reirme yo viendo su risa...

—Al fin, al fin,—dijo Paoletti con gozo,—veo la chispa pequeñísima.

—No, no me crea usted bueno por eso... Es que esa nena ó juguete rubio con ojos de ángel tiene sobre mí un atractivo singular. Se me figura que la quiere, que la querré más si la veo mucho tiempo cerca de mí.

Me han dicho que estuvo á punto de morirse del *crup*. Si vuelve á tenerlo... ¿Qué dice usted?

—Que no hay tierra, por desolada é inculca que sea, donde no nazca una flor.

—No se trata aquí de flores. Lo que sí diré á usted es que al pasar por nueva-York ví en un escaparate un cochecillo de muñecas chiquitas, tirado por dos corderos, y lo compré para traérselo.

Paoletti sonrió, diciendo:

—Veo su amor propio de usted, veo la indiferencia hácia su esposa, veo el odio que tiene usted á su rival, veo el litigio y la proyectada transacción, veo el horrible ateísmo de usted, veo sus pasiones, su cínica inmoralidad, veo el amor á la niña, veo el cochecillo tirado por dos corderos (y el hombre lo llevaba en el bolsillo); pero no veo lo que yo tengo que hacer aquí.

—Hemos llegado al punto concreto, á la cosa urgente. Yo tengo grandísimo anhelo por saber lo que ellos tramán... ¿Está él aquí esta noche?... Me han dicho que hoy recibió aquí á algunos amigos. Yo estoy persuadido de que usted lo sabe, porque mi mujer le habrá confiado algo.

—¿A mí?... Creo que soy muy antipático á la señora.

—O lo sabrá usted por la condesa de Vera, que es la confidente de mi mujer, y si no me engaño, es hija espiritual de usted.

—Nada sé ni nada me han dicho,—replicó el Padre con desabrimiento.—Y aunque lo supiera...

—No tema usted que yo, en caso de fuga, me vuelva personaje trágico y haga en Suer-tebella una escena ruidosa. Yo no grito, yo no mato. Soy más filósofo que él y que todos los filósofos juntos.

—Repito que no sé nada, ni me importa saberlo.

—Es imposible que un hombre como usted éntre dos días seguidos en una casa sin saber todo lo que ocurre en ella.

—Yo no soy amigo de esta casa; soy enemigo.

—Y ya que no satisfaga usted mi curiosidad,—dijo el intruso con desconsuelo,—¿no me podría usted facilitar?...

—¿Qué?

—El ver á mi hija.

—No me pida usted favores que son impropios de mi carácter. Por nada del mundo pasaría más allá de esta sala. Diríjase usted á los criados.

—Ninguno quiere servirme por miedo á Fúcar. Mi distinguido suegro les ha mandado que no me permitan entrar. Desde la verja

hasta aquí, á un solo criado he podido sobornar. Hasta los perros me odian aquí.

—Entre usted como entran los ladrones.

—Temo que me vean.

—Entre usted como padre.

—No puedo, al ménos por ahora.

—Ménos puedo yo.

—Si la condesa de Vera está aquí y usted le habla dos palabras, y le pinta con elocuencia mi deseo, tal vez... A usted no le negarán esto. Yo juro que no llevo ninguna intencion mala; sólo quiero dar á mi hija tres besos bien dados...

—*Vade retro.* Desconfío de sus intenciones, que pueden ser como las pinta usted y pueden ser perversísimas.

—Pues no insisto más. Tengo la virtud de no ser pobre porfiado. Se acabó la parte urgente de nuestra entrevista. Usted dispensará mi atrevimiento.

—Dispensado.

—La cosa interesante que pensaba tratar con usted, y que podia diferirse, se enlaza con lo que acabo de decir. Supongamos que mi mujer cede ante la ley y domina su pasion y manda á paseo al geólogo... Pasado algun tiempo fácil le será á usted, dado su prestigio entre las damas, llegar á ser director espiritual de Pepa.

—Yo no voy allí donde no me llaman.

—Pepa tiene muchas amigas que son hijas de usted... que forman, permítaseme la frase inofensiva, la familia espiritual del padre Paoletti. La condesa de Vera principalmente...

—Me honra con su amistad: yo la dirijo.

—Pues bien: si usted quiere, dirigirá tambien á Pepa. Su misma soledad la llevará al misticismo. En el pensamiento de las pobres mujeres débiles, allí donde acaban las ilusiones empiezan los altares.

—En lo que usted me dice puede haber una intencion santa y buena. Si usted quiere que yo intervenga para arreglar un matrimonio desavenido y arrastrar hácia Dios á dos almas que hoy pertenecen al demonio, la idea me parece excelente. Mas para que esto pueda ser, principie usted por abjurar sus pestilentísimos principios y ser católico sincero...

—En cuanto á eso, mi propósito es no desentonar en el concierto general. Yo quiero reconciliarme con la sociedad, respetar sus más altas instituciones, ser hombre de orden, no dar escándalos ni tampoco malos ejemplos á las muchedumbres ignorantes, las cuales basta que nos vean á los de levita huir de la iglesia para que se crean autorizados á robar y asesinar. No pienso volver á coger una car-

ta en la mano y si trabajar mucho en los negocios hasta labrarme una fortuna por mí mismo. *Faró da me*. Estoy seguro de que saldré adelante y aún de que dejará de llamarme bandido ese marqués de Fúcar que se cree poco menos que un Dios, y al fin no se desdenará de entrar en tratos financieros conmigo. La generación actual tiene en alto grado el don del olvido. Es fácil rehabilitarse en una sociedad como la nuestra, compuesta de distintos elementos, todos malos, dominados por uno pésimo, que es, permitame usted lo soez de la palabra, el elemento *chulesco*. No extrañe usted la crudeza de mis expresiones. *Ego sum qui sum*. Donde la mitad de los matrimonios de cierta clase son *des menages á trois*; donde la Administración debería llamarse la *prevaricación pública*; donde los altos y los bajos se diferencian en la clase de ropa con que tapan la deshonestidad de sus escándalos; donde hay un pillaje que se llama política; donde la gente se arruina con las contribuciones y se enriquece con las rifas; donde la justicia es una cosa para exclusivo perjuicio de los tontos y beneficio de los discretos, y donde basta que dos ó tres llamen egregio á cualquier *quidam* para que todo el mundo se lo crea, es fácil labrarse una toga de honradez y ponérsela, y ser *distinguido*

hombre público y patricio ilustre y figurar retratado en las cajas de fósforos. Yo me comprometo, si pongo empeño en ello, á hacerme pasar por canonizable dentro de dos ó tres años. Pero de eso á hacerme mogigato hay mucha distancia. No se moleste usted en echar un remiendo á este matrimonio que ya está roto. Si ella, por instinto de honradez, despide á su amante y se queda sola, hágala usted beata, lo que la consolará mucho. Que mi mujer sea devota, muy santo y muy bueno. A mí me gusta la gente edificante. Déjeme usted á mí que me rehabilite en la sociedad por otro camino. Lo que yo desearia de la bondad y catolicismo de usted es que despues de dominar completamente el espíritu de Pepa, y lo dominará sin duda sin intentar reconciliarnos, cosa que no me importa, la indujera á permitirme ver á mi hija. Para esto no seria preciso que yo viniera aquí, cosa que no deseo, porque siempre me ha aburrido este Suertebella, sino que me la llevaran á casa, usted por ejemplo... Vamos que la dejen ir á comer conmigo dos veces, una vez por semana, nada más.

—¡Qué amarguisimo nihilismo!—dijo Paolletti, no sacando ya sus superlativos de un tarro de dulce, sino de un depósito de hiel.— Muchos hombres así he visto en la sociedad

española; pero usted, con su repugnantísimo pesimismo, les da quince y raya á todos.

—Tengo el mérito de decir lo que siento.

—Para concluir, caballero Cimarra, usted es tan abominable, que no hay posibilidad de satisfacer el único deseo legítimo que nace casi invisible en ese pecho lleno de tinieblas, aridez, podredumbre y miseria. No cuente usted conmigo para nada. Si la señora se arrepiente y arroja á su amante, y soy llamado, como es posible, á dirigir su conciencia, procuraré primero hacerla sanar de la criminal dolencia que padece y despues encaminaré su espíritu á Dios, única salvacion de las pobres mujeres que han tenido la flaqueza de amar á hombres indignos. ¡Oh! ¡qué dulcísimo gozo seria para este pobre pastor ganar á Satanás una nueva batalla! Usted no existe para mí. No me detenga usted, que vuelvo al lado de mi queridísima muerta.

—Yo no bajo á la capilla. Tengo horror á los muertos. Perdóneme si le he molestado, Padre.

—No olvidaré rezar por usted.

—No me opongo, antes bien lo agradezco.

—Le aguardo á usted el día del arrepentimiento.

—Gracias... es usted muy bondadoso. Yo no merezco tanto. Adios y mil perdonos.

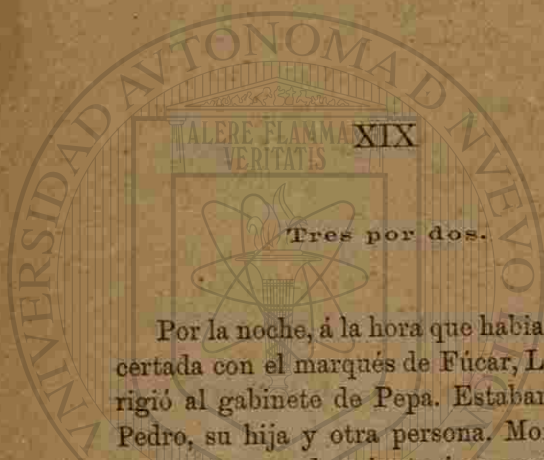
Retiróse tranquilamente el clérigo pequeño. Sus pasos de plomo se perdieron en el silencio del corredor chico. Poco despues salió Cimarra por el mismo sitio y bajó por la escalerilla de la tribuna sin entrar en la capilla, cuya iluminacion de mortuorias hachas, saliendo por las altas vidrieras de colores, le infundia más espanto que respeto. Se paseó por el desierto parque buscando la sombra de los árboles cuando sentia pasos. A ratos tentaba el bolsillo para ver si no habia perdido el coche de muñecas tirado por dos corderos.

En una de las vueltas de su nocturno paseo, vió entrar el carruaje del marqués de Fúcar, y desde su escondite lejano le dirigió estas palabras, más bien pensadas que dichas:

—¡Ah! Traficante, ¡qué ojos le echabas esta tarde en la calle de Alcalá á la real prójima que he traído de los Estados-Unidos!... ¡Júpiter, ya querrias que fuese para tí!

Cuando le vió descender de su coche en compañía de otra persona, el intruso murmuró:

—Viene con mi tío... ¿Qué habrá aquí esta noche? ¡Oh! fuego de la curiosidad, ¿por qué me abrasas como si fueras el de los celos?



Por la noche, á la hora que habia sido concertada con el marqués de Fúcar, Leon se dirigió al gabinete de Pepa. Estaban allí don Pedro, su hija y otra persona. Monina, que poco antes enredara junto á su madre, habia sido condenada al destierro de la cama, ostracismo casi siempre acompañado de lágrimas, del cual no se libran los pequeños cuando los grandes tienen algo grave que tratar. Sepultado en un sillón estaba el imponente marqués, la carnosa barba sobre el pecho, los labios salientes, como algo que sobra en la cara, juntas las cejas entre un dédalo de arrugas, las cuales parecían compendiar en cifra todas las batallas dadas dentro de aquella cabeza contra la exageración. La tercera persona que allí estaba era un anciano de cabellos blancos, muy seco de rostro y no ménos

corto de vista, á juzgar por la mucha convexidad de los cristales de sus anteojos de oro, montados sobre una nariz semejante, por su majestad y atrevida curvatura, á las que se ven en las peluconas. Tenia la seriedad de un hombre de estudio, confundida con el patriarcalismo algo candoroso de un buen abuelo. Todos vestían de negro. A Pepa se le salía á los ojos el luto del corazón.

—Aquí está,—dijo el padre á la hija, tomándole una mano y acariciándosela.

—Ya le veo,—replicó la dama mirándole y dejando de mirarle en seguida,—y ahora me dirá lo que mi padre me ha anunciado y no le querido creer.

—Hija adorada,—añadió Fúcar,—se trata aquí del honor, del deber, de las conveniencias sociales, de la moral absoluta y de la moral consuetudinaria... Considera... No se puede hacer todo lo que se quiere.

—Ya lo veo, ya lo veo...—murmuró Pepa, mirando con atónitos ojos el tapete de la mesa que delante estaba.

—Por mucho que me cueste declararlo,—dijo Leon considerando que convenia la brevedad,—yo declaro que me creo en el deber ineludible de separarme de la mujer que amo y de renunciar á todo proyecto de unirme á ella.

Nadie contestó á estas palabras. Pepa, dejando caer la cabeza sobre el hombro de su padre, habia cerrado los ojos. Tomándole una mano, que ella le abandonó sin movimiento alguno, Leon pronunció estas palabras:

—Por la grandeza de las ocasiones se mide la grandeza de las almas.

Después de una pausa, D. Pedro, comiéndose la mitad de algunas palabras y contrayendo mucho la boca, habló así:

—Y yo declaro que hemos llegado á esta solución salvadora y pacífica gracias al convenio que celebramos el Sr. D. Justo Cimarra y yo, por el cual convenio mi digno amigo responde de que su sobrino renunciará á la querella...

Don Pedro se atascó. D. Justo vino en su ayuda, diciendo:

—A la querella y á los derechos que la ley le otorga.

—Eso es. Renuncia á usar el arma fuerte que la ley pone en su mano, con tal que desaparezca el que por la moral, por la ley, por la religion, está demás en este horrible encuentro de tres personas allí donde no debe haber más que dos... Querido amigo,—añadió volviendo hácia Leon su mirada conciliadora,—tú, renunciando á ese imposible jurídico y moral, que la costumbre y el desenfado

de la gente corrompida de nuestros dias convierte en posible, has evitado un escándalo vergonzoso. Yo te lo agradezco de todo corazón, y...

Don Pedro volvió á mirar á D. Justo, como suplicándole que siguiera.

—Las circunstancias del hecho en cuestion,—dijo éste inclinándose y poniendo en ejercicio su dedo indice, que era en él acentuacion y complemento de su palabra,—son raras. Por mi parte, veo con gusto que no siga adelante la querella. Yo fui el primero en aconsejar á mi sobrino que renunciase á ella, previa ausencia definitiva del señor (el dedo del magistrado marcó á Leon). Pero como las circunstancias de este hecho son raras, no me cansaré de repetirlo, como el escasísimo valer moral de mi sobrino parece que justifica la rebelion que deseamos evitar (el dedo nombró á Pepa con su insinuacion muda), también he sido el primero en aconsejarle una concesion, reclamada por el señor (Leon vió el dedo cerca de sí), y que entraña cierto espíritu de justicia prudencial, lo reconozco. En vista de todo lo expuesto, creí prudente concertar con el señor (el dedo, fluctuando en el centro del grupo como una brújula del pensamiento, señaló al marqués) los términos de estas paces honrosas. Empe-

fiando mi palabra honrada, me comprometo en nombre de mi sobrino á admitir la condicion exigida por el señor y respondo de su cumplimiento.

El venerable magistrado, que daba á las pausas oportunas gran importancia para la claridad del discurso, hizo una muy breve, y despues siguió así:

—La condicion exigida por el señor y aceptada por la parte que es forzoso llamar inocente, ateniéndonos á la ley, es que la señora vivirá con su padre y su hija en Suertebella, y que mi sobrino no traspasará por ninguna causa ni pretexto la verja de esta finca, realizándose así una separacion, que no por ser amistosa deja de ser absoluta.

—Y todo ha concluido de un modo satisfactorio, —dijo el marqués, desarrugando el ceño y acariciando con sus gruesos dedos los cabellos de su hija, que no decia palabra ni abria los ojos. —El tiempo, el tiempo, nuestro querido médico que todo lo cura... ¿No crees lo mismo, Leon?

—Por mi parte, —replicó éste, —no espero del tiempo lo que éste no podrá darme, tal vez. Detesto el olvido, que es la muerte del corazon. Tales como son hoy mis sentimientos los conservaré mientras viva; pero lejos, donde no puedan perturbar ni ser ejemplo de

un vicio que he condenado siempre y que condeno tambien ahora. He perseguido con afán un ideal hermoso, la familia cristiana, centro de toda paz, fundamento glorioso de la virtud, escalá de la perfeccion moral, crisol donde cuanto tenemos, en uno y otro órden, se purifica. Ella nos educa, nos obliga á ser mejores de lo que somos, nos quita las asperezas de nuestro carácter, nos da la más provechosa de las lecciones, poniendo en nuestras manos á los hombres futuros, para que desde la cuna les llevemos á la edad de la razon. Pues bien; todo esto ha sido y continúa siendo para mí un sueño. Dos mujeres se han cruzado conmigo en el camino de la vida. Dióme la primera la religión, y la religion, mal interpretada, me la quitó. La segunda dióme ella misma su voluntad y su corazon; y yo la tomé; pero las leyes me la piden, y no puedo ménos de entregarla. Tan infructuosas como con aquella serán mis tentativas para labrar con ésta la hermosa realidad que deseo. La sociedad ha dado esta mujer á otro hombre, y si me la apropio me condeno y la condeno á vivir en perpétuo deshonor, iguales ambos á la multitud corrompida que abomino; nos condenamos á arrojar nuestro deshonor sobre seres inocentes, que no tienen culpa de las equivocaciones cometidas antes

de su nacimiento, y que entrarían en el mundo con la vergüenza del que no tiene nombre.

Besando la mano que Pepa abandonaba entre las suyas, prosiguió así:

—La presencia de dos personas que se escandalizarán de mis palabras no me impide manifestar lo que siento ahora. Para mí esta mujer me pertenece, la considero mía por ley del corazón. Yo, que soy subversivo, adoro en mí esta ley del corazón; pero cuando quiero llevar mi anarquía desde la mente á la realidad, tiemblo y me desespero. Quédese en la mente esta rebelion osada y no salga de ella. Quien no puede transformar el mundo y desarraigar sus errores, respételos. Quien no sabe donde está el límite misterioso entre la ley y la iniquidad, aténgase á la ley con paciencia de esclavo. Quien sintiendo en su alma los gritos y el tumulto de una rebelion que parece legítima, no sabe, sin embargo, poner una organizacion mejor en el sitio de la organizacion que destruye, calle y sufra en silencio.

—Todos somos esclavos de las leyes que rigen en nuestro tiempo,—dijo el magistrado con entonacion severa.

—Es verdad,—añadió Leon que parecia decir las cosas para que sólo su amiga las oyera; —nuestro espíritu forma parte aún del espiri-

tu que las hizo, y si en esas leyes hay errores tenemos la responsabilidad de ellos y debemos aceptar sus consecuencias. Si todo aquel que se siente herido por esta máquina en que vivimos tirase á romperla sin reparar en que la mayoría se mueve holgadamente en ella, ¡qué sería del mundo! Dejémonos herir y magullar, llorando interiormente nuestra desgracia y deseando vivir para cuando esté hecha una máquina nueva. Y esta máquina nueva, no lo dudes, también herirá á alguno, porque un mejoramiento nuevo en la vida humana será la señal de un malestar nuevo. Nuestro vivir es una aspiracion, una sed que se renueva en el momento de aplacarse. Si no pudiéramos concebir de otro modo nuestra inmortalidad, la concebiríamos fácilmente mirándonos subyugados á cada instante y en los actos grandes ó pequeños por la idea de lo mejor y seducidos por la belleza de ese horizonte que se llama perfeccion. ¡Si supieras tú, pobre mujer, lo que he batallado con mi pensamiento despues de lo que hablamos anoche!... Todos los imposibles que se nos presentaron los examiné. Podia tan fácilmente salir de este laberinto dejándome llevar del anhelo de mi corazón y escudándome con una moral abstracta, egoista, que nadie comprenderia más que yo mismo, y que aún yo mis-

mo no podría formular claramente... Tú dispuesta á seguirme, un coche á la puerta, todos los medios materiales de nuestra parte, ningun obstáculo, arrojo bastante para despreciar el fallo de los hombres... ¡Partir y guarecernos en país extranjero! ¡Qué fácil y cómodo era esto! Tú mi concubina, yo tu amante; ambos en descarada práctica de la anarquía social, é infamando con nuestra union ilícita la más noble y grande institucion de la sociedad humana; yo perseguido por una sombra, tú por un vivo que en todas partes y en toda ocasion alegaría el derecho que tiene sobre tí; ambos sin razon contra nadie y todos con razones mil contra nosotros; tu hija creciendo y viviendo con este ejemplo execrable ante sus inocentes ojos; tú sin fuerza moral para contenerla si algun día se sintiera inclinada á ser manceba del primero que lograra hacerse amar de ella. Puestos á romper, es preciso romperlo todo, no dejar lazo alguno que ate y consolide el mundo... Todo cuanto puede discurrirse sobre esto lo discurrí. También pensé que podía quedarme aquí para calmar mis ansias con el placer de sentirte cerca de mí, aunque no te viera ni te hablara. Pero esto es tambien imposible. Si sigo cerca de tí, los dos á un tiempo, y sin darnos cuenta de ello, nos juntaremos. Un hombre

aborrecido se interpone, me ciego, no puedo reprimir el ódio que me inspira y... lo conozco, lo presiento... esto acabará con sangre. Si no me alejo pronto, veré cómo crece y me invade esta especie de perversidad que en mí ha nacido y que es... como una recóndita vocacion del homicidio. Bajo esta frialdad que razona, bullen en mí no sé qué fuerzas tumultuosas que protestan aspirando á apartar violentamente los obstáculos. Algo hay dentro de mí que me impulsa al empleo de la fuerza, á la rebeldía; pero me espanto al reconocermene incapaz de fundar nada sólido, ni justo, ni moral, sobre el atropello ni sobre la sangre. Me amparo á mi conciencia y en ella me embarco para huir de tí. Huyó por no deshonorarte, por no entristecer la juventud de tu hija querida.

Sin mover su cabeza del hombro paternal, ni abrir los ojos, Pepa dijo estas palabras llenas de amargo desaliento:

—Yo no sé razonar... Busco en mí el raciocinio y á donde quiera que miro dentro de mí no encuentro más que el corazón.

Incorporóse lentamente y abriendo á la luz, más sin mirar á nadie, los encendidos ojos, añadió:

—Me siento castigada... Al ver que no se rompe el grillete que me une al infame no pue-

do ménos de recordar que yo tengo toda la culpa, ¡yo, sí! porque en un momento de despecho me uní al bandido con lazo eterno. ¡Horribles cosas hacemos, y luégo nos espantamos de las consecuencias! Yo me precipité en el mal, envileciéndome y envileciendo á mi padre, yo hice del matrimonio una burla horrible y criminal... ¿Por qué no esperé entónces? Me arrastró á casarme no sé qué pavoroso instinto de martirio. ¡Atroz vanidad del dolor que tiende á aumentarse!... Después cuando me he creído libre; ¿por qué viniste á mí? Equivocados ambos nos habíamos aprisionado con lazos distintos. Cuando tú fuiste libre yo me sentí de repente asida por la fatal argolla... Yo esperé que hubiera una mano valiente que la rompiera.

—Para romperla es preciso matar á alguno,—dijo Leon prontamente.

Pepa calló.

—Yo soy la asesinada,—exclamó tras ligere pausa, mirando al suelo.—No, no me conformo con mi muerte, ya la llame desgracia, ya la llame castigo... ¡Qué triste es esto de sacrificarme... sí, muy triste!... aunque deba ser, aunque lo merezcamos... Veo delante de mí á dos personas respetables, un padre, un juez. Pues ante ellos ¿tú y ante ti... ¡hombre mio!...

Clavó sus ojos en Leon con expresion que

no podia decirse si era de cariño ó de rencor. Hinchó su pecho. Parecia que necesitaba beberse todo el aire para decir:

—Hombre mio, ante estos dos y ante tí digo que este abandono...

Se echó á llorar, añadiendo puerilmente: —... es una picardía.

Oyóse después la voz reposada y persuasiva del magistrado que, manteniendo esta vez en reposo su dedo, habló así:

—Reduzca usted á sus verdaderas dimensiones lo momentáneo para no mirar más que lo eterno. El alma se engrandece con el dolor y hace de éste una especie de majestad que reina en la conciencia.

—Es verdad,—dijo Leon con tristeza.—Nuestras mismas heridas nos revelan, doliéndonos el secreto de una compensacion inefable. Pepa, querida amiga y esposa mia, esposa por una ley que no sé definir, que no puedo aplicar, que no sé traer de ningun modo á la realidad; pero que existe dentro de mí como el embrión de una verdad, de una santa semilla, sepultada aún en las honduras de la conciencia, entra en tí y te hallarás más noble y grande con tu dolor que con tu pasion satisfecha. Vencidos y humillados por esto que nos abruma separándonos y que es un no sé qué grandioso y respetable mezclado con

algo de iniquidad é injusticia, conjunto indescribable, espantoso, sobrenatural, aterrador, triunfamos por la manera más augusta del triunfo. Tú eres religiosa, yo creo en el alma inmortal, en la justicia eterna, en los fines de perfeccion ¡breve catecismo, pero grande y firme! Hemos caído, somos víctimas y mártires. El esperar no tiene límites. Es un sentimiento que nos enlaza con lo desconocido y nos llama desde lejos, embelleciendo nuestra vida y dándonos fuerza para marchar y resistir. No cometamos el crimen de cortar este hilo que nos atrae hácia un punto que, no por estar lejano, deja de verse, sobre todo si los ojos de nuestra conciencia no están empañados. Vence la desesperacion, véncela, resígnate y espera.

—¡Esperar!... ¿No anunciaba yo que moriría esperando? — dijo Pepa con amargura, repitiendo una idea antigua en ella. — ¡Horrible castigo mio, bien me decia el corazon que tu verdadero nombre es Esperar... ¿Y si muero?

—No importa.

—¿Que no importa?... —murmuró la mujer demostrando que el acalorado espiritualismo de Leon no le satisfacía.

Él quiso decir más, pero sus argumentos se habian agotado, las ideas de consuelo y de esperanza que sacaba de su mente se le per-

dian como armas inútiles que se quiebran entre las manos en el fragor de un rudo combate. Ya no sabia qué decir. El sentimiento, que rara vez se aplaca con las ideas y que él habia tratado de someter y encadenar, se sublevaba, invadiéndolo todo y reclamando su cetro despótico y su imperio formidable.

Se levantó.

—¿Ya?—dijo la dama espantada, volando hácia él con una súbita expansion del alma, representada en los ojos.

—¡Maldito sea yo!—gritó Leon rompiendo en ahogado llanto.—Miserable ergotista, estoy apuñaleándome con mi lógica. Farsa horrible de la idea, de la moral, no me tendrás.

Pepa juntó las manos como el que reza para morir. Iba á decir algo subversivo, profundamente subversivo que le salia del alma como la lava de un volcan... pero entró la criada que cuidaba á Monina. Venia despaavorida, temblando.

—¿Qué hay?—preguntó el marqués.

—Allí está... allí...

—¿Quién?

—Un hombre... Ha entrado de repente... está besando á la niña.

—¡Oh! ¡será él!...—exclamó Fúcar lleno de turbacion.

—¡El!

—Quedamos en que no vendria.

—¡Es él... él aquí!— gritó Leon perdiendo de súbito la lógica, la serenidad, las ideas, la razon, la prudencia, el llanto y no siendo más que un demente...—¡Que entre!... ¡Se atreve á profanar esta morada... Me alegro que me encuentre aquí... ¡le arrojaré como á un animal dañino!

Miró á la puerta... Apareció en ella un hombre. Pepa, lanzando desgarrador grito, cayó sin sentido. D. Pedro quiso enlazar con sus fuertes brazos á Leon para aplacarle, y el anciano venerable corrió indignado á detener al que estaba en la puerta.

—¡Por piedad, por todos los santos!...—exclamó D. Pedro.

—Atrás,—dijo D. Justo,—no des un paso más.

—¿Qué buscas aquí?—gritó Leon con insolente desprecio.

—Vete,—dijo el magistrado á su sobrino.

—¿Olvidas lo pactado?

—No... el pacto no rige aún, repuso el otro sin avanzar un paso y mirando á Leon con la glacial fiera de una bestia felina.—He venido á ver mi hija por última vez. No faltaré al compromiso si los demás lo cumplen. No tengo interés en venir aquí, con tal que no estés tú.

—Te suplico que salgas,—dijo D. Pedro á Leon.

—Él primero.

La imágen tétrica y sombría del que estaba en la puerta no se movía.

—Él primero,—repitió Federico.

—Sí, yo primero, mónstruo; así debe ser,—dijo Leon.

Al mismo tiempo D. Pedro y la criada acudían á Pepa, y alzándola en sus brazos la extendían sobre el sofá.

—Tú primero,—repitió Federico, en quien el cinismo se oscureció un momento para dar paso á un poco de dignidad.—Si así no fuera, yo...

—Sí, yo primero,—dijo Leon con sarcasmo.—Es justo.

Y dirigiéndose á la dama que sin conocimiento reposaba pálida é inerte, la contempló un rato. Despues miró á Cimarra, se inclinó sobre Pepa, la besó en las mejillas con ardiente cariño, volvió á mirar al de la puerta y le dijo:

—Estafermo, mira cómo me despido de la que llamas tu mujer... Si esto es crimen, mántame; tienes derecho á ello. ¿Has traído algun arma?

—Sí,—dijo lúgubrementes Federico metiendo la mano en el bolsillo del pecho.

Entonces pareció que de aquel sér abyecto, verdadero cadáver con prestada existencia, brotaba súbitamente como fuego fátuo que salta sobre el estiércol, un chispazo de decoro, de energía, de dignidad. Fuése derecho á su rival, la mano armada, la voz rugiente, la mirada amenazante. Leon le esperó con calma. D. Pedro y el anciano sujetaron á Federico, impidiéndole todo movimiento. Forcejeando trabajosamente con él lograron llevarle fuera. Leon entre tanto permanecía en medio de la habitacion con los brazos cruzados.

—¡Fuera de aquí!— gritaba el anciano á su sobrino.

—Yo me encargo del otro,—decía don Pedro.

D. Justo Cimarra se llevó, casi arrastrado, á Federico y no permitiéndole detenerse ni un momento, le sacó del palacio.

Con tanta firmeza como dolor salió Leon por otra puerta. Acompañóle Fúcar hasta la sala japonesa, donde le dejó arrojado en un divan como cuerpo sin vida.

—Vete, vete de una vez y acaben estos afa-
nes,—dijo corriendo á donde habia quedado su hija.

XX

Final.

Largo rato estuvo allí Leon sin conciencia del tiempo que transcurría. Lentamente volvieron sus alteradas facultades, si no al reposo, á un estado en que les era posible la apreciacion exacta de las cosas. Se levantó para retirarse y pasó de una sala á otra buscando el camino del pórtico. Hallándose al fin cerca de él se detuvo, porque creyó oír cuchicheo de visitantes. Torciendo el camino bajó por una escalera que al paso encontró y que le condujo á la crugia baja. Por allí quiso buscar la salida al jardín. Despues de andar un rato por los largos y tortuosos pasillos de servicio, vió en el extremo de ellos una puerta; empujola.

Toda la sangre se le agolpó al corazon y sintió en su interior como el golpe de una

Entonces pareció que de aquel sér abyecto, verdadero cadáver con prestada existencia, brotaba súbitamente como fuego fátuo que salta sobre el estiércol, un chispazo de decoro, de energía, de dignidad. Fuése derecho á su rival, la mano armada, la voz rugiente, la mirada amenazante. Leon le esperó con calma. D. Pedro y el anciano sujetaron á Federico, impidiéndole todo movimiento. Forcejeando trabajosamente con él lograron llevarle fuera. Leon entre tanto permanecía en medio de la habitacion con los brazos cruzados.

—¡Fuera de aquí!— gritaba el anciano á su sobrino.

—Yo me encargo del otro,—decia don Pedro.

D. Justo Cimarra se llevó, casi arrastrado, á Federico y no permitiéndole detenerse ni un momento, le sacó del palacio.

Con tanta firmeza como dolor salio Leon por otra puerta. Acompañóle Fúcar hasta la sala japonesa, donde le dejó arrojado en un divan como cuerpo sin vida.

—Vete, vete de una vez y acaben estos afa-
nes,—dijo corriendo á donde habia quedado su hija.

XX

Final.

Largo rato estuvo allí Leon sin conciencia del tiempo que transcurría. Lentamente volvieron sus alteradas facultades, si no al reposo, á un estado en que les era posible la apreciacion exacta de las cosas. Se levantó para retirarse y pasó de una sala á otra buscando el camino del pórtico. Hallándose al fin cerca de él se detuvo, porque creyó oír cuchicheo de visitantes. Torciendo el camino bajó por una escalera que al paso encontró y que le condujo á la crugia baja. Por allí quiso buscar la salida al jardín. Despues de andar un rato por los largos y tortuosos pasillos de servicio, vió en el extremo de ellos una puerta; empujola.

Toda la sangre se le agalpó al corazon y sintió en su interior como el golpe de una

caida repentina al verse en la capilla, iluminada por centenares de hachas. Echó mano al sombrero, tendió la vista. Sobrecogido, incapaz de movimiento, con la vida toda en suspenso, permaneció un rato junto á la puerta, percibiendo en la vaguedad de su estupor un monton de luces, pues tal le parecia, un monton de llamas rojizas y afiladas que, alargando sus trémulas puntas hácia el techo, surgian de la cera derretida y llorando en chorros amarillos. En el centro y en la base de aquella pirámide de luces estaba como en el trono mismo del respeto un fúnebre objeto yacente. Ropas blancas, una manos de mármol, eran lo único que desde allí podia verse.

Llamó á sí todo su valor de hombre para acercarse. Antes de dar un paso miró en derredor. No habia nadie allí; no se sentia ni siquiera el rumor de la respiracion de un vivo junto á los frios despojos humanos engalanados con la vestidura del nuevo tránsito y custodiados por el silencio. La estatua de un adolescente pálido se alzaba en el altar: sus ojos, pintados sobre la madera, median de un extremo á otro la capilla, observando á todo el que entraba, y parecian decir:—¡Malvado, no la toques!

Leon avanzó despacio, apagando el ruido

de sus pasos para no sentirlo él mismo. El respeto, la santidad del lugar, la espantosa vacilacion que sentia entre la idea de retroceder y la de acercarse, le hicieron pasar por distintos estados morales, ya de anhelo ó de curiosidad, ya de miedo ó supersticion, durante aquel viaje de veinte pasos desde la puerta al centro de la capilla. Podria asegurarse que el temor le detenia y la desgarradora curiosidad del temor mismo le empujaba.

Por fin la vió. Allí estaba, delante y bajo sus ojos, sobre el suelo, al nivel de las pisadas humanas, esperando, por decirlo así, en los umbrales del imperic del polvo, á que le señalaran sitio para el descanso absoluto de lo inorgánico. Su espíritu, más bien egoista que generoso, habia entrado ya quizás con gemido de sorpresa y temor en la region ignota del saber de amores y de la apreciacion relativamente exacta del bien y del mal.

Una vez contemplada en el primer golpe de sorpresa y temor, la miró más, oyendo el palpar de su propias sienes y la trepidacion de su sangre cual mugido de un mar cercano.

Blanco hábito la cubria, puesto por las amigas de devociones con severa elegancia. Sus anchos pliegues corrian en líneas rectas del cuello á las plantas, sólo interrumpidos por las manos de mármol que empuñaban un

crucifijo. Finísimo velo blanco le cubría el rostro, sin ocultarlo ni dejarlo ver claramente, presentándolo vagoroso, esfuminado, lejano, entre nieblas, como la imagen mal soñada que persiste en la retina de los mal despiertos ojos. Él hubiera querido verla mejor para apreciar lo que restaba de una hermosura sin igual que, absorbido por la muerte, se había ido cambiando en no sé qué flor mística y azulada. En todo rostro, por ciego y muerto que esté, hay siempre algo de mirada. Leon se sintió contemplado desde el fondo de aquella cavidad fúnebre, ahondada por las vaguedades de la gasa, y reconoció la mirada última, ya menos amorosa que irónica.

Por su pensamiento pasaron las ideas más graves que asaltan al hombre en los momentos culminantes de la vida y consideró la distancia á que estamos del verdadero bien, distancia que no acierta á medir la idea y que no se sabe cómo ha de recorrerse. Cortó sus pensamientos un ruido importuno y vulgar, una tos... Miró... La muerta y él no estaban solos... Allá en el fondo de la capilla alguien velaba. Era el clérigo pequeño sentado en un banco, con los ojos fijos en el libro de rezo. Leon no pudo menos de admirar la fidelidad del amigo espiritual, que habiendo sido dueño de la vida, quería ser custodio de la muer-

te. Sin mover la cabeza, el italiano alzó los ojos y miró á Leon un rato, fijamente, muy fijamente... Despues los bajó para seguir leyendo. En aquella blanda caída de la mirada sobre el libro habia el desden más soberano que puede imaginarse. Paoletti, como si nadie estuviera allí, siguió leyendo: *ego sum vermis et non homo, opprobium hominum et abjectio plebis.*

¿Por qué al salir, no con menos respeto que al entrar, sintió Leon en su alma cierta consoladora tendencia á la serenidad? Habia visto cara á cara lo más pavoroso del mundo físico y del mundo moral, y los combates que estas terribles perspectivas habian provocado en su espíritu dejáronle rodeado de grandes y tristísimas ruinas. *Impavidum ferient ruinae*, que dijo el pagano! ¿Pero qué le importaba estar vencido, solo, proscrito y mal juzgado, si resplandecía en él la hermosa luz que arroja la conciencia cuando está segura de haber obrado bien?

Al entrar en su casa vacía, halló á su criado ocupado en hacer las maletas, conforme le habia mandado aquella tarde. Alegróse mucho éste al verle entrar, y como Leon le preguntase la razon de tan grande alegría, el fiel criado le respondió:

—En casa de la señora marquesa y en todas las casas donde le conocen á usted, decían que usted se pegaría un tiro esta noche. Lo daban por tan seguro que me eché á llorar.

Leon sonrió con tristeza.

—Y al entrar en casa para hacer las maletas, lo primero que hice fué esconder las pistolas por si no pudiendo usted matarse en otra parte se le antojaba matarse aquí.

—¿Dónde las has puesto? ¿Están cargadas?

—dijo Leon prontamente.

—¡Oh! el señor se atreverá...!—exclamó el criado lleno de pavor.

—Tranquilízate, amigo,—dijo el amo señalándose la frente;—esto no se ha hecho para el suicidio... En cuanto á las pistolas, si están cargadas, puedes arrojarlas á la calle para que las aproveche el primer tonto que pase.

—¡Tíralas!... son tan bonitas...

—O quédate con ellas. Guárdalas para cuando te cases...

—El señor olvida que soy casado.

—Pues para cuando enviudes.

XXI

Del marqués de Fúcar al marqués de Onésimo.

“Madrid 1.º de Diciembre.

Antes de salir de Lóndres para Hamburgo á comprarme las veinte toneladas de tabaco, véndame usted todo lo de Rio-Tinto y el Consolidado Exterior. Comprar á escape *Gas de Paris* y *Moviliario Español*. El empréstito, tercero que hace este año nuestro Tesoro, va á maravilla. Necesito fondos en esa plaza para proponer al Gobierno el pago de parte del cupon exterior á los tenedores ingleses, con lo cual la operacion se redondea aquí de un modo completo. Es incalculable el beneficio de este anticipo. En lo demás, confirmo la mia de 23 de Noviembre. No olvide usted mis

instrucciones para sacar partido de los almacénistas de tabaco en Hamburgo. Nada de timidez. Como el negocio es bueno, no le importe á usted llegar á precios exagerados.

Mi hija sigue bien. Muy triste, muy sola, con mediana salud, pero resignada y tranquila. No sale de Suertebella. Mona, cada día más mona, le envía á usted tres besos.

El malvado ha cumplido su compromiso y no nos molesta para nada. Se ha metido en Bolsa, y me han dicho que, acometiendo con serenidad y tino las jugadas, está haciendo una fortuna loca. La verdad es que disposiciones no le faltan.

Le espera á usted para comer el pavo de Navidad en Suertebella su afectísimo

P. Fúcar.

P. D.—Si vuelve usted á ver á ese extravagante, déle recuerdos míos, pero nada más que míos.

FIN DE LA NOVELA

Madrid.—Diciembre de 1878.

INDICE

	PÁGS.
I.—Vuelve en sí.	1
II.—¿Se morirá?.	10
III.—Leon Roch hace una visita que le parece mentira.	28
IV.—Despedida.	42
V.—Á almorzar.	49
VI.—El clérigo miente y el gallo canta.	61
VII.—Fuegos parabólicos.	72
VIII.—Sorbetes, jamón, cigarros, pajarete.	84
IX.—También yo despeino.	91
X.— <i>Latet anguis</i>	102
XI.—Excesos del apostolado.	113
XII.—La verdad.	130
XIII.—La batalla.	140
XIV.— <i>Vulnerant omnes, ultima necat</i>	167
XV.—La sala <i>Incredible</i>	178
XVI.—Los imposibles.	194
XVII.—Visitas de duelo.	215
XVIII.—El cónyuge inocente.	223
XIX.—Tres por dos.	242
XX.—Final.	259
XXI.—Del marqués de Fúcar al marqués de	265

NUEV
LIOTE